Hispania Obscura

J.R. Cruciani

UNIVERSO de LETRAS

Hispania Obscura
J.R. Cruciani

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© J.R. Cruciani, 2025

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

Obra publicada por el sello Universo de Letras
www.universodeletras.com

Primera edición: 2025

ISBN: 9791387715106
ISBN eBook: 9788410462915

Capítulo 1. Vida Berraca

"¿Has oído eso que dicen los católicos sobre cómo su dios es la resurrección y la vida? Bueno, pues básicamente lo contrario a eso."

Ayala suspiró. ¿Esta era su vida ahora? Pasar de las más premiadas investigaciones periodísticas a entrevistar conspiranoicos en bares. Maldita la hora en la que decidió que denunciar las movidas internas del canal era lo correcto. A ver si la ética le podía pagar la hipoteca para no tener que buscarse estos parches.

"Vale, entonces ustedes siguen a un dios que es... ¿la muerte?"

El hombre frente a Ayala parecía diseñado para pasar desapercibido: barba gris recortada, chaqueta negra con parches de cultura pop, el tipo de persona que te cruzarías mil veces en el metro sin mirarlo dos veces. Solo sus ojos eran dignos de tomar nota, pozos negros que parecían beber la luz del bar. Jugueteaba nerviosamente con un mechero de metal que parecía más viejo que él mismo. De hecho, su mechero no era solo viejo; tenía esa pátina particular que solo se consigue después de décadas de uso diario. El tipo de objeto que podría haber absorbido algo de la esencia de su dueño, si uno creyera en esas cosas.

"No, no. Es la entropía. Es hacia donde vamos todos, donde va todo el universo, todos los universos. Estamos en un ciclo cons-

tante de transformación que lleva poco a poco al final de todo. Es solo cuestión de tiempo."

"No es un mensaje muy vendedor, ¿no? Algo me dice que no tienen muchos fieles."

El bar era una reliquia viviente: paredes de un verde amarillento impregnadas de décadas de tabaco, mesas que contaban historias mudas en sus cicatrices, y un dueño que se movía entre ellas como un sepulturero lo haría entre las tumbas de un viejo cementerio. La máquina de pinball muerta en la esquina parecía el epitafio perfecto para el lugar.

"Eso no importa, porque al final es inevitable que tengamos razón. Nada ni nadie, ninguna fuerza cósmica, puede contra la entropía. Es como esa historia de los dioses, los que hacen el concurso para ver quién es más fuerte. ¿Se la sabe?"

"La verdad, no podría decir que me la sé, no... ¡Otra birra, por favor!" Ayala levantó la mano al ver que el dueño del bar se acercaba. Luego recordó que ahora ya nadie más que él pagaba por sus consumos en las entrevistas y se arrepintió, pero la cerveza ya estaba siendo servida del grifo.

Hizo una nota mental de empezar a llevar mejor las cuentas de los gastos. Quizás crear una hoja de Excel: 'Encuentros con Pirados Religiosos — Costes Detallados'. Columna A: Cervezas. Columna B: Dignidad Perdida. Columna C: Probabilidad de acabar en un Ritual Satánico. Lo normal, vamos.

"Pues estaban todos los dioses discutiendo sobre quién era el más poderoso y la verdad es que el dios del tiempo iba ganándoles a todos fácilmente. La fuerza, la belleza, la inteligencia, nadie podía finalmente contra el tiempo. Solo una diosa pudo resistir mucho más que los demás, la única esperanza, y es que era la diosa de la memoria. Pero no podía ganar. Fue una lucha interesante por un momento, pero el tiempo *siempre* puede con todo." Una leve sonrisa cruzó su rostro, como si estuviera recordando una

broma personal de hace mucho, mucho tiempo. "Todo se acaba amigo Francisco. Y las otras creencias podrán durar muchos años, pero también sucumbirán a la entropía."

Francisco Ayala, flamante nuevo miembro de la Red Fantasma, una comunidad *underground* de caza fantasmas amateur y periodistas organizados principalmente a través de internet (con muy mal gusto para ponerse el nombre) ya había entrevistado a fanáticos religiosos antes. Antes, sí, cuando tenía un trabajo de verdad. El trabajo que lo había convertido en un periodista "serio", la cualidad que sus actuales empleadores habían buscado en él, un nombre reconocido que le dé algo de *gravitas* al asunto.

El problema con las organizaciones *underground* es que tienden a tomarse a sí mismas demasiado en serio. Como si no fuera suficientemente pretencioso llamarse 'La Red Fantasma', encima tenían todo un proceso de solicitud que incluía demostrar que habías 'luchado contra el sistema'. En el caso de Ayala, aparentemente, destapar la corrupción en los medios tradicionales calificaba. No estaba seguro de qué decía eso sobre el periodismo español, pero no podía ser nada bueno.

Ayala observó el reflejo de su rostro en el espejo detrás de las botellas del bar. Las arrugas alrededor de sus ojos y la barba bicolor le recordaban que ya no era el joven periodista con la cabeza en las nubes que había sido. Su reflejo le devolvía la mirada de alguien que había visto demasiado, que había luchado contra molinos de viento y había perdido. Pero en sus ojos aún brillaba una chispa, un resto de esa pasión que lo había llevado a denunciar tantas cosas. Aunque ahora esa pasión se había transformado en una mezcla de cinismo y determinación. '¿Qué me queda?', pensó mientras daba un sorbo a su cerveza. '¿Seguir persiguiendo sombras o rendirme y aceptar que el mundo es así?'

"Podría ponerlo en contacto, si lo desea."

Ayala parpadeó, súbitamente consciente de que había estado tan metido en sus pensamientos que había perdido el hilo de la conversación. Gran seriedad del gran periodista, profesionalismo total. ¿De qué hablaba este tío? Era imposible saberlo ahora sin delatarse como el profesional de pacotilla en que se había convertido.

"Pues la verdad sí, sería muy interesante, estoy seguro."

"Guay, pero debe entender que ellos se pondrán en contacto con usted, no puede ser de otra manera."

"Por supuesto, por supuesto. Muchas gracias por la gestión."

Y ahora, ¿quién lo iría a contactar? ¿Otro loco de la misma secta? ¿Tenía que aceptar todas las llamadas al móvil de números desconocidos de ahora en adelante? Ayala se imaginó ya hablando con todos los vendedores de *call center* de España solo por haber divagado un par de minutos. Espectacular.

La tarde caía sobre Madrid, bañando las calles estrechas con un naranja apagado. Las farolas comenzaban a encenderse, proyectando sombras largas sobre el asfalto. En la distancia, el ruido del tráfico se mezclaba con el murmullo de la ciudad que poco a poco se preparaba para la noche. Francisco Ayala miraba por la ventana del bar, sintiendo que su vida se había vuelto tan caótica e impredecible como la entropía de la que su extraño interlocutor acababa de hablar.

"Bueno, tío, me piro que tengo movidas que hacer," dijo el hombre mientras se levantaba y se estiraba como un gato viejo. "Ha estado guay el rato, ¿eh? Ya verás como todo cobra sentido cuando... bueno, ya sabes." Soltó una risita que a Ayala le pareció inquietantemente juvenil para alguien de su edad.

Por un instante, su mirada se desvió hacia la ventana del bar, como comprobando algo en el cielo nocturno. Sus dedos, que hasta entonces habían estado jugueteando con el mechero, se tensaron imperceptiblemente antes de 'olvidarlo' en la mesa. El gesto fue tan rápido que Ayala apenas lo notó, pero parecía haber sido

de temor. Algo lo había asustado. Tomó el mechero de la mesa casi por reflejo, pero cuando alzó la mano para devolvérselo, el tipo ya estaba cerca de la puerta.

"¡Eh, tu mechero!" gritó, pero el hombre solo giró la cabeza y le guiñó un ojo antes de fundirse con la oscuridad de la calle. El mechero, un peso frío y extrañamente reconfortante en su palma, tenía grabado un símbolo que no había notado antes: Tres espirales o brazos curvados que emergían de un punto central, extendiéndose hacia afuera de manera simétrica. Cada brazo parecía girar hacia adelante, como si estuvieran atrapados en un remolino perpetuo.

Ayala decidió volver a casa caminando. Las calles del centro de Madrid vibraban con esa energía única de octubre, cuando el verano es apenas un recuerdo, pero el invierno aún no muestra sus dientes. En las terrazas, el mosaico de turistas componía un cuadro peculiar: latinoamericanos enfundados en gorros, guantes y bufandas como si enfrentaran una ventisca polar, mientras los nórdicos lucían sandalias y mangas cortas, aparentemente inmunes al fresco otoñal. Entre ellos, los madrileños se movían con su característico paso acelerado, vestidos impecablemente según el calendario más que el clima, como si toda la ciudad tuviera una cita urgente a la que llegar.

El sonido era una sinfonía caótica: el murmullo constante de conversaciones en docenas de idiomas diferentes, el tintineo de tazas de café en las terrazas, el eco de pasos sobre adoquines centenarios, y de vez en cuando, las risas de los niños que jugaban en la calle mientras sus padres se tomaban unas cervezas. Los olores se mezclaban en el aire — café recién hecho, churros calientes, el aroma dulzón de las castañas asadas en las esquinas, y ese olor indefinible a ciudad antigua que emerge de los edificios históricos cuando cambia el tiempo.

En las calles estrechas que serpenteaban desde Sol hasta Lavapiés, los comercios tradicionales resistían junto a nuevas tiendas

de ropa vintage y bares de copas. Las persianas metálicas de algunos locales exhibían distintos estilos de grafitis, como un registro de décadas de cultura urbana. Los vecinos más antiguos del barrio, esos que llevaban toda la vida viviendo en el mismo edificio, observaban el movimiento desde sus balcones mientras tendían la ropa, testigos silenciosos de cómo Madrid se transformaba sin perder su esencia.

Mientras caminaba por las calles de su nuevo barrio, Ayala no pudo evitar recordar sus días de gloria periodística. Esa época en que su firma en un artículo hacía temblar a políticos y empresarios, cuando sus investigaciones destapaban escándalos que ocupaban portadas durante semanas. Ahora, su nombre apenas aparecía al pie de historias sobre gatos que predecían el tiempo y ancianas que juraban haber visto a Nino Bravo en el Metro. Había llegado a Madrid con sueños de cambiar el mundo, y aunque la realidad lo había golpeado con dureza, seguía encontrando consuelo en las calles estrechas y los edificios antiguos. 'Este barrio es como yo', pensó. 'Tuvo una época dorada, pero ahora es solo un constante recuerdo de lo que pudo ser.' Los turistas sacaban fotos de los balcones de las fachadas como si fueran obras de arte, mientras los vecinos colgaban en ellos ropa que había visto mejores días.

Madrid era así: una ciudad que abrazaba sus contradicciones, donde lo viejo y lo nuevo, lo glorioso y lo decadente, lo madrileño de pura cepa y lo extranjero, coexistían en un equilibrio precario que de alguna manera funcionaba. Como él mismo, la ciudad parecía estar siempre en ese punto exacto entre la nostalgia de lo que fue y la resignada aceptación de lo que era ahora. Tal vez por eso se sentía tan a gusto aquí, pensó. Aquí todos estaban un poco perdidos, un poco rotos, con una idea vaga de lo que buscaban a falta de un plan con sentido, pero seguían adelante con una dignidad terca que rozaba lo heroico.

El piso de Ayala era uno de esos milagros inmobiliarios de Lavapiés: treinta y cinco metros cuadrados distribuidos con la lógica de quien transformó un hogar para tres personas en cinco pisos para una persona. La única habitación servía de dormitorio, oficina y, desde que el frío había llegado, también de lavandería improvisada. Un tendedero extensible cruzaba el espacio de pared a pared, con calcetines y camisetas goteando sobre el parquet gastado, creando ese hedor particular a ropa húmeda que ningún ambientador podía disimular.

La 'cocina americana', como la había llamado optimistamente el agente inmobiliario que, claramente, nunca había estado en América, consistía en dos placas eléctricas, una nevera que sonaba como un tractor viejo y apenas tres armarios que contenían una colección ecléctica de platos desparejados y latas de conserva. Sobre la encimera, una cafetera italiana relucía como un objeto sagrado entre tazas sucias y recibos arrugados. El resto del mobiliario seguía la estética del 'lo encontré de oferta en El Rastro': un sofá con un hundimiento permanente en el lado derecho, una mesa plegable para comer y trabajar, y una estantería inclinada peligrosamente hacia la izquierda, repleta de libros sobre periodismo de investigación que ahora parecían burlarse de su situación actual.

La pequeña terraza que tenía apenas un metro cuadrado de espacio donde cabía una silla plegable y una maceta con una planta moribunda, había sido su lugar preferido hasta que los andamios de la obra del edificio contiguo le quitaron gran parte de la luz. Ahora, las lonas azules de la construcción se agitaban con el viento como fantasmas urbanos, proyectando sombras inquietantes sobre las paredes de su habitación y llenando el piso de ese sonido metálico que parecía intensificarse precisamente en las horas de sueño. Al menos, pensaba Ayala con ironía, los andamios le daban cierta privacidad extra, aunque hubiera preferido que no fuera a costa de vivir con la mitad de su ya reduci-

do balcón en una penumbra azulada. Eso sí, el atardecer seguía siendo un espectáculo que ninguna guía turística podía capturar completamente.

¿Cuál era aquella frase que su amigo y ex compañero de trabajo solía decir siempre? Juan Camilo, el colombiano, el que se sentaba siempre al lado en la mesa de trabajo del canal. Ah, sí... Qué vida tan berraca. No estaba seguro de qué quería decir exactamente, pero sonaba a algo que encajaba con la situación actual. Vida berraca.

Capítulo 2. La Red Fantasma

Los días después de la entrevista en el bar se desdibujaron en la rutina que Ayala intentaba mantener a flote, habiendo sido siempre pésimo para manejar sus propios horarios. Las mañanas las dedicaba a revisar el correo de La Red Fantasma, mayormente lleno de avistamientos de ovnis que resultaban ser drones y psicofonías que sonaban sospechosamente a tuberías oxidadas. Las tardes las pasaba persiguiendo pistas en internet que invariablemente lo llevaban a callejones sin salida o, peor aún, a más teorías conspirativas.

El calor de octubre se resistía a marcharse de Madrid, creando ese característico ambiente de falso verano que engañaba a los turistas y frustraba a los locales. Ayala había desarrollado la costumbre de trabajar desde diferentes cafeterías del barrio de Lavapiés, más que nada porque el aire acondicionado de su piso se había convertido en otro gasto que no podía justificar. La camarera del Café Barbieri ya le guardaba su mesa preferida junto al ventanal de la calle del Ave María, donde veía el desfile diario de la ciudad, mientras fingía que sus artículos sobre avistamientos paranormales eran tan serios como sus antiguas investigaciones.

Entre sorbo y sorbo de café con leche, Ayala se hundía cada vez más en el agujero de internet que era investigar supuestos fenómenos inexplicables en el territorio español. En esta ocasión estaba enfocado en instituciones educativas. La mayoría de las historias eran prescindibles: ruidos en bibliotecas durante época de exámenes (estudiantes con crisis nerviosas u otro tipo de urgencias de las que los adolescentes tienen, claramente), luces extrañas en laboratorios a medianoche (más estudiantes con urgencias) y apariciones de monjes medievales en claustros (definitivamente estudiantes, aunque esta vez borrachos).

Un correo llamó su atención: un grupo de arqueólogos aficionados reportaba actividad extraña cerca de un castro celta en Galicia. Lo peculiar no era tanto el reporte en sí, sino las fotos adjuntas que mostraban lo que parecían ser equipos de medición abandonados y, más extraño aún, una *tablet* moderna conectada a las piedras mediante cables. 'Probablemente algún estudiante pijo haciendo su tesis', pensó, archivando el correo en una carpeta.

La mayoría de los otros reportes recientes compartía un patrón curioso que Ayala no había notado antes: fallos eléctricos inexplicables cerca de sitios históricos. El museo de Santa Cruz en Toledo había tenido que reemplazar su sistema de seguridad tres veces en el último mes — algo que llamó particularmente su atención porque recordaba haber cubierto la instalación del primer sistema moderno cuando trabajaba en el canal. Era tecnología de última generación, diseñada específicamente para este tipo de locales. Sin embargo, según los informes técnicos que había conseguido, los circuitos aparecieron literalmente fundidos, como si hubieran sido sometidos a voltajes extremos.

La biblioteca de la Universidad de Santiago reportaba que sus escáneres se volvían locos al digitalizar ciertos manuscritos antiguos. Había visto algunos de los archivos resultantes: páginas donde el texto original se distorsionaba en patrones que habrían

vuelto loco a M.C. Escher, como si las letras estuvieran intentando reescribirse a sí mismas. Lo más extraño era que estos fallos solo ocurrían con textos específicos, principalmente aquellos relacionados con rituales medievales. El técnico que instaló los escáneres había renunciado después de asegurar que las máquinas "susurraban" cuando intentaban procesar ciertos folios.

Un patrón similar emergía en otros sitios: los sensores de movimiento en el Alcázar de Segovia que se activaban en secuencias que eran imposibles a menos que un gato pudiera teletransportase, las cámaras de seguridad en la Catedral de León que captaban destellos de luz ultravioleta durante la digitalización del archivo capitular, el sistema de climatización del Archivo Histórico de Galicia que marcaba temperaturas bajo cero en salas específicas durante la catalogación de documentos medievales. Casos que, individualmente, podrían explicarse como fallos técnicos, pero que juntos formaban un mosaico inquietante. Era como si el pasado mismo se resistiera a ser capturado en medios digitales.

Como periodista, Ayala había aprendido a buscar patrones en el caos de información. Y aquí había uno que no podía ignorar: cada incidente parecía estar relacionado con intentos de documentar o digitalizar algo antiguo. No porque fueran paranormales, para nada, pero tal vez había ahí una noticia escondida sobre las fallas de la red eléctrica en España debido al consumo excesivo de los nuevos *data centers* de las grandes multinacionales de tecnología... y en ese preciso momento recordó que ya nadie le pagaba por ese tipo de reportajes. Ayala respiró muy hondo.

Pero entonces, mientras navegaba por el archivo digital de la Universidad de Salamanca buscando información sobre una supuesta monja fantasma, algo saltó a la vista. Era un registro de gastos de 1838, digitalizado y subido a la web como parte de algún proyecto de preservación histórica que probablemente había costado una fortuna en fondos europeos. La mayoría del

documento era espantosamente mundano: listas interminables de velas, tinta y papel. Pero había una entrada que no encajaba:

"Asignación mensual al Departamento de Estudios Especiales — 1500 reales para la adquisición de material específico y sensible." Esa era una cifra que, para la época, sólo alguien como el Marqués de Salamanca podría haber siquiera pensado en gastar... y lo habría dudado. Además, ¿qué material específico y sensible? ¿En 1838? Ayala se inclinó hacia la pantalla, ignorando los gritos del dueño del café a un grupo de turistas que intentaban pagar su cuenta con un billete de 200 euros.

El registro se repetía mes tras mes, siempre con la misma cantidad, siempre con la misma vaga descripción. Pero lo más extraño no era la entrada en sí, sino una nota marginal escrita a mano: "Continuar con la asignación habitual establecida desde 1534 — según acuerdo para mantener la paz".

"¿La paz con quién?", murmuró Ayala mientras abría una nueva pestaña para buscar más información. Pero por más que buscó, no encontró ninguna otra mención al misterioso departamento ni a su paz. Era como si alguien hubiera dejado escapar este único documento y hubiera borrado meticulosamente todo lo demás.

Guardó el enlace en sus favoritos, junto a otros cientos de pistas que no llevaban a ninguna parte. Probablemente no era nada — otro callejón sin salida en una investigación que parecía estar llena de ellos. Pero algo en la precisión de las fechas, en la continuidad de los pagos, le molestaba. ¿Qué tipo de departamento universitario mantiene el mismo presupuesto durante siglos? ¿Y qué material era tan "específico y sensible" que requería una partida especial incluso durante la crisis económica que España atravesaba en esa época? La desamortización de Mendizábal había sido un fracaso y Bravo Murillo intentaba, sin éxito, resolver la enorme deuda pública acumulada desde la Guerra de Independencia. Entre el atraso agrario, una débil industrializa-

ción, una Hacienda pública en quiebra y una gran inestabilidad política, esas no eran épocas para realizar ese tipo de gastos sin una muy buena justificación.

El cursor parpadeaba sobre la pantalla mientras Ayala navegaba por los archivos digitalizados de la Universidad de Salamanca. Sabía lo que buscaba—un registro, una anomalía, cualquier indicio de que algo no cuadraba—pero lo que encontró fue un vacío. Documentos clave de ciertas épocas estaban ausentes o etiquetados como "trasladados a Madrid por orden del gobierno", sin más detalles. Intentó cruzar referencias con otras fuentes de datos, pero los mismos vacíos aparecían en cada intento, como si alguien hubiera pasado con precisión quirúrgica por encima de ciertos años, ciertos nombres.

Frustrado, se sumergió en artículos académicos sobre la desamortización de Mendizábal, buscando contexto histórico. Lo que encontró era más inquietante de lo esperado. A mediados del siglo XIX, no solo se confiscaron monasterios y tierras eclesiásticas, sino que también se dispersaron o destruyeron documentos que la Iglesia había custodiado durante siglos. Algunos informes sugerían que ciertas órdenes religiosas habían protegido registros específicos, textos que hablaban de cosas que no encajaban con la historia oficial. Ayala se frotó los ojos y volvió a la base de datos de Salamanca, probando nuevas palabras clave, pero los resultados eran los mismos: documentos perdidos, fechas incongruentes y referencias a expedientes que ya no existían.

Estaba tan concentrado en la pantalla que casi no notó la figura que pasó junto a su mesa. Fue el olor lo que le hizo levantar la vista, ese aroma particular a papel viejo y metal que le recordó al bar. Pero cuando miró hacia la puerta, solo alcanzó a ver una chaqueta negra desapareciendo entre la multitud.

Ayala bostezó y se estiró en su silla. Había aprendido con los años que las mejores pistas no siempre estaban en las fuentes más

confiables, sino en los márgenes de la investigación oficial, donde los aficionados que se creían expertos y los expertos que se creían iluminados, se mezclaban en un sancocho de datos reales y delirios.

Fue ahí, entre debates sobre la Primera Guerra Carlista y la desamortización, donde tropezó con una mención que le hizo arquear una ceja. Un usuario anónimo, con un avatar de la estatua de Roger de Llúria, afirmaba que el bombardeo de Barcelona de 1842 no había sido una simple represión militar. Según su teoría, Espartero no arrasó la ciudad solo por su rebeldía política, sino para contener algo que había escapado de los archivos eclesiásticos confiscados años antes. Algo lo suficientemente peligroso como para justificar la brutalidad del ataque y, lo más importante, algo que le garantizó mantenerse en el poder: "El Duque de la Victoria no se impuso solo con cañones. Se mantuvo porque sabía demasiado. De otra manera por qué es que lo querían luego de vuelta en el poder."

Ayala resopló y cerró la pestaña. Otro caso de historia reinterpretada con morbo, el típico intento de encajar lo sobrenatural en cualquier episodio turbio del pasado. Nada nuevo. En internet siempre había alguien dispuesto a creer que las guerras nunca eran por dinero o poder, sino por sellos ocultos, rituales ancestrales y puertas a otras dimensiones.

Dejó el ordenador y se concentró en la calle. Ver pasar a los mismos personajes de siempre frente al café le daba cierto nivel de continuidad a su caótica vida: estaba la señora que paseaba a su perro perfectamente peinado en un carrito para bebés, los estudiantes de la escuela de arte cargando sus carpetas de dibujo, el repartidor de Amazon en su bicicleta esquivando peatones con la precisión de un torero. El mes iba llegando a su fin y las decoraciones por el Día de los Muertos empezaban a adornar el local de tacos vecino. La vida normal, la que ahora parecía pertenecer a otro universo paralelo al suyo.

En el servidor de *Discord* de La Red Fantasma, el chat grupal para coordinar actividades, sus compañeros parecían vibrar con una energía que no terminaba de comprender. Alejandra, la editora jefa, insistía en que estaban "al borde de algo grande". Manuel, el experto en criptozoología, juraba que había encontrado una conexión entre los avistamientos de un supuesto chupacabras en Vallecas y las fluctuaciones del precio del *bitcoin.* A Ayala le costaba cada vez más fingir entusiasmo.

Cada miembro de La Red tenía su propia área de "especialización", como lo llamaban eufemísticamente. Estaba Manuel, que había mapeado cada construcción templaria en España y juraba que formaban constelaciones perfectas si las mirabas desde el ángulo correcto. Laura, una programadora que había desarrollado un algoritmo para detectar patrones en avistamientos de luces extrañas y que insistía en que el código era un patrón en sí mismo, muy meta. El Doctor Ramírez, un veterinario jubilado que coleccionaba testimonios sobre mascotas que "recordaban" vidas pasadas o predecían desastres. Incluso tenían un chamán urbano que limpiaba energías negativas en pisos de alquiler por Wallapop. La mayoría eran personas ordinarias durante el día — oficinistas, profesores, técnicos — que por las noches se transformaban en investigadores de lo desconocido. Ayala no podía evitar preguntarse si realmente estaban todos locos, o si él era el loco por no ver lo que ellos veían. Aunque, pensándolo bien, quizás la verdadera locura era pretender que el mundo era tan simple como la gente quería creer.

El único momento que hacía estas conversaciones soportables era cuando Felipe empezaba a contar sus avances. Era un metalero en sus treintas que, pese a su apariencia de extra en un video de Slayer — pelo largo, camisetas negras de bandas que nadie conocía, y más piercings que un expositor de joyería — tenía una sensibilidad y una capacidad narrativa que hubiera hecho llorar

de envidia a cualquier guionista de Pixar. Y por supuesto consideraba a "El Día de la Bestia" la máxima expresión del cine español.

Su especialidad era, muy irónicamente, los ángeles. Aunque no los que decoraban árboles navideños o protagonizaban películas románticas de Hollywood. Los ángeles de Felipe eran más cercanos a las pesadillas de Lovecraft que a las fantasías de Disney: criaturas multidimensionales de geometría imposible que, según él, hacían que el "no temas" que siempre decían en la Biblia tuviera mucho más sentido.

"Los ángeles y los demonios están entre nosotros," solía decir Felipe en las llamadas de *Zoom*, su voz adoptando ese tono de narrador de documentales que hacía que hasta las teorías más absurdas sonaran plausibles. "No como esas tonterías de alas y aureolas que venden en las estampitas, sino como fuerzas que operan en frecuencias que apenas podemos comprender." Sus teorías sobre la jerarquía celestial y la guerra en el cielo hacían que las conspiraciones habituales de La Red parecieran noticias del telediario. Según Felipe, toda la historia de la humanidad era apenas un eco de una guerra antigua que se libraba desde antes que existiera el tiempo. El universo era un tablero de ajedrez en cuatro dimensiones donde ángeles y demonios movían sus piezas desde tiempos inmemoriales, y los humanos éramos apenas peones en un juego cuyas reglas ni siquiera podíamos entender.

"Estos seres no 'valoran' a la humanidad como entendemos el término" continuaba en su más reciente post. "En su lugar, perciben patrones de resonancia entre diferentes escalas de realidad. Humanos, especies enteras, son meramente nodos en geometrías conscientes que se repiten a través de escalas. Su lealtad no es a individuos sino a ciertos patrones de complejidad que considera 'armónicos' con la estructura fundamental del universo."

Lo fascinante era cómo Felipe conectaba todo con una precisión matemática. Cada ángel, cada demonio, tenía su lugar en un

organigrama corporativo celestial. Desde los Serafines hasta los ángeles comunes, pasando por Querubines, Tronos, Dominaciones y toda una burocracia divina que hacía que la administración pública española pareciera eficiente en comparación. "¿Saben por qué las iglesias antiguas tienen esas formas tan específicas?" preguntaba Felipe en las reuniones, mientras compartía en su pantalla diagramas que parecían sacados de un libro de arquitectura medieval. "Cada ángulo, cada proporción, está diseñada para resonar con frecuencias específicas. Los constructores sabían que ciertas geometrías atraían a ciertos tipos de seres."

Ayala solía escucharlo con una mezcla de escepticismo profesional y fascinación morbosa. En una ocasión particularmente memorable, Felipe había compartido un antiguo diagrama que mostraba cómo los principales templos de Europa formaban patrones específicos cuando se conectaban en un mapa. "Es como una red de poder," había explicado, sus ojos brillando con ese entusiasmo particular de quien ha encontrado un objeto invaluable en el mercado de pulgas del barrio. "Cada punto es como un nodo en una red más grande, una infraestructura mística que lleva siglos funcionando."

Por las noches, cuando el insomnio lo atacaba, salía al pequeño balcón de su piso en la Calle Zurita con una cerveza tibia. Desde allí, entre los edificios apretados de Lavapiés, las farolas públicas proyectaban su luz anaranjada sobre las fachadas desconchadas. A veces sacaba el mechero del hombre del bar y lo observaba bajo la luz artificial de la calle, preguntándose si realmente había algo especial en él o si solo era otro síntoma de su creciente paranoia profesional.

Capítulo 3. Salamanca

Una semana después de la entrevista en el bar, el móvil de Ayala vibró con un correo electrónico desde una dirección institucional de la Universidad de Salamanca. El asunto era engañosamente mundano: "Invitación — Seminario de Metodologías de Investigación Avanzada".

El cuerpo del mensaje era aún más críptico:

> Estimado Sr. Ayala:
>
> En seguimiento a su reciente investigación sobre sistemas de creencias no convencionales, nos complace invitarle a una sesión informativa en nuestras instalaciones.
>
> Fecha: 31 de octubre
>
> Hora: 11:30
>
> Lugar: Colegio Mayor de San Bartolomé, Universidad de Salamanca.
>
> Ref: DEH—2025/147
>
> Se requiere confirmación de asistencia.
>
> No es necesario traer equipo de grabación.

Atentamente,
Dra. Elena Robles
Departamento de Filología
Universidad de Salamanca

P.D.: Traiga el objeto que le entregaron.

Ayala releyó el correo tres veces. La dirección del remitente parecía legítima, y el formato era tan burocráticamente correcto que casi dolía. Incluso tenía una firma digital certificada por la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre. ¿Quién demonios enviaba invitaciones certificadas digitalmente?

Después de media hora de búsqueda en internet, descubrió que la Dra. Elena Robles existía de verdad: una docena de estudios publicados en revistas *peer—reviewed* sobre "Metodologías de Análisis de Eventos Históricos Anómalos". Ayala no era un experto en el tema, pero nada de eso sonaba a Filología. Su foto en la web de la universidad mostraba a una mujer de mediana edad con gafas de diseño y ese aire de "puedo explicarte por qué estás equivocado en cinco idiomas diferentes" que solo los académicos verdaderamente brillantes consiguen proyectar.

'A tomar por culo', pensó mientras compraba el billete de tren a Salamanca. La Red Fantasma seguía pagando una miseria, pero al menos este viaje sonaba más civilizado que perseguir cultistas a las tres de la mañana. Y Salamanca iba a estar más fresco que Madrid, definitivamente.

El viaje en tren le dio tiempo para reflexionar sobre lo absurdo de su situación. Sacó el mechero del bolsillo y lo estudió una vez más. El metal parecía cambiar sutilmente de color según el ángulo, pero eso suele pasar con los objetos de metal que han sido usados por años sin mantenimiento adecuado. El *triskele* (porque Ayala ya había buscado en internet el símbolo y aparentemente

ese era su nombre oficial) parecía moverse cuando lo miraba por el rabillo del ojo, pero cuando intentaba enfocarse en él, volvía a ser simples marcas estáticas en el metal.

"Genial, ahora me estoy volviendo esquizofrénico," murmuró para sí mismo, guardando el mechero de vuelta en su bolsillo. Una señora mayor sentada al otro lado del pasillo le lanzó una mirada preocupada.

El resto del trayecto pasó sorprendentemente rápido. Un par de adolescentes se cambiaron de lugar a unos vacíos al otro lado del vagón y se tomaron un par de docenas de *selfies*. En cada uno de ellos Ayala se escondía detrás del asiento de adelante para evitar estropearles la foto con su rostro de cuarentón que se ha dejado arrollar por la vida.

Salamanca lo recibió con su característica luz dorada rebotando en la piedra de sus edificios históricos. La universidad era imponente, el tipo de lugar que te hace sentir que a medida que pasan los años los seres humanos olvidan cómo construir cosas bonitas. En la recepción, una estudiante de posgrado, a juzgar por la edad, con ojeras de tres días, lo estaba esperando.

"¿Señor Ayala? Soy Begoña Menéndez, asistente de la Dra. Robles. Por aquí, por favor."

Los pasillos de la universidad guardaban ese silencio particular que solo encuentras en los edificios muy antiguos, donde el tiempo parece moverse más lento y el eco de los pasos sobre la piedra gastada suena como si viniera de otro siglo. Grupos de estudiantes pasaban junto a él hablando en susurros, como si supieran instintivamente que había lugares donde alzar la voz era una falta de respeto. Begoña lo guio hasta llegar a una puerta de roble macizo con una placa discreta: "Departamento de Estudios Herméticos".

"Herméticos, eh... ¿Aquí no entra el aire entonces?" Bromeó Ayala. No hubo respuesta, como normalmente pasaba con la mayoría de sus bromas.

Begoña deslizó una tarjeta de acceso por un lector oculto en la piedra y la puerta se abrió con un zumbido eléctrico que sonaba fuera de lugar en un edificio del siglo XVI.

El contraste al otro lado de la puerta era brutal. Ayala se sintió como uno de los acompañantes del Doctor Who pasando por primera vez por la puerta de la TARDIS. El laboratorio que pudo ver parecía sacado de una película de ciencia ficción: pantallas enormes mostraban gráficos tridimensionales de curvas en movimiento que tal vez significaran algo para alguien más. Decenas de armarios con servidores, de esos con luces que se encienden y apagan como adornos de navidad, llenaban las paredes. Y en el centro de la sala, un grupo de personas rodeaba una mesa con lo que parecía ser un mapa del norte de España. Hasta la misma iluminación era, de alguna manera, especial.

Ayala había estado dentro del Centro Europeo de Operaciones Espaciales alguna vez, y recordaba haber pensado que no era, en realidad, tan sorprendentemente futurista como lo había imaginado. Este lugar, sea lo que fuera, sí lo era. Si Tom Cruise salía a saludarlo en ese momento, no le habría sorprendido.

"Ah, Francisco, bienvenido," dijo una voz a su espalda. La Doctora Robles era aún más intimidante en persona. No era que gritara autoridad con la voz o el porte de un general, sino que su presencia se imponía con una precisión casi matemática, como si cada palabra y cada gesto estuvieran calculados con exactitud. Medía poco más de metro setenta, delgada sin llegar a ser frágil, con la postura impecable de alguien que jamás había permitido que su trabajo teórico encorvara su espalda.

Llevaba el cabello castaño oscuro recogido en un moño que era más una decisión estratégica que un simple peinado, sin un solo mechón fuera de lugar. Lo que más desconcertaba de ella no era solo la inteligencia que proyectaba, sino la sensación de que, en una conversación, su mente ya iba varios pasos por delante.

Ayala sintió, incluso antes de que abriera la boca, que todo lo que dijera iba a ser medido, analizado y probablemente archivado en un rincón de su cerebro con más eficiencia que cualquier base de datos. "Veo que ha traído su nuevo mechero. Excelente. ¿Qué sabe usted sobre la teoría de los objetos anclaje y su papel en la canalización de energías residuales?"

"¿Perdón?"

"No se preocupe," sonrió la doctora mientras una pantalla cercana comenzaba a mostrar el mismo mapa de la mesa, pero esta vez en 3D. "Para eso estamos aquí. ¿Ha firmado ya el acuerdo de confidencialidad? Tenemos mucho que discutir sobre su rol en nuestra próxima investigación. Por cierto, ¿qué opina sobre la magia?"

Diez minutos y dos donuts que atisbó en una mesa cercana después, Francisco Ayala experimentaba una mezcla de confusión e irritación creciente. La Doctora Robles había empezado a explicar teorías sobre un supuesto "Mundo Invisible" operando bajo la superficie de la realidad cotidiana, y cada nueva afirmación sonaba más descabellada que la anterior, al punto que hacía que lo que publicaba la Red Fantasma a diario sonara serio en comparación.

"Perdone que la interrumpa, doctora," dijo Ayala, alzando una mano como quien pide tiempo muerto en un partido de fútbol, "pero esto no tiene sentido. Si existiera toda una... infraestructura de energía mágica, como usted la llama, operando a escala peninsular, alguien lo habría notado. Los satélites, los sensores sísmicos, los medidores de radiación... Epa, ya los rusos habrían dicho que necesitaban saldar la deuda histórica con los brigadistas republicanos y estaríamos con tanques hasta en Murcia."

"Los sensores tradicionales no pueden detectar ese tipo de energías de la misma manera que sus ojos no pueden ver el infrarrojo," respondió Robles con esa sonrisa condescendiente que Ayala había aprendido a odiar en sus años entrevistando a expertos. "¿No se ha

preguntado nunca por qué ciertas ubicaciones aparecen constantemente en la historia? ¿Por qué civilizaciones separadas por siglos eligieron los mismos puntos para construir sus templos?"

"Recursos naturales. Posición estratégica. No lo sé, ahorros en materiales de construcción por usar las mismas paredes. Tiene explicaciones perfectamente racionales."

"¿Como el hecho de que esos lugares coincidan exactamente con anomalías que nuestros equipos sí pueden medir?" Robles manipuló los controles y el mapa holográfico se llenó de puntos parpadeantes. "La ciencia moderna, bueno... nosotros en particular, estamos redescubriendo lo que otras culturas nunca olvidaron."

"Correlación no implica causalidad, doctora. Es estadística básica."

"¿Y cuando la correlación se repite sistemáticamente durante siglos?" Robles se quitó las gafas y miró directamente a Ayala. "Usted es periodista. Sabe reconocer patrones."

"Yo era periodista," corrigió Ayala con amargura. "Ahora escribo sobre chamanes que usan Ayahuasca, ¿no ha oído?"

"Y, sin embargo, está aquí."

Ayala soltó una risa seca. "Ese es precisamente el mayor problema con toda esta historia fantástica sobre magia institucionalizada y sociedades secretas que quiere que me trague. Si fuera real, si fuera tan importante como dice, jamás habrían contactado a alguien como yo. Un tío que ni siquiera puede pagarse un perrito del Galipán sin antes tener que escribir dos tonterías para un blog de conspiraciones." Se puso de pie, sacudiendo la cabeza. "No, doctora. O esto es una broma elaborada, o están tan desesperados que recurren a cualquiera. Y honestamente, no sé qué opción me deprime más."

"Señor Ayala, existen... protocolos. Si Midir no le ha revelado los motivos por los que lo envió aquí..."

"¿El tipo del bar? ¿El rarito de la entropía? Ese chiflado no me dijo siquiera su nombre."

"¿Es así como se mostró esta vez, como un chiflado?" La doctora sonrió levemente. "Interesante. Cada época tiene sus máscaras, supongo. Y los nombres tienen poder, por lo que no siempre conviene darlos. "

"Pues por mí se podría llamar Malamén y me importaría menos". La doctora no sonrió, tal vez no se sabía ese chiste. Ayala se dirigió hacia la puerta. "Mire, agradezco el espectáculo. Los hologramas son impresionantes, y definitivamente todos aquí tienen las batas blancas y las gafas que suelen generar confianza cuando nueve de cada diez doctores recomiendan algo. Pero yo ya he visto suficientes presupuestos públicos malgastados en mi carrera como para reconocer otra operación de estafa cuando la veo."

"Me cuesta creer," dijo Robles suavemente, "que alguien que ha dedicado su carrera a destapar verdades incómodas ahora prefiera la comodidad del escepticismo."

Ayala se detuvo a medio camino hacia la salida. "La última vez que confié en mi instinto sobre una historia importante, perdí todo. Mi trabajo y mi credibilidad. Y esa historia al menos era real. Esto es..." hizo un gesto hacia las pantallas. "Esto es ciencia ficción. O fantasía. Nunca supe bien la diferencia."

"¿Tan fantástico como el hombre que lo envió aquí? ¿Ese que durante la Segunda República era bibliotecario, en los años cuarenta un anticuario, y que tiene registros como alquimista en la corte de Felipe II?"

Ayala sintió un escalofrío. "De qué está hablando exactamente?"

"De alguien que lleva observando y guardando secretos en la península desde mucho antes que existiera la palabra Hispania, señor Ayala. Y por alguna razón, ha decidido que usted debe ser parte de esto. Él siempre prefiere trabajar a través de intermediarios", comentó, casi para sí misma. "Es curioso cómo alguien con tanto poder elige constantemente... delegarlo." Su tono sugería que había más en esa observación, pero cambió rápidamente de

tema. “La pregunta es: ¿prefiere seguir escribiendo sobre duendes inventados, o está listo para investigar los verdaderos misterios que se esconden bajo la superficie de nuestra realidad?”

Ayala no podía creer que lo estaba siquiera pensando. Una parte dentro de sí mismo quería creer en estas tonterías, aunque sea solamente para darle algún tipo de sentido a su vida.

“Señor Ayala,” la Dra. Robles se acercó al mapa holográfico, sus dedos trazando líneas invisibles. “¿Sabe qué tienen en común los romanos, los visigodos, los árabes? Todos vinieron aquí por lo que creían ver en los mapas: ubicación estratégica, recursos...” Una sonrisa irónica cruzó su rostro. “La península es como una estación central donde muchas líneas se conectan, sabe. Los visigodos construyeron sus iglesias sobre antiguos templos romanos, que a su vez estaban sobre santuarios celtíberos. Los árabes levantaron mezquitas en los mismos puntos. Y luego nosotros construimos catedrales encima. Capas y capas de poder acumulado. ¨

La Dra. Robles manipulaba los controles holográficos con la familiaridad de quien lleva décadas haciéndolo, aunque su rostro apenas mostraba arrugas. Solo sus ojos, detrás de esas gafas de diseñador, delataban el peso de conocimientos que ningún doctorado universitario normal podría proporcionar. Ayala sentía cómo un dolor de cabeza crecía proporcionalmente a cada nueva revelación. No era el tipo de migraña que te da por saltarte el café de la mañana, sino ese dolor que aparece cuando tu cerebro intenta procesar algo que le queda grande. Como esa vez que intentó hacer su declaración de la renta solo.

“Tome Toledo, por ejemplo.” La doctora manipuló los controles y el mapa se centró en la ciudad medieval. “Todo el mundo conoce la leyenda: tres culturas conviviendo en armonía, compartiendo conocimiento. Pero nadie se pregunta por qué precisamente allí. Por qué esa ciudad. Por qué ese punto exacto donde las tradiciones místicas de tres continentes decidieron encontrar-

se. Toledo se convirtió en un crisol donde estas tres tradiciones se mezclaron. La Escuela de Traductores no solo traducía textos científicos del latín, sino grimorios antiguos de un lenguaje mucho más antiguo. Me gustaría darle todos los detalles, pero para eso tiene que aceptar nuestra oferta. ¿Qué me dice?"

Lo peor no era que todo sonara a locura — lo peor era que empezaba a tener sentido. Como un rompecabezas donde las piezas encajan perfectamente para formar una imagen que prefieres no ver. Como Felipe hablando en las llamadas de *Zoom*. Eso era, su cerebro estaba formando patrones donde no existía nada.

Cada noticia extraña que había descartado, cada "coincidencia" inexplicable que había archivado en la categoría de "mejor no preguntar", comenzaba a reorganizarse en su mente formando un patrón inquietantemente coherente. Pero era una ilusión. Y estos frikis se lo habían creído de verdad.

Ayala soltó una carcajada de desesperación. "Mire, en mi carrera he visto suficientes cultos, religiosos y corporativos, como para reconocer cuando alguien está..." Se detuvo, mirando las pantallas holográficas, los equipos que parecían sacados del laboratorio de investigación avanzada de Apple. "No sé qué están haciendo aquí realmente, ni con el dinero de quién, pero prefiero mantenerme al margen."

"Oh, no se preocupe por la financiación," la Dra. Robles mantuvo su tono profesional, pero algo en su mirada se endureció. "Nuestros... benefactores son bastante selectivos con sus inversiones. Y muy protectores de sus intereses. Aunque supongo que usted, con su experiencia periodística, entiende perfectamente cómo funcionan estas cosas."

Ayala solo pudo reír sarcásticamente. "¿Es una especie de amenaza para que me quede callado? ¿Y qué van a hacer, desprestigiarme? Creo que es imposible que yo caiga ya más bajo. Y además me ha hecho perder mi día de Halloween."

"Estoy segura de que muchos niños van a extrañar los dulces que iba a entregarles hoy, pero somos conscientes de su actual situación señor Ayala. Precisamente creemos que colaborar con nosotros sería de lo más beneficioso para usted. Algo está cambiando. Los patrones de energía se están alterando de una manera que no habíamos visto en siglos. Y cuando él empieza a reclutar gente nueva... bueno, normalmente significa que se acerca algo importante."

Ayala había perfeccionado el arte de la retirada estratégica añadiéndole un toque personal: decir algo tan fuera de lugar que era posible aprovechar los siguientes segundos de desconcierto de sus interlocutores para alejarse antes que nadie pueda decir nada.

"Pues les deseo mucha suerte, de corazón. Y no se preocupe que ni siquiera los gilipollas que leen a la Red Fantasma creerían algo de lo que me ha dicho, por lo que esto no será publicado. En lo que a mí concierne, vine a Salamanca a por unas lentejas. Si llega el fin del mundo, por favor no me llamen, que ya sería el colmo que lo último que escuche en mi vida sean chorradas."

Y sin más se dirigió a la puerta y de regreso hacia la calle.

Mientras bajaba las escaleras de la universidad, el mechero en su bolsillo parecía más pesado que de costumbre. No era un cambio dramático — apenas perceptible, como cuando notas que el aire ha cambiado justo antes de una tormenta. Lo sacó y lo observó bajo la luz dorada del sol. Por un momento, le pareció que el triskele brillaba tenuemente, casi como respondiendo al edificio histórico, pero cuando parpadeó, todo parecía normal.

Horas después, ya de vuelta en su balcón de Lavapiés, Ayala observaba las luces de la ciudad. Madrid parecía diferente ahora, como si bajo su familiar superficie urbana se escondiera algo más antiguo y misterioso. Quizás siempre había estado ahí, pensó, y él simplemente no había sabido dónde mirar.

La oscuridad caía y Ayala sentía una mezcla de nostalgia y determinación. Recordaba las noches en que, después de un

día intenso de investigación, se sentaba a escribir artículos que sacudirían los cimientos del poder. Ahora, sus noches eran una mezcla de insomnio y reflexión. "¿Qué estoy haciendo?", se preguntó mientras encendía un cigarrillo. "¿Persiguiendo sombras o buscando redención?" Lo único seguro era que esta noche tampoco iba a poder dormir bien.

Capítulo 4. Vainas Raras

En todas las películas americanas, cuando una persona está nerviosa y siente que lo están siguiendo, mira por la ventana de su casa y puede distinguir un coche sospechoso aparcado en la calle frente a su puerta. Afortunadamente, Ayala no tenía que preocuparse de eso en Lavapiés, donde ya sería un milagro que alguien pueda aparcar una patineta entre las calles tan estrechas y el flujo constante de personas.

Y, sin embargo, tenía que admitir que sí estaba un poco nervioso. Desde su regreso de Salamanca el movimiento habitual del barrio había adquirido un matiz diferente. ¿Los saludos del vendedor de fruta frente a la estación del metro eran realmente solo eso, o estaba tomando nota de sus movimientos? ¿El olor a especias que salía de los restaurantes indios era simplemente comercio multicultural, o formaba parte de algún ritual ancestral que se le escapaba? Joder, se estaba volviendo paranoico.

Madrid, su ciudad desde hacía quince años cuando dejó su natal Zaragoza, había comenzado a revelar pequeñas grietas en su fachada de normalidad. El vendedor de periódicos de la esquina, ese que llevaba toda la vida en el mismo quiosco y que solía guardarle los coleccionables interesantes, ¿siempre había tenido ese

medallón extraño colgando del cuello? Las viejas que se reunían cada tarde en los bancos de la plaza, ¿de qué hablaban realmente cuando bajaban la voz al verlo pasar? Hasta los gatos callejeros parecían observarlo con una intensidad inquietante, como si supieran algo que él no.

Lo cierto era que Madrid se había construido sobre sí misma tantas veces que las épocas se mezclaban en cada esquina. En la plaza de Isabel II, los restos de la muralla árabe se asomaban tímidamente entre edificios del siglo XIX, mientras que los carteles de neón del Teatro Real brillaban sobre piedras que habían visto pasar a los Habsburgo. Las terrazas de Malasaña servían gin—tonics en lo que alguna vez fueron establos, y en La Latina los bares más modernos ocupaban sótanos abovedados donde los judíos medievales guardaban sus mercancías. Por todo esto, no sorprendía a nadie que cada nuevo trabajo de restauración en la ciudad descubriera siempre alguna sorpresa histórica. Hacía solo pocos días que se habían descubierto los sótanos olvidados del Palacio del Marqués de Grimaldi al intentar ampliar un poco el aparcamiento subterráneo de Plaza de España.

Los turistas hacían cola para sacarse fotos frente al Palacio Real sin notar los restos del antiguo Alcázar bajo sus pies, y los ejecutivos corrían a sus reuniones en Azca sin saber que pisaban lo que una vez fue el arroyo de San Jerónimo. Era una ciudad donde podías desayunar en una cafetería con *WiFi* gratuito y pantallas táctiles para hacer pedidos, solo para almorzar en una taberna que llevaba sirviendo el mismo cocido desde que Carlos III era rey. Las paredes de ladrillo rojo del Madrid de los Austrias se mezclaban con el cristal y acero de las torres modernas, creando un paisaje urbano que era tanto un libro de historia como una declaración de modernidad.

Un día, camino al súper, se encontró dando un rodeo de tres calles solo para evitar pasar frente a la iglesia de San Lorenzo, que

siempre había estado allí, pero que ahora, por alguna razón que no podía explicar, le ponía los pelos de punta. Era ridículo, lo sabía, pero no podía evitar notar que las gárgolas parecían seguirlo con la mirada. Se descubrió a sí mismo estudiando los grafitis del barrio con una atención enfermiza, preguntándose si esas marcas aparentemente aleatorias no serían en realidad algún tipo de código.

Lo peor era que estas "observaciones" empezaban a afectar su rutina diaria. Sus vecinos, esos con los que se cruzaba cada mañana en el portal y apenas intercambiaba un "buenas" automático, ahora eran objeto de teorías cada vez más elaboradas. La señora del tercero derecha, ¿por qué siempre regaba sus geranios cuando él estaba en el balcón? El estudiante del primero, ¿realmente estaba practicando ciencias audiovisuales o vigilaba a alguien con esas cámaras? Incluso la joven del quinto, que sacaba a pasear todos los días a un galgo llamado Milo mientras cantaba, se había convertido en sospechosa: nadie podía ser tan consistentemente alegre sin ocultar algo.

Y, sin embargo, la parte más irritante de todo esto era que no podía compartir estas preocupaciones con nadie. Sus antiguos colegas periodistas ya lo consideraban medio chalado por trabajar en La Red Fantasma — si además empezaba a hablarles ahora de gárgolas que lo miraban y ancianas conspirativas, probablemente acabaría protagonizando uno de esos reportajes de *'Qué fue de...'* que tanto le gustaba escribir en sus días de gloria.

Los días siguientes se dedicó entonces a hacer lo que cualquier periodista que quiere despejar la mente haría: investigar.

Lo positivo era que podía pasar sus horas de búsquedas en internet como trabajo para la Red. Lo negativo era que el internet no era muy útil cuando uno busca "departamento de estudios herméticos salamanca" o "magia institucionalizada españa" o cualquier tema que, según lo que le habían comentado días atrás, era ocultado de manera regular por diversos intereses.

Las mañanas de Ayala tenían ahora una rutina casi monástica: despertarse tarde (algunas costumbres nunca cambian), preparar café en la cafetera italiana que le había regalado su madre cuando se mudó a Madrid y sentarse frente al ordenador a revisar novedades en los foros de La Red. El ritual incluía ignorar sistemáticamente los correos de su banco sobre el estado de su cuenta y cualquier mensaje que incluyera la frase "oportunidad de inversión".

La bandeja de entrada era el habitual circo de lo bizarro, pese a que había activado una serie de filtros en su correo de manera que solo recibía comunicaciones de su editora y media docena de personas más, mientras que todo lo demás iba automáticamente al *spam*. Entre los *highlights* de esta semana: una señora de Vicálvaro juraba que su gato estaba poseído porque se negaba a comer el pienso de siempre (s*poiler:* el supermercado había cambiado la fórmula), un guardia de seguridad en Getafe había grabado "actividad paranormal" en su turno de noche (una rata particularmente fotogénica), y un grupo de adolescentes aseguraba haber visto un platillo volador sobre la M—40 (que resultó ser el reflejo de las luces del Bernabéu en las nubes bajas).

Entre las últimas publicaciones en *Reddit*, una destacaba por su asunto inusualmente específico: 'Drones sobre monumentos megalíticos — ¿alguien más los ha visto?' El remitente adjuntaba un video borroso (no importa que tanto avance la tecnología, siempre eran borrosos los videos de este tipo) de lo que parecía ser un dron equipado con sensores, sobrevolando sistemáticamente varios dólmenes. Lo curioso no era tanto el dron en sí, sino los patrones que seguía, como si estuviera realizando algún tipo de escaneo siguiendo puntos específicos. 'Otro para la carpeta de conspiraciones', pensó Ayala, aunque algo en la precisión de los movimientos del aparato le resultaba inquietante.

De vuelta a su correo, Alejandra, su editora, había empezado a mostrar cierta preocupación por sus últimos artículos. "Están

demasiado... escépticos", le decía en su último mensaje. "Necesitamos mantener viva la posibilidad del misterio, Francisco".

La ironía era increíble: ahora que finalmente había visto algo verdaderamente conspirativo, se había vuelto más escéptico que nunca con las teorías habituales. Alejandra insistía en que tratara cada caso "con la seriedad que merece nuestro público", lo que básicamente significaba escribir dos mil palabras sobre por qué aquella rata no era necesariamente un *poltergeist*, pero tampoco podíamos descartar completamente que lo fuera.

Para Ayala eso de 'mantener viva la posibilidad del misterio' se traducía mentalmente como 'hacer *click—bait* para paranoicos'. Y aquí estaba él, convertido en el Sherlock Holmes de lo absurdo, el detective de lo improbable, gastando más tiempo del que jamás admitiría en público analizando videos borrosos que resultaban reflejar un faro de coche o el vecino del quinto haciendo ejercicio a deshoras. Y mejor no mencionar al tío que era furro, pero su familia no lo sabía.

Al menos el café era bueno. Si algo le quedaba de su antigua vida como periodista 'serio' era su obsesión por el café de calidad. Había sobrevivido a recortes de gastos brutales, pero el café colombiano seguía siendo una línea roja que se negaba a cruzar. Era su pequeño acto de rebeldía contra el universo: podrían quitarle su credibilidad profesional, su salario digno y hasta su autoestima, pero nadie lo obligaría a beber el brebaje amargo que pasaba por café en los locales que compraban los granos demasiado tostados para ahorrarse unas pesetas.

Una tarde finalmente fría y ya siendo noviembre en Madrid, mientras caminaba por la Plaza Tirso de Molina esquivando turistas que fotografiaban las últimas flores del mercado, su móvil sonó. Era Juan Camilo, su ex compañero del canal.

"Parcero, ¿cómo va todo? Oye, me contaron que andas metido en vainas raras..."

Ayala se detuvo en seco. "¿Vainas raras? ¿Qué has oído exactamente?" ¿Alguien lo podría haber visto en Salamanca? ¿Lo habían seguido?

"Pues nada, que ahora trabajas con caza fantasmas o algo así. Ya sabes cómo es esto, los periodistas somos como unas viejas chismosas, nos enteramos de todo. Así que dije, tal vez esto te pueda interesar, aunque suene un poco a locura."

"Pues si tienes una historia para mí, Juan Camilo, te aseguro que no sería lo más loco que he escuchado en estos días."

"Mira, ¿te acuerdas de aquella historia que estábamos investigando antes de que te fueras? ¿La de los edificios del centro? La supuesta estafa inmobiliaria."

"JuanCa, ¿qué sabes exactamente?"

"Nada, parce, nada... Pero hay rumores. La gente habla de rituales en sótanos, de símbolos antiguos encontrados durante las obras. Pero lo más extraño es que no tienen la pinta de los típicos frikis que se creen druidas, son más del estilo de esos bros que te quieren vender *Bitcoin* o Inteligencia Artificial. Todo muy ejecutivo, con coches de lujo. Pensé que tal vez te interesaría, con eso de que ahora andas en esos temas."

Tecnobros realizando rituales mágicos en edificios históricos. Eso era demasiado jalado de los pelos, incluso para sus actuales lectores.

Tras colgar con Juan Camilo, Ayala decidió dar un paseo para aclarar sus ideas. JuanCa era una buena fuente, una mezcla de periodista, antropólogo, historiador y anticuario en una sola persona. Además, era listo, nunca se metía en problemas... y por ende él sí mantenía su trabajo.

Sus pies lo llevaron instintivamente hacia la Plaza Mayor. El cielo de noviembre pesaba sobre Madrid como una losa y el frío comenzaba a colarse entre los edificios del centro histórico. Los turistas, eternos en la ciudad, se arremolinaban alrededor de los

vendedores callejeros de bolsos falsificados y los hombres disfrazados de personajes de películas y videojuegos que pedían dinero por fotos. No faltaba el que era acosado por alguna emprendedora del negocio de las ramas de romero.

Se sentó en las escaleras de la Plaza Mayor, ese anfiteatro urbano donde Madrid llevaba siglos representando su particular comedia. Desde allí podía ver el ir y venir de la gente: los camareros de los bares corriendo con bandejas imposiblemente llenas, los oficinistas con sus trajes arrugados buscando un sitio para el almuerzo, los jubilados que parecían tener un asiento reservado en cada banco. La ciudad seguía su rutina, ajena a que bajo sus pies pudiera existir todo un mundo de secretos y misterios.

Un grupo de guiris pasó junto a él, siguiendo a una guía que sostenía en alto un paraguas rojo mientras recitaba datos históricos con un entusiasmo mecánico. "Y en esta plaza", decía, "se celebraban los autos de fe de la Inquisición". Los turistas hacían fotos con sus móviles, probablemente más interesados en el edificio de la Casa de la Panadería que en imaginar las hogueras que alguna vez ardieron aquí. Ayala se preguntó cuántos de los que pasaban por la plaza cada día serían conscientes de la verdadera historia que pisaban, de las capas de eventos que se habían acumulado como láminas de hojaldre en este espacio a lo largo de los siglos.

Un músico callejero comenzó a tocar "*Mediterráneo*" de Serrat en una esquina, y el sonido de la guitarra se mezclaba con el murmullo constante de las conversaciones y el tintineo de los vasos en las terrazas. Era el sonido familiar de Madrid, la banda sonora de una ciudad que siempre estaba en movimiento. Pero ahora estos sonidos cotidianos parecían tener un subtexto diferente, como si estuviera escuchando solo los agudos y medios de una canción porque no tenía una bocina para los bajos.

Sacó el móvil y empezó a buscar información sobre edificios históricos. Las búsquedas lo llevaron por un camino cada vez más oscuro de blogs aficionados a leyendas urbanas y foros donde la gente compartía historias de encuentros inexplicables en el viejo Madrid. La mayoría parecían inventadas, pero después de su visita a Salamanca, ¿quién era él para juzgar qué era real y qué no?

Esa noche, ya en casa y mientras cenaba un kebab en su sofá, empezó a revisar los foros comunes donde se hablaban de estas cosas. "Luces misteriosas y cánticos", mencionaban algunos. También había menciones a símbolos, como le contó Juan Camilo. En cualquier otro momento, Ayala habría archivado esto en la carpeta de "adolescentes aburridos haciendo el idiota", pero algo en las fotos adjuntas le llamó la atención. En una de ella apenas visible, había un símbolo familiar: tres espirales emergiendo de un punto central.

Sacó el mechero de su bolsillo y lo comparó con la foto. El mismo símbolo. Exactamente el mismo patrón.

"Joder", murmuró. Esto no podía ser una coincidencia. No pudo evitar pensar que tal vez debería haber aceptado la oferta de la Dra. Robles, si quiera solo para tener alguien con quién hablar sin volverse loco. Al menos así tendría respaldo financiero para estas tonterías y alguien más con quién intercambiar ideas. Pero no lo habían contactado nuevamente y Ayala no tenía manera de contactarlos a ellos.

El mechero reflejaba la luz de la lámpara de centro, como un recordatorio constante de que, quisiera o no, ya estaba metido en algo extraño. ¿Y si tal vez, sólo tal vez, la magia sí existía y podía ser estudiada como una ciencia más?

Esa noche, Ayala se quedó dormido con su ordenador al lado en el sofá, el navegador abierto en páginas que iban desde Roger Bacon e Isaac Newton hasta Arquímedes y Rasputín.

Capítulo 5. No existen las coincidencias

La llamada de Alejandra llegó a las 7:23 de la mañana, la hora precisa en que Ayala oscilaba entre el sueño profundo y esa consciencia nebulosa que precede al despertar, ese momento en el que quince minutos más hacen la diferencia entre empezar el día de buen humor o no hacerlo. Su móvil vibró contra la madera de la mesita de una manera que su cerebro registró como el sonido de un insecto agonizante. Le tomó tres intentos lograr contestar. Era más fácil antes, fue lo primero que pensó, cuando contestar un teléfono no implicaba motricidad fina.

"Francisco, necesito que vayas a Alcalá de Henares. Urgente."

"¿Qué hora crees que es?" murmuró, tanteando la mesita de noche en busca de sus gafas. "¿Y qué puede ser tan urgente en Alcalá? ¿Han avistado el fantasma de Cervantes?"

"Se trata del Colegio Mayor de San Ildefonso. Han reportado fenómenos extraños durante la digitalización de manuscritos antiguos. Los escáneres se vuelven locos, las luces parpadean, y los técnicos juran que oyen susurros en latín cuando nadie más está en la sala."

Bajo circunstancias normales, Ayala habría respondido con su habitual sarcasmo, pero la descripción era demasiado similar a lo que había venido investigando. Inevitablemente una parte de su cerebro empezó a trabajar. A estas alturas, lo mejor era alimentarlo con café.

"Dame una hora," respondió, sorprendiéndose a sí mismo por su repentino interés.

El tren a Alcalá iba casi vacío a esa hora de la mañana. Ayala observaba el paisaje a través de la ventanilla, pero su mente estaba en otra parte, saltando entre puntos de información como un jugador en un casino intentando adivinar las posiciones de todas las cartas. Los últimos días habían dejado una especie de ansiedad en él; ya no veía el mundo con la misma mirada. Donde antes distinguía calles, edificios y personas, ahora percibía patrones, anomalías, irregularidades que nadie más parecía notar. Era un efecto similar a cuando alguien a quien has idealizado por años, deja por fin de ser un amor platónico, y uno comienza a notar fallas obvias en su personalidad y a darse cuenta de que siempre estuvieron ahí. Solo que en este caso su doncella era Madrid, y odiaba sentirse así porque amaba a la ciudad.

La facultad ocupaba un edificio clásico del renacimiento español, cuya fachada se alzaba como un pedacito de Florencia llevado de contrabando a las tierras del Quijote. Teresa Durán, la directora adjunta del rectorado, lo recibió con la expresión de quien lleva algunos días sin dormir adecuadamente. Ayala reconoció esa mirada; la había visto en su propio espejo demasiadas veces últimamente.

"Gracias por venir tan rápido," dijo Teresa mientras lo guiaba por pasillos alfombrados que amortiguaban sus pasos. "Sé que esto debe sonar ridículo para alguien como usted."

"¿Alguien como yo?" preguntó Ayala, arqueando una ceja.

"Un periodista. Su editora mencionó que antes trabajaba para..."

“Eso fue en otra vida,” la interrumpió, más bruscamente de lo que pretendía. “Muéstreme dónde ocurren los... fenómenos.”

La sala de digitalización era un espacio moderno incrustado en el corazón de la biblioteca del edificio. Alguien había colocado un escáner japonés de alta gama sobre un mueble de madera centenaria, como un implante ciborg en el cuerpo de un anciano. El contraste resultaba casi obsceno.

“Comenzó hace tres o cuatro días,” explicó Teresa mientras encendía las luces. “Primero fueron pequeñas anomalías: archivos corruptos, imágenes distorsionadas. Luego el equipo empezó a comportarse erráticamente. El escáner se encendía solo durante la noche. Las cámaras de seguridad captaban sombras que se movían. Lo sé, yo me escucho decir estas cosas y suenan muy mal.”

Ayala asintió, reconociendo en aquella descripción ecos de otros casos que había archivado mentalmente como coincidencias. “¿Qué estaban digitalizando específicamente?”

“La colección Mendoza. Manuscritos vascos del siglo XIII, la mayoría tratados de astronomía y medicina con clara influencia árabe. Algunos contienen lo que parecen ser fórmulas alquímicas.”

“¿Me permite ver las grabaciones de seguridad?”

Teresa intercambió una mirada incómoda con el técnico informático, un joven de aspecto nervioso que no paraba de reajustarse las gafas sobre el puente de la nariz, y quien se había materializado de debajo de la mesa hacía un par de minutos.

“Ese es otro problema,” confesó el técnico. “Las grabaciones... se borran solas. Cada mañana encontramos los archivos vacíos o corruptos.”

“Déjame adivinar,” intervino Ayala, una intuición cobrando forma en su mente. “Esto solo ocurre con grabaciones de esta sala, y solo cuando se están procesando ciertos manuscritos específicos.”

El técnico lo miró con asombro. “¿Cómo lo ha...?”

“Lo que me interesa ahora,” continuó Ayala, ignorando la pregunta, “es ver esos manuscritos en persona.”

Los documentos reposaban sobre una mesa especializada con iluminación indirecta. A simple vista, para un no conocedor, eran bastante ordinarios. Pergaminos amarillentos en los que solo un ojo experto podría notar una caligrafía meticulosamente trazada, diagramas astronómicos, ilustraciones de plantas medicinales. Pero nada que justificara el extraño comportamiento de los equipos. Ayala se inclinó sobre los manuscritos, sus ojos recorriendo cada página con la precisión metodológica que otras personas, en otras épocas, habían admirado en él. Algo no encajaba. No era lo que podía ver, sino lo que faltaba.

“¿Dónde está el resto?” preguntó abruptamente.

Teresa parpadeó, confundida. “¿Disculpe?”

“Este manuscrito está incompleto. En este folio, por ejemplo, el párrafo termina en ‘sed cur’ pero en el folio siguiente no hay respuesta a la interrogante.”

El técnico y Teresa intercambiaron miradas nuevamente, esta vez de genuina sorpresa. “Nadie había notado eso,” admitió Teresa. “Asumimos que la colección estaba completa cuando llegó del archivo central.”

“Y lo más interesante,” continuó Ayala, sintiendo esa familiar electricidad que siempre precedía a un descubrimiento importante, “es que las páginas que faltan probablemente contenían lo más importante. Miren aquí”, señaló una serie de símbolos en el margen del manuscrito “este es un sistema de notación matemática pero luego no vemos fórmula alguna.”

“¿Cómo sabe usted todo eso?” preguntó Teresa con genuina curiosidad.

Ayala esbozó una sonrisa. “Siempre he sido una persona de intereses múltiples.” La verdad era que latín había sido una de sus asignaturas favoritas en bachillerato, pero muchos misterios

solo requerían un poco de atención. "Necesito ver el registro de lecturas de este manuscrito," solicitó, su mente ya trazando conexiones invisibles. "Y también el historial completo de cualquier persona que haya tenido acceso a la colección en el último año."

El registro reveló exactamente lo que Ayala sospechaba. Tres investigadores habían solicitado acceso exclusivo a la colección Mendoza durante ese periodo de tiempo. Una rápida búsqueda en internet arrojó que dos eran académicos con credenciales legítimas y publicaciones verificables. El tercero, que se identificaba como representante de una fundación privada para la preservación del patrimonio cultural, había dejado un rastro mucho más tenue.

"Doctor Adriel Belmonte," leyó Ayala. "¿Les suena familiar?"

Tanto Teresa como el técnico negaron con la cabeza.

"¿Y qué me dicen de *Amarauna Systems*? La empresa en la que figura como director."

El técnico se sobresaltó ligeramente. ¿Tal vez ocultaba algo? "Es la empresa que instaló nuestro nuevo sistema de digitalización hace seis meses."

Ayala guardó silencio mientras las piezas encajaban en su mente con la precisión de los engranajes de una caja de cambios en un coche alemán. No era coincidencia que esa empresa hubiera instalado sus equipos justo antes de que el tal Doctor Belmonte solicitara acceso a los manuscritos. Ni que los problemas comenzaran precisamente cuando se estaba procesando esa colección. Alguien estaba usando la infraestructura digital como cubierta, probablemente para extraer folios valiosos pasando desapercibidos.

"Sus problemas no son sobrenaturales," dijo finalmente. "Su sistema ha sido comprometido. El Doctor Belmonte no vino aquí a estudiar los manuscritos. Vino a tomar algunas cosas prestadas."

"¿Sustraer folios?" Teresa parecía horrorizada. "¿Por qué haría alguien algo así?"

“Estoy seguro de que algunos coleccionistas deben pagar muy bien por estas cosas,” explicó Ayala, recordando que el principal motivador de cualquier acto delictivo solía ser económico. “Los fallos del sistema no son un fenómeno paranormal, sino un encubrimiento avanzado.”

“Pero eso es imposible,” protestó el técnico. “Nuestros sistemas tienen protocolos de seguridad.”

“Instalados por la misma empresa que ahora los está usando para sus propios fines. Sí, su cerrojo puede ser muy seguro, pero no para el cerrajero que se lo coloca en la puerta. Les recomiendo que contacten con especialistas en seguridad informática independientes,” aconsejó Ayala mientras recogía sus notas, “y que guarden los manuscritos originales en una caja fuerte desconectada de cualquier red. Al menos por ahora. Lamento decirles que no hay fantasmas en su edificio.”

Ya de vuelta en el tren, luego de un merecido paso por un café de especialidad frente a la catedral, Ayala repasaba mentalmente la visita. La solución había generado algunas preguntas. Preguntas que tal vez JuanCa pudiera ayudar a resolver.

Su móvil vibró con un mensaje de Alejandra:

“¿Fantasmas en la biblioteca?”

Ayala contempló el paisaje pasando a toda velocidad mientras consideraba su respuesta. Finalmente escribió:

“Algo más peligroso: personas con acceso a tecnología avanzada y un interés delictivo en textos antiguos. Te enviaré el informe completo mañana.” Sabía que la respuesta iba a ser que no se preocupe, que si no había un ángulo misterioso no tenía sentido seguir investigando. Y, sin embargo, la sensación personal había sido como recuperar un músculo entumecido, difícil al inicio, pero satisfactoria.

Hora y media después, Juan Camilo observaba a su amigo desde detrás de un escritorio abarrotado de libros, papeles y tazas

de café en diversos estados de consumo. "Parce, te juro que si sigues caminando así me vas a hacer un agujero en el piso."

JuanCa era el tipo de persona que parecía existir en varias dimensiones a la vez. Colombiano de nacimiento, madrileño de adopción, había llegado a España veinte años atrás para cursar un doctorado en antropología que nunca terminó, seducido en cambio por el periodismo de investigación. Su apartamento en Malasaña era el reflejo perfecto de su mente: caóticamente organizado, cada superficie cubierta de conocimiento acumulado como estratos geológicos de curiosidad intelectual. Las paredes desaparecían tras estanterías repletas que alcanzaban el techo, organizadas según un sistema que solo su propietario decía comprender.

"Es que no lo entiendes, JuanCa," respondió Ayala, deteniendo momentáneamente su recorrido circular por la sala. "Esto va más allá de simples travesuras tecnológicas. Es sistemático. Primero los fallos eléctricos en Toledo, luego los escáneres en Santiago, ahora esto en Alcalá... Están robando, JuanCa, pero es un robo bien pensado."

El otro periodista, el que aún mantenía su trabajo, se reclinó en su silla giratoria, una antigüedad rescatada de alguna oficina gubernamental en los noventa. El crujido del cuero desgastado sonó a oídos de Ayala como un comentario escéptico.

"Te recuerdo que hace algunos años me dijiste, y cito textualmente de memoria, que 'las únicas conspiraciones reales son las que involucran dinero'."

"Y sigo creyéndolo," insistió Ayala, recordando lo que había visto en Salamanca. "Esto tiene que ver con dinero. Mucho dinero. Nadie invierte en tecnología de punta y soborna a académicos solo por amor al arte."

La sala de estar era lo que resultaría si una biblioteca académica se apareara con un museo de antigüedades y criaran a su descendencia en un piso bohemio. En el centro de este caos controlado,

un mapa antiguo de la península presidía la pared principal como una deidad tutelar. A su alrededor, fotografías de yacimientos arqueológicos, ruinas romanas y monumentos megalíticos formaban una constelación de obsesiones académicas. José Arcadio Buendía se habría sentido en casa.

Juan Camilo se levantó y se dirigió a una de las estanterías, sus dedos danzando sobre los lomos con la familiaridad de un pianista ante su instrumento. "Si lo que me cuentas es cierto," dijo mientras extraía un volumen encuadernado en cuero oscuro, "entonces deberías conocer esto."

El libro que depositó sobre la mesa era viejo, probablemente del siglo XIX a juzgar por su encuadernación y el estado del papel. El título, impreso en letras doradas ya desvaídas, rezaba: "Cartografía Esotérica de la Península Ibérica: Un Estudio de Geometrías Sagradas y Flujos Telúricos".

"Esto lo encontré en una feria del libro en Aranjuez hace años," explicó, abriendo el libro con la reverencia que solo los verdaderos bibliómanos pueden profesar. "El vendedor no tenía ni idea de lo que tenía. Me lo llevé por veinte euros y él pensó que me estaba timando."

Las páginas revelaron mapas detallados donde líneas trazadas entre diversos monumentos y ubicaciones formaban patrones geométricos complejos sobre la geografía peninsular. "Este autor dedicó un capítulo entero a lo que él llamaba 'puntos de interferencia'. Lugares donde supuestas fuerzas entraban en conflicto, creando anomalías que afectaban a equipos de medición sensibles."

"¿De qué equipos de medición podrían estar hablando en esa época?"

"Brújulas, principalmente. Dispositivos mecánicos de precisión. Relojes que se adelantaban o atrasaban sin explicación. El autor documentó casos donde estos instrumentos fallaban sistemáticamente en ciertos lugares. Y bueno, ¿recuerdas lo que

hablamos el otro día cuando me llamaste? Los tipos raros que estaban comprando y renovando edificios históricos. Te dije que se veían como ejecutivos tecnológicos. Esos mismos edificios históricos son mencionados aquí."

"¿Y quién escribió este libro?" preguntó, buscando la página de créditos.

"Ese es otro misterio," respondió Juan Camilo, cerrando el volumen. "Está firmado simplemente como 'Un Observador', en euskera. Intenté rastrearlo, pero es como si el libro hubiera aparecido de la nada. No consta en catálogos bibliográficos, no hay referencias a él en otros textos de la época. Es como si alguien hubiera documentado estos patrones para la posteridad, pero quisiera mantener su identidad en secreto."

Ayala dio un largo trago a su vino, intentando procesar la información. Hace unas semanas habría descartado todo esto como delirios místicos, el tipo de teorías que publicaba en La Red Fantasma para entretener a su audiencia. Frunció el ceño, intentando rescatar el recuerdo de la conversación de hace unos días. "Entonces me dices que hay una relación entre los '*Bros* vendiendo *Bitcoin*' y lo que vi en Alcalá."

"Bueno, estaba pensando qué pasaría si esas compras inmobiliarias que te comenté no son solo especulación normal. Tal vez existe un patrón, Francisco." Juan Camilo se levantó de un salto, dirigiéndose a un archivador en la esquina de la habitación. "Mira esto."

Sacó una carpeta llena de recortes, fotografías y notas. "Cada edificio comprado por estas 'empresas fantasma' coincide con un punto marcado en este maldito libro de hace dos siglos." Extendió un mapa moderno de Madrid donde había marcado ubicaciones con rotulador rojo. "Y adivina qué empresa aparece como consultora tecnológica en la renovación de al menos tres de estos edificios."

"*Amarauna Systems*, la misma empresa que instaló los equipos en Alcalá de Henares," murmuró Ayala, sintiendo que las piezas comenzaban a encajar.

"Exacto. Y el nombre no es casual. '*Amarauna*' significa literalmente 'tela de araña' en euskera." Juan Camilo sonrió con la satisfacción de quien sabe que está aportando datos valiosos. "Alguien está tejiendo una red, parce. Solo que no sabemos qué insecto es el que quieren atrapar. Esa es la pregunta del millón, ¿no?" Juan Camilo volvió a sentarse, sus ojos fijos en Ayala. "Pero creo que tú ya estabas pensando en todo esto, esta visita no es casual. No habrías venido a verme después de tanto tiempo a menos que necesites validar algo que ya tenías en mente."

Ayala dudó, sin saber cuánto debía compartir. Juan Camilo había sido más que un colega durante años; era un amigo, uno de los pocos que se había mantenido a su lado incluso cuando todos lo abandonaron.

"He estado investigando cosas e instituciones," comenzó, eligiendo cuidadosamente sus palabras. "Cosas que no tienen mucho sentido lógico, sabes."

"¿En serio?" JuanCa arqueó las cejas, su expresión una mezcla de sorpresa e interés genuino. "Tú, el escéptico número uno de Madrid, ¿admitiendo que algo sobrenatural podría ser real? Algo gordo debe haber pasado."

"No he dicho que sea sobrenatural," se defendió Ayala, aunque sin la convicción habitual. "Solo digo que hay... cosas que no había notado antes. Conexiones entre lugares, eventos, objetos. Y personas que parecen saber más de lo que deberían."

Juan Camilo lo estudió en silencio durante unos segundos. "¿Recuerdas lo que siempre digo sobre las coincidencias?"

"Que no existen," respondió Ayala automáticamente.

"Exacto. No existen las coincidencias, solo patrones que aún no hemos identificado." JuanCa llenó nuevamente sus copas.

“Francisco, creo que ambos hemos estado investigando diferentes aspectos del mismo fenómeno. Tú desde lo... digamos, experiencial. Yo desde lo histórico y documental.”

Ayala contempló su copa, viendo cómo la luz jugaba con el color del vino. Era cierto que había ahí algo digno de mayor investigación. ¿Y no era esa la premisa de cualquier buen periodista? ¿Estar dispuesto a seguir la verdad dondequiera que llevara?

“¿Recuerdas cuando expusiste lo de la red de corrupción?” preguntó Juan Camilo, cambiando aparentemente de tema.

“¿Cómo olvidarlo? Me costó todo.”

“Lo que recuerdo de esos días no es solo tu determinación, sino tu método. Nunca ignorabas ninguna pista. Construías tu caso pieza por pieza, verificando cada dato tres veces. Era lo que te hacía tan peligroso para ellos: tu precisión, tu paciencia.”

Ayala asintió lentamente, comprendiendo el punto.

“Me estás diciendo que no descarte nada.”

“Te estoy diciendo que el Francisco Ayala que conocí no se habría contentado con una sola hipótesis. Habría buscado pruebas irrefutables, pero barriendo todas las posibilidades.” Hizo una pausa significativa para que el mensaje calara. “Y te estoy diciendo que, si decides seguir algún camino, no tienes que hacerlo solo.”

El silencio que siguió pareció durar minutos. A través de la ventana abierta, los sonidos de Malasaña parecieron bajar un momento de intensidad mientras ambos amigos pensaban. “Si todo esto tiene, aunque sea una pizca, un atisbo de algo real,” dijo finalmente Ayala, “es una historia que merece ser cubierta.”

“Y si no lo es,” respondió Juan Camilo con una sonrisa, “al menos será un cambio refrescante respecto a tus artículos recientes tan... dignos de un Pulitzer.”

Ambos rieron, disipando momentáneamente la tensión. Juan Camilo se levantó y se dirigió hacia una pequeña cocina integrada en la sala, de donde regresó con dos cervezas frías.

"Por los viejos tiempos," brindó, entregándole una botella a su amigo. "Cuando perseguíamos historias que cambiaban el mundo, no solo tendencias en redes sociales."

"Por los viejos tiempos," respondió Ayala, chocando su botella. "Y por las preguntas que aún no tienen respuesta."

Juan Camilo inclinó su cabeza, estudiando a su amigo con ojos entrecerrados. "¿Sabes? Siempre pensé que los dos éramos diferentes tipos de periodista. Yo era el soñador, el que veía conexiones en todas partes. Tú eras el pragmático, el que exigía pruebas concretas." Sonrió con ironía. "Parece que al final, ambos estamos convergiendo hacia el mismo punto."

Mientras bebían en un silencio cómplice, Ayala contemplaba la biblioteca personal de su amigo. Entre todos esos volúmenes llenos de conocimiento humano acumulado a lo largo de siglos, ¿cuántos autores habrían inventado todo lo que escribían sabiendo que engañaban a su público y cuántos habrían más bien estado convencidos de lo que proclamaban?

"¿Sabes qué es lo más interesante de todo esto?" dijo Juan Camilo, interrumpiendo sus pensamientos al ver su amigo recorrer con su mirada sus múltiples estanterías. "Que después de siglos de civilización, de ilustración y progreso científico, sigue habiendo misterios que no podemos explicar. Rincones oscuros donde nuestro conocimiento falla. Es como si el mundo fuera un texto antiguo donde algunas páginas han sido deliberadamente arrancadas."

Ayala sonrió, reconociendo en esas palabras el espíritu que había hecho de JuanCa un erudito. Bajo su apariencia de académico pragmático latía el corazón de un explorador, alguien que encontraba belleza tanto en las respuestas como en las preguntas.

"¿Y si esas páginas nunca existieron?" sugirió Ayala. "¿Y si lo que llamamos realidad es solo un borrador incompleto de una historia mucho más compleja?"

“Entonces,” respondió su amigo con un brillo en los ojos, “nuestra tarea tal vez es escribir esas páginas faltantes.”

El reloj de la pared marcó las once, sus manecillas moviéndose con la indiferencia de un burócrata. “¿Recuerdas aquella frase que siempre citabas?” preguntó Juan Camilo. “La de tu profesora de periodismo.”

Ayala sonrió, el recuerdo emergiendo como un viejo amigo. “La verdad siempre deja un rastro, incluso cuando intenta esconderse. El trabajo del periodista es seguir ese rastro hasta su origen, sin importar dónde nos lleve.”

“Exactamente.” JuanCa levantó su cerveza en un nuevo brindis. “Entonces, ¿qué estás esperando?”

Capítulo 6. El Metro

Ese fin de semana, mientras intentaba ordenar sus ideas, el sol se asomó lo suficiente para que todos los madrileños decidieran de manera unánime tomarse una cerveza en una terraza. Ayala no fue la excepción. Necesitaba el bullicio familiar de Lavapiés para anclar sus pensamientos a la realidad. Sentado en su mesa habitual del Café Barbieri, observaba como un grupo de personas sacaban fotos a los grafitis de las paredes con el mismo interés que el de un visitante en el Museo del Prado. 'Dime que eres turista sin decirme que eres turista', pensó.

El barrio era un mundo en miniatura, donde las conversaciones en árabe se entrelazaban con el español madrileño más castizo, y donde las tiendas de embutidos de toda la vida sobrevivían junto a modernos locales veganos, en un equilibrio tan precario como fascinante. Tal vez aquí tenía la prueba viviente de que diferentes realidades podían coexistir en el mismo espacio.

Y entonces lo vio. Al otro lado de la calle, apoyado en una farola, estaba el hombre del bar. Su ropa era diferente — ahora llevaba un traje que parecía salido de los años cincuenta — pero esos ojos negros eran inconfundibles. Cuando sus miradas se cruzaron, el hombre sonrió y empezó a caminar rápidamente calle arriba.

“Me cago en...” Ayala dejó un billete en la mesa y salió tras la figura. Mientras se movía, una parte de su cerebro — la parte racional que aún intentaba mantener el control — le gritaba que esto era exactamente el tipo de comportamiento que siempre criticaba en las películas de terror. Pero otra parte, una que sonaba sospechosamente parecida a la voz de la Doctora Robles, susurraba que ya era tarde para dar marcha atrás.

Había perdido de vista al hombre, por lo que intentó correr. Pero tras unos segundos recordó que su estado físico actual no era el mejor para correr cuesta arriba en las calles del centro. Resoplando, trató de moverse lo más rápido que pudo hasta llegar a la Avenida de Atocha.

Las calles de Lavapiés se habían transformado en un laberinto de posibilidades y opciones. Ayala siguió el rastro de aquella chaqueta negra con la determinación de quien persigue el último bus de la noche para volver a casa. Avanzaba entre transeúntes distraídos que, como párrafos mal escritos en la novela urbana de Madrid, se interponían en su camino. Cuando perdió nuevamente el rastro en la intersección, su viejo instinto periodístico emergió como un animal que despierta hambriento de una larga hibernación. Se acercó a un vendedor de castañas cuyo puesto ofrecía un observatorio privilegiado de la calle.

“Perdone,” jadeó, “¿ha visto pasar a un hombre de barba gris, chaqueta negra, como de unos sesenta años? Tiene unos ojos... pues negros muy negros.”

El castañero, cuyo rostro curtido tendría más sentido verlo en un puerto del norte que en medio de la capital, negó con la cabeza mientras sus manos, ennegrecidas por años de brasas y cenizas, removían castañas como un adivino leyendo mensaje del universo en el fondo de una taza de té. “Muchos hombres pasan por aquí, joven. Aquí todos cruzan sin mirarse.”

Ayala asintió, reconociendo en aquellas palabras una sabiduría callejera que ninguna universidad podría enseñar. En otros

tiempos, habría anotado la frase para un futuro artículo sobre la filosofía de los habitantes madrileños. Hoy, solo le importaba seguir aquel rastro que parecía evaporarse como niebla bajo el sol.

Y en ese momento lo vio nuevamente, bajando las escaleras de la estación de Antón Martín. Corrió nuevamente hacia la boca del Metro y estaba seguro de que las escaleras parecían multiplicarse mientras bajaba, el corazón martilleándole en el pecho. A mitad de camino tuvo que detenerse, jadeando, maldiciendo los años de sedentarismo y café. La tarjeta de transporte apareció en el último bolsillo que revisó, por supuesto, y para cuando llegó abajo, sus pulmones ardían como si hubiera corrido una maratón.

El metro de Madrid tenía su propia mitología urbana, tan antigua como sus túneles centenarios. Los trabajadores más veteranos hablaban de estaciones selladas que no aparecían en ningún mapa, de túneles que se habían cerrado durante la Guerra Civil y nunca se habían vuelto a abrir. Algunos vagones todavía conservaban ese aire retro de los años ochenta, con sus asientos gastados y sus ventiladores que sonaban como si estuvieran contando historias en código morse. Las corrientes de aire que surgían de los túneles hacían que uno nunca supiera si debía o no sacarse la chaqueta. Cada estación tenía su propia personalidad: Tribunal con su aire de dignidad judicial venida a menos; Callao siempre vibrando con la energía del comercio; Sol como un hormiguero humano; Bilbao donde los pasillos parecían diseñados por alguien que tenía una interpretación muy personal de la geometría euclidiana. Antón Martin, por la que Ayala corría ahora, no era realmente una estación tan grande o concurrida, pero en estos momentos le estaba costando mucho trabajo ubicarse.

Pudo avistar al hombre nuevamente, bajando por el pasillo que llevaba al andén con rumbo a Pinar de Chamartín. Pero una vez en el andén, su objetivo no estaba por ningún lado. El metro de la Línea 1 estaba ahí, con las puertas abiertas. ¿Tal vez había

subido? No había otra explicación. La alerta del cierre de puertas comenzó a sonar así que se lanzó dentro del vagón más cercano, que era el último.

Con el metro ya en movimiento, intentó avanzar poco a poco entre la gente hasta el otro extremo del vagón, una tarea bastante compleja a estas horas de la mañana. El corazón de Ayala latía con fuerza mientras se abría paso entre la multitud, sintiendo el sudor frío en su frente. Cada segundo que pasaba sin ver al hombre del bar aumentaba su ansiedad. Tras revisar cada rincón del vagón, era evidente que no estaba allí. ¿Se habría equivocado al verlo bajar al andén? Se disculpó al pisar el pie de una anciana que lo miró con reproche. "Soy periodista", quiso explicarle, como si eso justificara su torpeza. La mujer solo apretó su bolso contra el pecho, probablemente tomándolo por uno de esos carteristas que su programa favorito de televisión le había advertido que infestaban el transporte público.

Al llegar a la siguiente estación, Tirso de Molina, tras una rápida mirada a las personas que bajaban del metro, entró al siguiente vagón para dar una mirada dentro. Recordó el sistema que había perfeccionado años atrás para moverse en el metro madrileño, resultado de mucho tiempo persiguiendo historias por cada rincón de la ciudad. Este consistía en fluir como el agua: adaptarse a los espacios, anticipar movimientos, leer el lenguaje corporal de la masa humana. Había aprendido que la gente se mueve en patrones predecibles. Si un grupo de turistas bloqueaba su camino, bastaba con localizar al líder no oficial (generalmente el que sostenía el mapa o hablaba más alto) y esquivarlo por el lado contrario al que miraba. Las parejas siempre dejaban un pequeño espacio entre ellas al sentir que alguien pasaba; las familias, en cambio, se cerraban como formación romana. Estos conocimientos, que había acumulado sin darse cuenta, ahora resultaban vitales. 'Las habilidades de supervivencia del reportero urbano', les llamaba en sus días de gloria.

Ayala saltó al andén, golpeándose el hombro contra una columna. El impacto lo hizo soltar un juramento que escandalizó a una mujer con su hijo. Mientras se disculpaba, su instinto periodístico —ese que había dormitado en los meses pasados— seguía despertando como un viejo perro de caza que percibe el olor de una liebre. Algo no encajaba. El hombre del bar, el mechero, Salamanca... todo formaba un patrón que su cerebro intentaba descifrar. Era la misma sensación que le era usual años atrás. Esa cosquilla en la nuca, ese hormigueo en las yemas de los dedos. El presentimiento de que estaba a punto de descubrir algo importante. Por primera vez en mucho tiempo, Ayala no se sentía como un fracasado jugando a ser periodista. Era un montaraz siguiendo el rastro de una persona desparecida, pero su montaña estaba cubierta de plástico y metal.

Nada, tampoco estaba aquí. No quedaba más que cambiar de vagón en cada estación. Sol. Nada. Gran Vía. "Al bajar tenga cuidado de no introducir el pie entre coche y andén". Tribunal. Nada. Tal vez no había subido, tal vez simplemente no lo vio tomar otro camino, y Ayala estaba dando un paseo absurdo.

Cuando las puertas se abrieron en Tribunal, un grupo de estudiantes con mochilas enormes bloqueó su salida como un muro de nylon y plástico. Ayala, sintiendo que los segundos se escapaban, identificó el punto débil: una chica que miraba su móvil con expresión aburrida. Se deslizó por ese espacio justo cuando las puertas comenzaban a cerrarse. Quedó atrapado por un instante entre las puertas, antes de que el sistema automático las abriera nuevamente. Varios pasajeros chasquearon la lengua con desaprobación. Ayala murmuró una disculpa y corrió hacia el otro extremo del andén donde un vagón diferente esperaba. Pensó en JuanCa, quien siempre decía que la diferencia entre un buen periodista y uno excepcional no era la inteligencia sino la persistencia. "Si no está en este vagón, estará en el siguiente", se dijo

saltando dentro, ignorando la vocecita interior que le sugería que quizás estaba persiguiendo fantasmas.

Su móvil empezó a vibrar. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para tomar la llamada y, para sorpresa, lo que encontró ahí fue el mechero. Estaba caliente y... ¿vibrando? Casi imperceptible, pero, sí, podía jurar que se sentía algo de movimiento. Se quedó mirándolo atónito mientras el metro llegaba a la estación de Bilbao, al punto que olvidó bajar y cambiarse de vagón. Seguía tratando de decidir si era real o lo estaba imaginando cuando las puertas se cerraron nuevamente.

El mechero seguía vibrando suavemente en su mano cuando el metro abandonó la estación de Bilbao. Ayala lo sostenía con cautela, como quien sostiene un animal pequeño y potencialmente peligroso. La vibración era tan sutil que, si no estuviera prestando atención, probablemente la habría confundido con el traqueteo normal del vagón.

Y entonces comenzó a calentarse.

No fue un cambio gradual. De un momento a otro, el metal pasó de tibio a casi ardiente. Ayala tuvo que cambiar el mechero de mano, pasándolo de una palma a otra como una patata caliente. Los otros pasajeros, envueltos en sus propios mundos de auriculares y móviles, no parecían notar nada extraño.

El metro avanzaba por el túnel entre Bilbao e Iglesia, y el calor del mechero se intensificaba. Ayala observó por la ventana buscando señales de algo, lo que sea, aunque no había mucho que ver más allá de las paredes del túnel pasando a toda velocidad. Excepto que... ¿era eso luz? Por un momento, le pareció ver un reflejo, como si pasara junto a un andén iluminado.

Tan rápido como había empezado, el calor comenzó a disminuir. Para cuando el metro se detuvo en Iglesia, el mechero había vuelto a su temperatura normal, como si nada hubiera pasado.

Ayala se quedó mirando el objeto en su mano, tratando de procesar lo que acababa de ocurrir.

"Disculpa, majo," dijo una voz a su lado. Era una señora mayor, de esas que parecen haber vivido en Madrid desde que Madrid existía. "¿Te encuentras bien? Que te veo ahí dale que te pego con el mechero."

"Sí, sí, gracias," respondió automáticamente. Pero entonces algo hizo clic en su cabeza. "Oiga, señora, ¿usted conoce mucho esta línea del metro?"

La señora sonrió con ese orgullo particular de los madrileños de toda la vida. "¡Y que sí! Llevo yo aquí viajando bajo tierra desde antes que tú nacieras, guapo. Fíjate que pillaba el metro cuando todavía paraba en Chamberí."

"¿Chamberí?"

"Una estación que ya no va, la acabamos de pasar. La cerraron hace la tira, porque decían que las otras estaciones estaban muy cerca y..." La señora continuó parloteando, pero Ayala ya no la escuchaba.

Una estación abandonada. Quince años en Madrid, los últimos trabajando específicamente para un pasquín de lo paranormal, y nunca había oído de su existencia. La ciudad nunca dejaba de sorprenderlo y era obvio que el mechero se había calentado exactamente al pasar por ahí. Sacó su móvil y empezó a buscar información sobre la estación de Chamberí. Las imágenes mostraban andenes conservados como un museo, con anuncios y decoraciones de la época todavía en las paredes.

Ahora llamada Estación Fantasma, se había convertido en una especie de cápsula del tiempo, congelada en el momento de su cierre. Y por supuesto uno podía visitarla como parte de algún tour. Esto era Madrid después de todo, un parque de atracciones para turistas.

“Hombre, ¿seguro que estás bien? Que te has quedao más blanco que la cal.”

“Sí, sí... Es solo que...” Ayala se interrumpió. ¿Qué iba a decirle? ¿Que un mechero acababa de reaccionar a una estación de metro abandonada? “Es que me acabo de dar cuenta de que me he pasado de estación,” mintió.

“Madre, pues menudo despiste llevas encima. Si es que con tanto móvil y tanto cacharro ya no os enteráis de nada.”

El metro se detuvo en la siguiente estación, Ríos Rosas, y Ayala decidió bajarse. Necesitaba pensar, y el vagón empezaba a parecerle demasiado pequeño.

Mientras subía las escaleras hacia la calle, sacó nuevamente el mechero. El triskele grabado parecía brillar tenuemente bajo la luz fluorescente, aunque probablemente era solo su imaginación.

“Vale”, murmuró para sí mismo. “Vale. Esto ya es demasiado.”

Capítulo 7. Ecos en la Oscuridad

El sonido del último tren se desvaneció en la distancia, dejando que el silencio volviera a reinar bajo la ciudad. Adriel Belmonte ajustó su corbata de seda, un accesorio innecesario pero que había convertido en ritual personal antes de cada operación importante. En la penumbra de los túneles, su traje azul medianoche parecía casi negro, convirtiendo su figura en una prolongación de las sombras que danzaban entre los azulejos.

"Siete minutos hasta el siguiente tren," anunció una voz desde las profundidades del túnel abandonado. "La ventana de tiempo es corta."

Adriel consultó su reloj de pulsera, una pieza única que podría parecer ordinaria a la gran mayoría de las personas, incultos que no sabrían diferenciar un Tissot de un Bovet. "Prepara todo, Viktor," respondió sin apartar la mirada de los números grabados en el cuaderno que sujetaba en la otra mano. "Debemos completar ya la calibración."

El túnel se extendía hasta donde llegaba la luz de las linternas y más allá, pero Adriel no estaba interesado en lo que la iluminación podía mostrar. Su atención se centraba en lo que yacía debajo del suelo. La red, como la llamaba mentalmente. Esa telaraña invisi-

ble de poder que atravesaba el mundo y cuyos nodos principales coincidían, jamás por casualidad, con lugares emblemáticos.

"Las lecturas son consistentes," informó Viktor, emergiendo de las sombras con la elegancia de una pantera. Alto, de una palidez que rozaba lo enfermizo y con unos ojos que parecían ingerir más luz de la que reflejaban, su asistente manipulaba los instrumentos con precisión quirúrgica. "La actividad aumenta cada vez que hay movimiento por el túnel principal."

Adriel asintió, satisfecho. Era exactamente lo que había teorizado. El movimiento regular de los vagones sobre las antiguas vías actuaba como un metrónomo energético, marcando pulsos que estimulaban los flujos subterráneos.

"¿Crees que lo notarán?" preguntó Viktor, calibrando lo que parecía ser una amalgama entre un sismógrafo anticuado y un móvil con tecnología que no debería existir aún en el mercado.

"¿Quiénes? ¿Los tucanes? ¿La Sociedad?" Adriel sonrió con ese gesto afilado que reservaba para sus momentos de particular satisfacción. "Están tan ocupados llenando formularios por triplicado y puliendo las columnas de sus monasterios que no notan lo que sucede en la puerta de su casa."

Mientras hablaba, sus dedos trazaban patrones precisos sobre el cuaderno, símbolos que parecían vibrar ligeramente en la penumbra. No eran simples dibujos; eran llaves, algoritmos de cifrado diseñados para interactuar con algo más antiguo que el lenguaje humano.

"Y Salamanca... esas almas de ciencia," continuó, casi con desdén. "Tan brillantes en sus teorías, tan ciegos ante lo obvio. Creen que entender algo es lo mismo que controlarlo." Un recuerdo emergió momentáneamente: Elena Robles, con sus gafas perfectamente limpias y esa mirada inquisitiva que parecía atravesar muros. Ella sí que era diferente. Demasiado perspicaz, demasiado intuitiva. Algo se tenía que hacer al respecto.

“Estamos siendo menos cuidadosos,” comentó Viktor mientras ajustaba un dispositivo que emitía un tenue zumbido casi imperceptible. “Muchos lugares al mismo tiempo. Será cuestión de días antes que lo noten.”

“Para entonces ya no importará.” Adriel cerró su cuaderno y se acercó a la pared donde Viktor había instalado el equipo. Colocó la palma de su mano sobre uno de los azulejos decorativos, sintiendo bajo la cerámica el pulso de algo antiguo, como un corazón enterrado que seguía latiendo con obstinación. No era un pulso regular como el humano; era más bien una cadencia, una música de múltiples frecuencias que se entrelazaban en patrones.

“Nuestro benefactor se impacienta,” murmuró Viktor sin apartar la mirada de los instrumentos.

Adriel se tensó imperceptiblemente. “Nuestro *supuesto* benefactor cree que estamos ultimando su plan definitivo.” Su voz adquirió un matiz calculado, midiendo cada palabra como quien distribuye veneno en dosis precisas. “Y ciertamente lo estamos haciendo... a nuestro modo.” La realidad era más compleja de lo que cualquiera de sus aliados temporales comprendía.

Un estruendo distante anunció el paso de un nuevo tren por el túnel principal. Las luces del dispositivo parpadearon al ritmo exacto de las vibraciones que recorrían el suelo. “Los cambios de presión son perfectos,” observó Adriel. “Este lugar es un amplificador natural. Las curvaturas, la profundidad, incluso los materiales utilizados... todo funciona como una cámara de resonancia. Este lugar fue construido con amor.”

Amor. Sus pensamientos derivaron momentáneamente hacia el recuerdo de esos ojos que habían creído cada palabra, cada promesa. La forma en que su rostro se iluminaba cuando le explicaba los secretos que había descubierto en las antiguas tradiciones de su familia. La ingenuidad con la que le había mostrado cada habilidad, cada don heredado, creyendo que compartía su

fascinación. Y luego, el dolor en esa misma mirada cuando comprendió la verdad.

Había sido necesario. Cada manipulación, cada mentira susurrada en la oscuridad. El conocimiento que había extraído había sido invaluable, una pieza crucial en el rompecabezas de poder que estaba resolviendo.

Un pitido suave interrumpió su divagación. El dispositivo había completado su ciclo de calibración. En la pequeña pantalla, líneas verdes mostraban patrones que un doctor habría identificado como un electrocardiograma.

"Perfecto." Adriel extrajo una memoria USB del aparato y la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. "Tenemos lo que necesitábamos. Supongo que tú te quedarás por aquí algunas horas más ¿no?". Su compañero solo asintió y dio media vuelta, de regreso hacia la profundidad del túnel.

Ya de vuelta en la calle, algunos minutos después, la mañana madrileña lo recibió con su bullicio habitual, ajena a los secretos que se tejían bajo sus pies. Adriel inspiró profundamente, saboreando el aire de la superficie como quien disfruta del preludio de una victoria inminente.

Muy pronto, la red que había sostenido el equilibrio durante siglos respondería a un nuevo maestro. Y entonces, el verdadero trabajo iba a comenzar.

Capítulo 8. Andén Cero

'Andén Cero — Antigua Estación de Chamberí' rezaba la página web del tour. Ayala llevaba dos días obsesionado con el lugar, leyendo todo lo que encontraba sobre su historia. La estación había sido clausurada en 1966 por encontrarse demasiado cerca de las colindantes. La curvatura de la línea en ese punto hacía que los nuevos trenes más largos no pudieran detenerse sin peligro. O al menos esa era la versión oficial.

Lo que más le llamaba la atención era cómo habían preservado todo exactamente igual que el último día que funcionó: los anuncios originales, los azulejos blancos con bordes marrones característicos del metro de Madrid, incluso las antiguas máquinas expendedoras de billetes. Como si el tiempo se hubiera detenido en ese preciso momento.

'Como una escenografía', pensó Ayala mientras compraba su entrada para el tour de las 11:30. 'O como quien deja igual la habitación del hijo que se ha ido, por si regresa'.

La mañana era fría pero luminosa, el tipo de día que hace que Madrid parezca una postal. Los turistas paseaban por la plaza de Chamberí sacándose fotos con la iglesia de Santa Engracia de fondo. Ninguno parecía notar la discreta entrada al "museo",

apenas señalizada con un cartel junto a una puerta que bien podría ser el portal de servicio de cualquier local.

El grupo de visitantes era pequeño: una familia de turistas asiáticos armados con cámaras profesionales de las que en la Red jamás podrían pagar, un par de estudiantes de arquitectura tomando notas, y una mujer joven que destacaba por su peculiar mezcla de elegancia moderna y algo más clásico, casi atemporal. Llevaba un jersey negro ajustado y una falda larga gris que flotaba suavemente mientras caminaba, combinados con unas zapatillas deportivas blancas — ese tipo de contraste que solo alguien joven puede hacer funcionar. Su largo pelo negro enmarcaba un rostro de rasgos suaves, pero expresión intensa, como si estuviera constantemente observando algo más allá de lo visible... tal vez...

Un codazo de uno de los estudiantes de arquitectura lo sacó de su ensimismamiento. Ayala parpadeó, desconcertado al darse cuenta de que llevaba varios segundos completamente abstraído, mientras la guía explicaba detalles del lugar que él definitivamente debería estar anotando. Existía una cualidad magnética que hacía difícil ignorar a esa joven. Esto no era normal, mucho menos en él. Se obligó a concentrarse en las baldosas de la pared, y en las palabras de la guía, una mujer mayor con una sonrisa permanente y un tono de voz que sugería años dando el mismo discurso.

Mientras el grupo bajaba las escaleras originales hacia el andén, ella continuaba su relato sobre la historia de la estación. Ayala escuchaba a medias, más interesado en evitar mirar a la joven y en sacar el mechero de su bolsillo de rato en rato para ver si reaccionaba. Nada. Ni calor, ni vibración, ni nada.

El grupo continuó su descenso y el aire iba cambiando de manera notoria. No era solo la diferencia de temperatura —el contraste natural entre el frio de la calle y el calor subterráneo— sino algo más fundamental. El olor era diferente aquí abajo: una mezcla única de metal oxidado, ozono del cableado eléctrico y

ese aroma indefinible a historia estancada. Cada paso resonaba de una manera peculiar, como si el eco tardara un segundo más de lo normal en regresar, rebotando entre paredes que llevaban décadas escuchando solo silencio y habían ya olvidado como retornar bien los sonidos.

Ayala no podía evitar, al ver las decoraciones, pensar con nostalgia en una época en que la elegancia era una obligación, incluso bajo tierra. Ahí mismo, señoras con sombreros imposibles y caballeros de bigotes encerados habían esperado trenes que los llevarían a ver las primeras películas sonoras en los cines de la Gran Vía. Durante la Guerra Civil, sus bóvedas seguramente habrían servido como refugio antiaéreo, las paredes retumbando con el eco de las bombas mientras familias enteras se apretujaban en los andenes. Los años cincuenta trajeron consigo anuncios de Telefunken y Cola—Cao, pegados directamente sobre carteles más antiguos de vermuts y jabones que ya nadie recordaba. Y cuando finalmente cerraron la estación, el tiempo se congeló allí abajo. Los carteles publicitarios de los sesenta brillaban bajo la luz artificial, sus colores sorprendentemente vívidos a pesar del tiempo transcurrido. Bajo la superficie, sin sufrir rayos de sol directos, probablemente durarían sin perder ese brillo muchos años más.

Cada pocos minutos, el paso de un tren por el túnel adyacente hacía vibrar levemente las baldosas de las paredes, un recordatorio fantasmal de cuando esta estación era parte de la vida diaria de Madrid. El sonido llegaba primero como un zumbido grave que se podía sentir en la planta de los pies, luego como una vibración en el pecho, y finalmente como un estruendo que parecía despertar ecos dormidos en los rincones más oscuros del andén. En esos momentos, las luces parpadeaban casi imperceptiblemente, como si la estación misma respondiera a la presencia de su familiar más joven corriendo a toda velocidad al otro lado del muro.

Mientras el grupo se movía entre los antiguos carteles, Ayala notó algo fuera de lugar en un rincón oscuro del andén. Semioculto tras una columna, un cable moderno de fibra óptica serpenteaba por el suelo hasta perderse en una grieta de la pared. Junto a él, marcas recientes en el polvo sugerían que alguien había instalado y retirado equipo pesado recientemente. Un destornillador olvidado cerca tenía el logo de una empresa de tecnología que le sonaba familiar — la había visto mencionada en algún foro de La Red Fantasma. En la pared, apenas visible bajo la luz, alguien había grabado lo que parecían ecuaciones matemáticas alrededor de un antiguo símbolo del metro. La guía seguía ocupada explicando la historia de los azulejos y las paredes.

"Y aquí pueden ver los carteles publicitarios originales", continuó, señalando las paredes cubiertas de anuncios vintage. "Se conservan gracias a una técnica especial de..."

"Es curioso, ¿no?" La voz a su lado era suave, casi un susurro, con ese tono musical tan característico del gallego o portugués. Aquella joven — la del vestido gris — se había materializado junto a él sin hacer ruido. "La gente suele decir que el silencio es simplemente ausencia de sonido, pero aquí..." señaló a su alrededor con la mano. "Aquí el silencio tiene peso."

Ayala la miró de reojo. "No sé a qué te refieres."

"Claro que lo sabes. Lo has estado sintiendo desde que bajamos. Como si el aire estuviera... expectante."

"¿Perdón?"

"No es el silencio normal de estar bajo tierra. Es diferente. Como si algo estuviera contenido. Aquí pasó algo hace unos días, pero ahora solo quedan los ecos." De alguna manera la joven señaló las paredes con los labios tan claramente como él lo hubiera hecho con las manos. "Normalmente este lugar está lleno, sabes, pero hoy... nada."

"¿Lleno de qué exactamente?"

Ella sonrió, pero era una sonrisa tensa. "¿De verdad quieres saberlo? Porque ese mechero que llevas dice que sí, pero tu cara dice que preferirías no hacerlo."

Ayala miró alrededor. El resto del grupo se había movido hacia el siguiente punto del recorrido, dejándolos solos junto al anuncio de Coca—Cola.

"Me llamo Sabela", dijo ella, extendiendo su mano, con un acento gallego indiscutible. "Sabela Alba. Y creo que deberíamos hablar sobre ese mechero con triskele que llevas ahí. Porque o estás ya metido en algo muy gordo, o no tienes ni idea de en qué te estás metiendo. Y por tu cara, apuesto a que es lo segundo."

"Mira," dijo Ayala, bajando la voz y acercándose un poco, "ya he tenido suficientes encuentros crípticos para el resto del año. Si tienes algo que decir, dilo claramente."

"¿Claramente?" Sabela se frotó inconscientemente el brazo, como si sintiera frío a pesar del ambiente templado de la estación. Sus ojos recorrían inquietos las paredes del túnel.

Ayala no podía saberlo, pero para Sabela, Madrid era como un libro antiguo escrito en varios idiomas. Cada época había dejado su marca en un alfabeto diferente, y ella podía leerlos todos simultáneamente. Donde otros veían una boca de metro moderna, ella percibía los ecos de túneles más antiguos; donde la gente notaba el bullicio de una plaza, ella sentía las reverberaciones de conversaciones olvidadas. Los edificios de Gran Vía emanaban un zumbido dorado que se mezclaba con el murmullo azulado de las iglesias barrocas, mientras que las zonas más antiguas de la ciudad pulsaban con un ritmo profundo, como el latido de un corazón enterrado bajo siglos de asfalto y hormigón.

Esta sensibilidad, que de niña había sido una maldición que la mantenía despierta por las noches, se había convertido en su mayor fortaleza. Aunque a veces, solo a veces, deseaba poder ser como los demás transeúntes que pasaban sus días ajenos a la sinfonía que los rodeaba.

"¿Ves esas marcas ahí arriba? No son grafitis normales. Son sellos de contención. Toda esta estación es una especie de válvula."

"¿Una válvula para qué?"

"Para que lo que hay detrás se filtre de una manera segura." Su voz temblaba ligeramente. "Madrid está construida sobre mucha historia, y no toda es agradable. Algunos lugares son como... heridas mal cicatrizadas. Y algunos de nosotros tenemos la maldita suerte de poder sentirlas."

Ayala notó cómo la joven apretaba los puños, como si estuviera resistiendo algo invisible. Su aparente compostura y frescura parecían agrietarse por momentos frente a sus expertos ojos de periodista, dejando entrever algo más vulnerable debajo.

"Y déjame adivinar. Trabajas para cierta institución en Salamanca y me has venido siguiendo."

Sabela soltó una risa amarga que resonó de manera inquietante en el espacio abandonado. "¿El DEH? No. Digamos que soy... *freelance*. Como tú. Aunque no por elección propia." Cerró los ojos un momento, como concentrándose. "Este lugar... hay demasiada tensión. ¿Podemos seguir esta conversación en otro sitio?"

"Yo no soy *freelance*, yo soy..." Ayala se detuvo. ¿Qué era exactamente? ¿Un periodista? ¿Un caza fantasmas? ¿Un tipo con un mechero mágico que perseguía hombres misteriosos en el metro?

"Eres alguien que hace preguntas," completó Sabela. "Y en estos tiempos, eso es más importante que nunca. Las cosas están cambiando, ¿sabes? Los patrones antiguos se están desestabilizando. Es como si todo, por simplificar, estuviera recalibrándose. La paz tal vez ya no se mantenga"

Otra vez esa palabra. "¿Y eso es malo?"

"Depende de a quién le preguntes. Para algunos es una oportunidad. Para otros..." Se interrumpió cuando el grupo de turistas regresó a su zona. "Oye, en serio, vamos a otro lugar, un sitio menos público y más tranquilo".

Ayala dudó. Por un lado, su instinto periodístico le gritaba que esta era exactamente la clase de fuente que necesitaba. Por otro lado, su instinto de supervivencia le recordaba que seguir a extraños que hablan de energías místicas hacia lugares supuestamente tranquilos no suele ser la mejor idea.

"Hay una librería con su propio café aquí cerca," continuó Sabela, como si le leyera el pensamiento. "Una no tan normal en lo que a selección de libros se refiere, pero sobre el suelo y con luz del día. Nada de rituales secretos ni conspiraciones, lo prometo. Solo dos personas tomando un café y hablando de cómo llegó a tu poder un objeto que tiene injerencia propia."

"¿Injerencia como en... voluntad?"

"Entre otras cosas. ¿Vienes o no?"

Capítulo 9. Policías y Reyes Magos

Caminaron unos quince minutos. El local resultó ser *Aletheia*, una librería esotérica con mesitas en la trastienda, escondida en una de las calles más estrechas del barrio. Entre estanterías repletas de velas aromáticas y cristales de cuarzo, esas pocas mesas ofrecían, en efecto, un espacio discreto para conversaciones que requerían cierta privacidad. Esta no era el tipo de librería que uno encuentra por casualidad — había que saber que existía para dar con ella.

Detrás del mostrador, una mujer mayor con un chal de colores que uno jamás encontraría en la libreta de Pantone y el pelo blanco recogido en un moño despeinado, levantó la vista de lo que parecía ser un libro de contabilidad anticuado. "¡Sabela, cielo!" exclamó con el acento inconfundible de alguien que lleva décadas en Madrid, pero viene de algún pueblo del sur.

En la esquina del local, un chico con pinta de universitario y piercings en las cejas organizaba cristales en una vitrina mientras discutía en voz baja con una chica de pelo teñido de verde sobre si cierta piedra era celestina o angelita. "Es que no es lo mismo,"

insistía él, "la vibración es completamente diferente." La chica respondió algo en lo que sonaba como rumano.

La mujer del mostrador, que debía ser la dueña, los ignoró con la paciencia de quien lleva años lidiando con empleados que toman demasiado en serio el inventario, despertando en Ayala un recuerdo de la película *High Fidelity*, solo que con los vinilos reemplazados por piedras de colores. "¿Lo de siempre?" le preguntó a Sabela, aunque ya estaba preparando dos tazas de lo que olía a una mezcla de café con especias. El aroma se mezclaba con el incienso de palo santo que alguien había encendido cerca de la sección de libros de tarot.

Mientras caminaba hacia una mesita entre las pilas de libros, los dedos de Sabela se detuvieron sobre un tomo de mitología vasca. Por un segundo, una sombra cruzó su rostro. "Algunas historias", dijo mientras acomodaba el libro en la pila con un cuidado casi reverencial, "son más antiguas que las palabras que usamos para contarlas." El gesto con el que limpió el polvo inexistente del lomo parecía casi una disculpa.

El aroma del palo santo se había empezado a combinar ahora también con el olor a libros viejos, creando una atmósfera que hacía que incluso el más escéptico se sintiera transportado a otro mundo. Ayala observó cómo la chica del pelo verde gesticulaba apasionadamente, mientras su compañero sostenía el cristal bajo diferentes ángulos de luz como si este fuera a revelar sus secretos si lo miraba el tiempo suficiente. Era el tipo de discusión que en cualquier otro contexto habría provocado su burla periodística, pero en este lugar, parecía perfectamente razonable.

"No mires directamente, pero..." murmuró Sabela mientras se sentaban en un rincón apartado, al momento que señalaba discretamente, nuevamente usando sus labios, hacia un rincón de la librería. Una pareja aparentemente normal hojeaba libros de auto ayuda, pero Ayala notó algo en su postura, en la manera

metódica en que recorrían la habitación con la mirada cada pocos segundos. Movimientos demasiado precisos, o tal vez demasiado estudiados. "¿Ves a esa pareja? Demasiado interesados en libros que no están leyendo realmente."

"¿Polis?"

Sabela levantó la ceja izquierda. "Algo así, son los tucanes. Digamos que son... funcionarios muy especiales. De esos que se aseguran de que ciertas cosas no lleguen a los periódicos."

"¿Has dicho tucanes?"

"A ver, que tienen otro nombre más oficial, pero casi nadie recuerda las siglas y como siempre están metiendo el pico en todo..." Se detuvo, pensando concentrada. "Formalmente son UCANC. Unidad Central de Actividades No Convencionales. La rama del gobierno que prefiere que todo lo extraño quede enterrado bajo múltiples niveles de burocracia." Sabela fingió examinar la carta de postres mientras hablaba en voz baja. "No son malos, en realidad. Solo creen que es mejor que la gente no sepa ciertas cosas. Que el pánico sería peor que la ignorancia."

"¿Y tú no estás de acuerdo?"

"La ignorancia tiene su propio precio." Sabela se tocó inconscientemente su muñeca izquierda. "Créeme, lo sé por experiencia. Si hubiera entendido lo que me pasaba de niña... bueno, digamos que habría cometido menos errores."

Ayala notó que uno de los hombres se había movido casualmente hacia la sección de libros más cercana a ellos. La mujer del chal de colores imposibles tras el mostrador proyectaba esa aura particular de quien ha visto demasiado como para sorprenderse por nada y su sonrisa conocedora sugería que la presencia de agentes encubiertos en su establecimiento era algo que probablemente había visto antes. El contraste entre su aparente despreocupación y la tensión apenas contenida de Sabela creaba una dinámica que hacía que la pequeña librería pareciera el set

de una obra de teatro donde solo algunos conocían el guion completo.

Sabela miraba fijamente el bolsillo donde Ayala guardaba el mechero. Sus dedos tamborileaban nerviosamente sobre la mesa, como si estuviera conteniendo el impulso de alcanzarlo.

"¿Quién te lo dio?" Su voz apenas era audible.

"Nadie me lo dio exactamente. Un tipo en un bar lo olvidó en mi mesa después de yo entrevistarlo."

"¿Cómo era?"

"Un hombre mayor, barba gris..."

"No." Sabela se concentró un segundo, como si pudiera leer algo en el rostro de su interlocutor. "Sus ojos. Describe sus ojos."

A estas alturas lo más lógico era simplemente decir toda la verdad. Después de todo parecía que todo el mundo menos él sabía lo que estaba pasando. Ayala se sentía como en sus primeros años de periodista, antes de entender cómo funcionaba el mundo. Hoy en día pensaba que ya lo entendía todo, pero nadie le había hablado de un Mundo Invisible antes.

"Sus ojos eran... peculiares."

"¿Peculiares cómo?"

"Muy oscuros, al punto que me costaba notar dónde estaban sus pupilas, y suelo fijarme en eso para ver si hablo con personas que van colocadas, sabes." Ayala hizo una pausa. "Me habló sobre la entropía, sobre como todo tiende hacia ella."

Lanzando una mirada furtiva hacia los agentes, Sabela se concentró nuevamente, un poco más tensa, como alguien que acaba de comer un helado y necesita cerrar los ojos mientras el cerebro se descongela. Las luces de la librería parpadearon sutilmente y Ayala sintió un ligero temblor en su bolsillo. Un instante después estaba nuevamente relajada. Empezaba a pensar que tal vez le habían echado alguna sustancia en el café y que el colocado estaba empezando a ser él.

"Algo está cambiando," murmuró Sabela, más para sí misma que para Ayala. "Los viejos acuerdos se están rompiendo, y ellos..." lanzó otra mirada a los supuestos agentes. "Ellos están perdiendo el control. Y odian perder el control. Y estoy seguro de que sus amigos los religiosos lo odian aún más." Ayala no sabía qué decir, por lo que optó por simplemente quedarse callado.

"¿Sabes qué es lo más gracioso?" continuó Sabela mientras revolvía su taza con una cucharilla de plata que parecía demasiado antigua para estar en una cafetería moderna. "Que la gente creyente habla de magia todos los días con palabras que tienen más historia de la que la mayoría imagina. Palabras que atravesaron idiomas como un río cruza continentes. Del español al francés medieval, del latín al griego, del antiguo persa al presente." Hizo una pausa para tomar un sorbo.

"¿Me estás hablando de magia al mismo nivel que hablar de religión, como si ambos temas fueran igual de reales?" bromeó Ayala.

Sabela sonrió. "Los Reyes Magos, esos que van a desfilar en unas semanas... ¿Sabías que originalmente eran sacerdotes persas? La palabra '*magi*' describe también a brujos, chamanes o curanderos. La magia y la religión siempre han estado más entrelazadas de lo que la iglesia quisiera admitir."

La tradición de los Reyes Magos en Madrid era un espectáculo que transformaba la ciudad cada enero. Los preparativos para la cabalgata convertían las calles en un frenesí de actividad semanas antes: obreros montando tribunas frente al Palacio de Cibeles, funcionarios municipales revisando los últimos detalles de seguridad, voluntarios ensayando sus papeles. La misma ruta que ahora recorrían carrozas iluminadas con LED y sistemas de sonido había visto desfilar cabalgatas más modestas durante la posguerra, cuando los camellos eran de cartón y los pajes reales eran bomberos voluntarios. Era una tradición que se había adap-

tado con los tiempos pero que mantenía ese aire de ilusión infantil, ese momento en que la ciudad entera parecía dispuesta a creer en la magia, aunque fuera solo por una noche.

"Pero la iglesia se dedicó a cazar a las brujas... como estoy empezando a sospechar que te defines tú," dijo Ayala antes de poder contenerse.

Sabela se tensó visiblemente. "Yo... yo solo veo cosas que siempre han estado ahí. No soy una 'bruja' ni nada por el estilo. Una bruja es simplemente lo que llamas a una mujer cuando quieres ponerla en una hoguera por algún motivo, es muy conveniente. Irónicamente esa palabra viene del anglosajón '*wicca*', que también significa 'sabio'."

"Pero no fue la sabiduría lo que las llevó a la hoguera," insistió Ayala.

"No," Sabela miró por la ventana, donde la Madrid moderna seguía su ritmo frenético, ajena a conversaciones sobre su historia. "Fue el miedo. El mismo miedo que hace que la UCANC oculte la verdad, que en Salamanca intenten cuantificar lo inexplicable, que otras sociedades guarden sus secretos. El miedo a lo que no entendemos... o a lo que entendemos demasiado bien."

El aire en la cafetería pareció espesarse por un momento, como si las palabras mismas tuvieran densidad.

"¿Y este mechero tiene algo que ver?" Ayala lo sacó del bolsillo y lo puso sobre la mesa.

Sabela estudió el mechero sin tocarlo, como quien observa una serpiente venenosa. "Ciertos objetos verdaderamente antiguos y poderosos tienen una manera de adaptarse, como los seres vivos. De camuflarse. Como un depredador que cambia el color de su piel." Sus ojos no se apartaban del triskele. "Pero algunos de nosotros podemos ver más allá del disfraz."

"Es solo un mechero viejo."

"¿De verdad lo crees? Los objetos como ese no aparecen por casualidad. Alguien te ha elegido para algo, aunque afortunadamente

no fue quien yo pensaba, no fue alguien que usa a personas como piezas de ajedrez. Al menos no hay apuro por salvarte de nada, tu mechero viene de una buena fuente." Sabela se levantó abruptamente. "Necesitamos hablar de otras cosas, más importantes, pero no aquí y no ahora. Primero tengo que recopilar más información."

Garabateó algo en una servilleta y se la pasó a Ayala. "Mi número. Llámame cuando estés seguro de que quieres saber más. Pero piénsalo bien — una vez que empiezas a ver ciertas cosas, no hay vuelta atrás." Miró por unos segundos hacia la puerta. "Y ya tienes público interesado en tus movimientos."

Sabela se dirigió hacia la salida, moviéndose con una gracia que parecía diseñada para no llamar la atención. Uno de los ya claramente agentes encubiertos fingió súbitamente un gran interés en la sección de astrología más cercana a la salida.

Ayala se quedó solo en la mesa, con la creciente sensación de que estaba cerca de cruzar un punto sin retorno. No pudo evitar pensar que, de todas las cosas que le habían pasado en las últimas semanas, la más increíble tal vez era que una joven le había invitado un café y le había dado voluntariamente su número de teléfono, sin intentar venderle un seguro o un plan de inversiones en criptomonedas.

Capítulo 10. Sociedades y Startups

El café de la librería esotérica sabía a cartón mojado con canela, pero al menos estaba caliente. Ayala lo siguió bebiendo mientras miraba la servilleta con el número de Sabela, preguntándose si debería llamarla o esperar a que el universo le mandara otra señal. Aunque viendo cómo iban las cosas últimamente, mejor no tentar al universo con señales.

Lo mejor sería regresar a casa a pensar un poco. Se puso de pie y caminó hacia la salida intentando no mirar a los supuestos compradores, ahora identificados como tucanes, que fingían estar fascinados con un libro sobre interpretación de los sueños.

'Camina natural, Francisco', se dijo a sí mismo. 'Natural'. En su mente se movía con la elegancia de un espía internacional. En la realidad, tropezó con una vitrina de piedras energéticas.

"Eh, hombre, ¿se va a ir sin pagar?" La voz de la dueña lo congeló en seco. En ese momento Ayala se dio cuenta de dos cosas: que era él quien estaba invitando los cafés, y que su plan de salir del local desapercibido se había ido oficialmente a la mierda.

Tras pagar una cantidad que le pareció excesiva por un par de cafés tan desabridos, regresó a su piso y se dispuso a hacer lo que cualquier periodista o adolescente tóxico haría después de conocer a alguien interesante: buscar a esa persona en *Google*.

Sabela Alba existía en internet de la manera más normal posible. Demasiado normal, casi. Su *Instagram* mostraba fotos de festivales de música electrónica en campos alemanes, *selfies* en cementerios históricos por todo Europa ("Tanatoturismo Nivel Experto", según su bio), y la ocasional foto de gatos callejeros de Madrid. Era el perfil perfecto de una *millennial* con trabajo remoto y demasiado tiempo libre. Lo único extraño era que todas las fotos parecían tomadas con algún fondo azul. Todas.

"Vale, siguiente objetivo", murmuró en voz alta mientras abría una nueva pestaña. UCANC. Unidad Central de Actividades No Convencionales. Cero resultados. Ni una mención, ni un documento filtrado, ni siquiera una teoría conspirativa en *Reddit*. Era como si alguien hubiera limpiado internet de cualquier referencia a su existencia. O bueno, como si no existieran y alguien le había tomado el pelo. '¿Quién coño son? ', pensó mientras tecleaba variaciones del nombre en el buscador. '¿A quién le rinden cuentas? ¿Al presidente? ¿Al Rey? ¿A los Illuminati? '

Se imaginó al Rey Felipe en una reunión en la más recóndita de las casi tres mil quinientas habitaciones del Palacio Real, recibiendo informes sobre avistamientos de hombres lobo en Pozuelo mientras Letizia rodaba los ojos. La imagen mental le hizo soltar una carcajada que resonó en su piso vacío.

Un recuerdo involuntario lo asaltó: él mismo, un par de años atrás, sentado frente al director del canal. "Francisco, entiendo tu posición, pero a veces hay cosas más importantes que lo que el público necesita saber." La frase la había escuchado durante su investigación sobre la corrupción en el canal. Y ahora, irónicamente, estaba otra vez persiguiendo algo de lo que, según algunos, la gente de a pie no necesitaba enterarse.

Su móvil vibró: otro mensaje del banco sobre su cuenta en números rojos. 'Lo positivo es que es diferente esta vez', se dijo a sí mismo al verlo. 'Esta vez no tengo nada que perder.' Pero incluso mientras lo pensaba, sabía que no era cierto. Siempre hay algo más que perder: la cordura, por ejemplo.

El Departamento de Estudios Herméticos de Salamanca tampoco arrojaba resultados, pero al menos ahí tenía algo tangible — había estado en el edificio, había visto los equipos, había conocido a la Doctora Robles. Existían. La pregunta era: ¿qué más existía?

Fue entonces cuando encontró la primera referencia al Escorial. Era un post en un foro de historia, enterrado en la página quince de los resultados, discutiendo las "anomalías arquitectónicas" del monasterio. La mayoría eran las típicas teorías sobre símbolos masónicos y proporción áurea, pero un comentario llamó su atención:

"Los jesuitas mantienen la tradición desde tiempos de Felipe II. No solo en el Escorial. Busquen la verdad sobre la Sociedad de San Benito."

El comentario había sido borrado minutos después de ser publicado, pero *Google* lo había indexado. Un golpe de suerte. "Sociedad de San Benito", escribió en su libreta. Sonaba totalmente inocuo, el tipo de nombre que elegiría un grupo de curas que se dedica a captar donaciones para los más necesitados. ¿Había mencionado Sabela a unos religiosos? No lo recordaba bien, otra señal de que últimamente no venía muy agudo en su trabajo como periodista.

Los primeros resultados en las siguientes búsquedas eran los típicos: páginas de *Wikipedia* sobre San Benito, blogs católicos, artículos sobre monasterios. Nada relevante. Incluso probando diferentes combinaciones de palabras clave, lo único que aparecía eran referencias vagas a "la tradición jesuita en España".

Fue en la página veintitrés de *Google* — ese territorio inexplorado donde solo se aventuran periodistas desesperados y estudiantes con fecha de entrega vencida — donde encontró algo. Un comentario en un foro de 2008 sobre la restauración de ciertas iglesias: "...el permiso para acceder a los documentos tiene que venir directamente de la Sociedad de San Benito. Sin su autorización, ni siquiera siendo historiador puedes..." El comentario estaba truncado. El hilo entero había sido borrado, sobreviviendo nuevamente solo en la memoria de corto plazo del buscador.

Insistiendo entonces con más búsquedas, Ayala se topó con algo más que le llamó la atención: un artículo académico sobre la evolución de la persecución de brujas en España. Lo que comenzó como una lectura casual para descansar la vista de tantos documentos eclesiásticos se convirtió rápidamente en una obsesión de media hora. La historia oficial decía que la Inquisición Española había sido principalmente un instrumento para perseguir judíos y protestantes y no realmente practicantes de artes oscuras.

Lo más interesante era que España, comparada con otros países europeos, había tenido relativamente pocas ejecuciones por brujería. Mientras en Alemania se contaban por decenas de miles, aquí las cifras eran sorprendentemente bajas. "Como si alguien hubiera estado protegiendo a las verdaderas practicantes, de la forma en que en la Segunda Guerra Mundial algunos alemanes ayudaban a los judíos", rezaban los comentarios.

Seguían luego una serie de "pruebas" de esa hipótesis, empezando por las referencias a un libro: el *Malleus Maleficarum*, el infame manual de caza de brujas. La Inquisición Española, curiosamente, había prohibido su uso. La explicación oficial era que lo consideraban "poco ortodoxo", pero ahora Ayala se preguntaba si no habrían existido otras razones para que el grupo encargado con cazar brujas, y que era compensado por sus resultados, decidiera hacerse a sí mismo el trabajo más difícil.

Era momento de un cambio de estrategia. En lugar de buscar directamente a la Sociedad, empezó a investigar restauraciones de iglesias antiguas. Expedientes de obras, permisos municipales, informes de patrimonio. La mayoría eran documentos escaneados de mala calidad, pero empezó a notar un patrón.

El verdadero hallazgo vino de donde menos lo esperaba: un archivo de facturas de 1880 que alguien había subido a un blog sobre genealogía. El post trataba sobre cómo rastrear apellidos a través de documentos administrativos, pero en una de las imágenes, medio cortada, se podía leer: "...asignación anual para mantenimiento de colección privada — Sociedad de San Benito — Aprobado por orden real." Ayala amplió la imagen hasta que los píxeles se volvieron borrosos. La firma era inconfundible: Alfonso XII. ¿Por qué un rey de España aprobaría personalmente el presupuesto para una simple organización religiosa?

Ciertas restauraciones, especialmente las que involucraban criptas o bibliotecas monásticas, siempre tenían un sello particular en la esquina inferior. Casi ilegible, pero ahí estaba: una cruz estilizada con las iniciales S.S.B.

Tres horas, cinco chocolates de barra y dos cafés después, Ayala había encontrado referencias dispersas en archivos estatales digitalizados. Siempre menciones al paso, siempre en documentos sobre restauraciones de iglesias o inventarios de bibliotecas monásticas, desde Montserrat en Barcelona hasta Santo Domingo de Silos en Burgos. Como si alguien hubiera intentado borrar su existencia, pero hubiera pasado por alto los documentos más mundanos.

La siguiente pieza del puzle vino de un lugar inesperado. Revisando obituarios digitalizados de la posguerra — una técnica que había aprendido en sus días de periodista de investigación — encontró un patrón peculiar. Ciertos religiosos, especialmente aquellos vinculados a bibliotecas monásticas, siempre eran mencionados como "custodios de la tradición" o "guardianes del

conocimiento antiguo". Y sus funerales, invariablemente, eran oficiados por alguien identificado solo como "representante de la Sociedad".

Cada nueva conexión que descubría le provocaba sentimientos encontrados. Por un lado, el cosquilleo familiar de estar tras una historia importante, esa sensación que tanto había echado de menos. Por otro, el recuerdo amargo de dónde lo había llevado la última vez que siguió ese instinto. Los patrones eran los mismos: instituciones poderosas, secretos enterrados, dinero público desviado a propósitos oscuros.

Había llegado el momento de salir al balcón unos minutos, respirar aire. O mejor aún, caminar al *Carrefour Express* por algunos chocolates extra y una Coca—Cola. O mejor aún, una vueltita por el supermercado de El Corte Inglés que, si bien estaba más lejos, era uno de los pocos lugares donde se podía conseguir Mole Cola importada desde Milán. Una dieta tal vez no digna de un deportista olímpico, pero Ayala se escudaba en que estaba alimentando su cerebro y no su cuerpo.

"Demasiadas coincidencias", pensaba mientras realizaba el recorrido de ida y vuelta. Tal vez, solo tal vez, esta tal Sociedad de San Benito podría ser el resultado de siglos de adaptación, de inquisidores que gradualmente se dieron cuenta de que había más verdad en lo que perseguían de lo que estaban dispuestos a admitir públicamente.

Cuando intentó acceder a su carpeta de marcadores a su regreso, una hora después, notó con frustración que la mitad de los enlaces ya no funcionaban. Y en la otra mitad que sí, los documentos escaneados habían sido reemplazados por versiones "actualizadas" donde el sello de la S.S.B. ya no aparecía. O tal vez había imaginado todo lo anterior. No, imposible, sus notas seguían ahí.

"Vale", dijo hablando nuevamente en voz alta, una costumbre que había desarrollado desde que vivía solo y que sus vecinos pro-

blemente interpretaban como señal de locura. "Aparentemente tenemos aquí a un grupo secreto de monjes hackers que recibe dinero de la corona desde hace siglos. ¿Por qué no? Todo tiene sentido si no lo piensas demasiado."

Su móvil vibró nuevamente y lo sacó de sus pensamientos con un sobresalto. Era un mensaje de Alejandra, su editora en La Red Fantasma: "¿Cómo va ese artículo sobre las ratas fantasma de Getafe?"

Ayala miró su libreta llena de notas sobre sociedades secretas y departamentos gubernamentales inexistentes. Luego miró la foto de la supuesta rata fantasma, que claramente era solo una rata normal mal enfocada y con filtros.

"En ello", respondió. "Aunque creo que he encontrado algo más interesante."

"¿Más interesante que ratas fantasma? Imposible", fue la respuesta inmediata de Alejandra.

Ayala sonrió. Si ella supiera. Aunque, pensándolo bien, probablemente había tenido razón al decir que ni La Red Fantasma le creería lo que iba descubriendo. Hay niveles de locura que son demasiado altos, incluso para los frikis de lo paranormal.

Tras otras horas de búsqueda infructuosa, Ayala comenzó a ampliar sus parámetros. Empezó a buscar términos relacionados: "triskele", "rituales celtas", "magia institucional". La mayoría de los resultados eran basura: blogs de pseudohistoria, tiendas de artesanía celta, grupos de recreación histórica. Aparentemente existían no una, sino tres órdenes druida en España, y cada una se consideraba la única oficial. Pero entre el ruido digital, algo llamó su atención.

Una *startup* llamada *Amarauna Systems* había publicado una oferta de trabajo inusual. Imposible olvidar ese nombre, era la misma empresa que había revisado con JuanCa. Buscaban 'Espe-

cialistas en historia y rituales celtas pre—cristianos, especialmente aquellos familiarizados con prácticas de la Península Ibérica'.

Lo peculiar no era solo la descripción del puesto, sino los requisitos adicionales: 'Experiencia en análisis de datos', 'Conocimiento de algoritmos de Machine Learning' y, lo más extraño, 'Familiaridad con técnicas de digitalización de objetos en 3d'. El anuncio había sido publicado en *LinkedIn* hacía apenas unas horas y ya mostraba más de veinte aplicaciones. La empresa se describía como 'pionera en la intersección entre tecnología y patrimonio cultural', con oficinas en el parque tecnológico de Tres Cantos. En su web, minimalista y enigmática, abundaban términos como 'preservación digital del conocimiento ancestral' y 'algoritmos de mapeo energético'. Ayala guardó el enlace más por instinto que por entender lo que decía, algo en la especificidad de los requisitos, en esa extraña combinación de tecnología de punta y conocimiento antiguo, le recordó a los equipos que había visto en el laboratorio de Salamanca.

Tal vez podría darles una visita uno de estos días. A Ayala no le molestaba darse el viajecito. El contraste entre el Madrid moderno y el tradicional era evidente en Tres Cantos. El parque empresarial era un monumento al futuro: edificios modernos que reflejaban el cielo, startups con nombres que no se podían pronunciar fácilmente ni siquiera en el inglés que habían elegido, que prometían revolucionar industrias enteras, cafeterías que servían *cold brew* con leche de avena y bowl de açaí. Pero bastaba alejarse unas calles para encontrar antiguos monasterios reconvertidos en centros de investigación, donde los servidores más modernos zumbaban en sótanos que alguna vez albergaron bibliotecas monásticas. Las grandes empresas tecnológicas ocupaban ahora edificios que anteriormente habían sido propiedad de órdenes religiosas, el *Silicon Valley* latino se superponía a la España medieval como una nueva capa de historia. Era el tipo

de ironía que solo Madrid podía ofrecer: una ciudad donde los *startups* que prometían descifrar el futuro con inteligencia artificial operaban desde espacios que guardaban secretos centenarios en sus cimientos.

Se levantó para prepararse otro café. Mientras el agua hervía, miró por la ventana hacia la calle Zurita. Los últimos rayos del sol teñían ya el cielo de Madrid de naranja y rosa, y las farolas comenzaban a encenderse en sincronía. En algún lugar del país, una sociedad secreta de monjes parecía estar metida en temas que, incluso para el promedio de la iglesia, eran extraños. En otro, un departamento gubernamental encubría fenómenos inexplicables. Más allá, un grupo de doctores universitarios buscaba aplicar la ciencia a lo paranormal. Todo esto aparente venía sucediendo por años sin que nadie lo note. ¿Sería esa la famosa paz de la que todos hablaban?

Y en medio de todo, él, con un mechero que bien podría ser extraterrestre o mágico y demasiadas preguntas. Y solo una *millenial* emo con un pésimo gusto para el café y un acento gallego parecía tener las respuestas.

Ayala contempló de lejos el número en la servilleta mientras se servía el nuevo café en una taza. Todo esto — sociedades secretas, departamentos gubernamentales ocultos, magia institucionalizada — sonaba exactamente al tipo de historia que hubiera perseguido en sus días de gloria periodística. Tenía que admitir que sentía ganas de meterse de cabeza en esto.

Y ahí estaba el quid de la cuestión.

"No otra vez", murmuró, tomando la servilleta y arrugándola con la mano para luego tirarla a la cesta de la basura. "No más cruzadas. No más Quijotes."

Porque si algo había aprendido, era que algunas historias venían con un precio demasiado alto. No era cobardía, era experiencia. La última vez que siguió sus instintos periodísticos hasta el final, perdió su trabajo, su reputación, y casi todos sus amigos.

Tomó el último sorbo del octavo café del día, ahora sí el último, en serio, mientras contemplaba la ciudad desde su ventana. Madrid ya era hace años su hogar, su campo de batalla periodística. Conocía sus secretos, o al menos eso había creído. Ahora la ciudad parecía diferente, como si hubiera descubierto una nueva personalidad esquizofrénica en un viejo amigo.

"La última vez que destapé algo, las reglas del juego estaban claras" se dijo nuevamente en voz alta, "pero esto... ¿Cómo se investiga algo que ni siquiera entiendes? ¿A personas que pueden borrarse de internet o que llevan siglos moviendo hilos desde las sombras?"

La tentación de llamar a Sabela era fuerte, pero más fuerte era su apreciación por la situación actual en la que estaba. Que la UCANC, el DEH, y quien fuera se ocupasen de sus propios asuntos. Él ya había pagado suficiente por intentar sacar cosas a la luz, y habían sido hechos comprobables que no sonaban a alucinaciones de un viaje de setas mágicas. Tal vez algunas cosas deberían permanecer en las sombras, al fin y al cabo.

Con tanta cafeína podía estar seguro de que el mechero lo observaba con reproche desde la mesa, pero Ayala había tomado su decisión. Mañana escribiría dos mil palabras llenas de emoción sobre la rata fantasma en Getafe, cobraría su sueldo mediocre, y seguiría con su vida mediocre. Era más seguro así.

Capítulo 11. La Muralla de Lugo

Francisco Ayala se había mantenido ocupado los últimos días. No el tipo de ocupación productiva que lleva al crecimiento personal o profesional, sino esa clase de actividad frenética que uno usa para evitar pensar en cosas incómodas. Si no hubiera estado quebrado, probablemente se habría dedicado a comprar cosas innecesarias en los Outlets de Madrid que no habría podido luego guardar por falta de espacio. Pero dado su estado financiero, la cosa había ido más de crucigramas y limpiezas de cocina a fondo.

La normalidad estaba regresando. Ya no se sobresaltaba cada vez que veía a alguien con corte militar en la calle, ni estudiaba los grafitis buscando símbolos ocultos. El mechero descansaba en el fondo de uno de los cajones de su escritorio, junto con todas esas preguntas que prefería no hacerse. Había vuelto a ser el tipo de periodista que escribía sobre luces en el cielo, y estaba bien con eso.

Alejandra le había enviado a seguir una pista sobre un supuesto aquelarre satánico en la ciudad de Lugo. Absurdo, sí, pero también le venía como anillo al dedo el alejarse de Madrid y sus misterios. Además, cualquier excusa era buena para visitar Galicia a fines de noviembre. El otoño teñía los bosques de ciertos colores que solo pueden apreciarse en persona ya que ninguna foto podía

hacerles justicia, y el pulpo siempre sabía mejor con ese frío que se te metía en los huesos.

La muralla romana de la ciudad se alzaba majestuosa bajo un cielo plomizo, un recordatorio de que algunas cosas están hechas para durar. Los turistas paseaban por el adarve tomando fotos del casco histórico y, si bien no eran totalmente ajenos a la historia que respiraban esas piedras, probablemente estaban más enfocados en aquellas zonas que se veían mejor en *Instagram* que en las que eran culturalmente importantes. Familias enteras paseaban por su perímetro, deteniéndose en cada una de las cinco puertas originales que aún conservaban los surcos dejados por los carros romanos. Las piedras, algunas con marcas de los canteros que las tallaron hace dos mil años, guardaban en sus grietas nidos de golondrinas que regresaban cada primavera, como si tuvieran grabadas en su ADN las coordenadas exactas de esta construcción atemporal.

Por las tardes, los estudiantes se apoyaban en las murallas para estudiar o besarse, ajenos a que estaban repitiendo gestos que generaciones de lucenses habían realizado en el mismo lugar. Y por la noche, cuando las farolas bañaban la piedra con luz amarilla, la muralla parecía cobrar vida propia, sus sombras danzando sobre el casco antiguo como si intentaran contar historias que solo los más viejos de la ciudad podían entender.

Celtas y romanos habían primero convivido y posteriormente enfrentado en lo que otrora se había llamado *Lucus Augusti*. En su primera noche en Lugo, Ayala había escuchado a un guía local bromear sobre cómo los romanos nunca pudieron conquistar completamente el espíritu de la antigua ciudad. "Como en *Asterix el Galo*", había dicho el guía, "pero con más pulpo y menos jabalíes".

La broma no estaba tan desencaminada. Incluso ahora, dos mil años después, la ciudad conservaba ese aire de resistencia celta en cada piedra. Los *cruceiros* en las esquinas, las leyendas sobre druidas

que aún susurraban los ancianos, esa niebla que parecía surgir de la nada para envolver la muralla... todo sugería que algunas cosas simplemente se negaban a desaparecer. La historia oficial decía que los romanos habían sometido a los *gallaeci* sin demasiados problemas, pero la versión que se encontraba uno en la calle al hablar con los locales era diferente: la de un pueblo que nunca fue realmente conquistado, que simplemente aprendió a combinar lo nuevo con lo antiguo, creando algo único en el proceso.

Lugo tenía su propio ritmo, marcado no por relojes sino por las campanas de la catedral y los turnos de las tascas. En la Praza do Campo, los vecinos desafiaban al frío gallego con una mezcla de dignidad y cabezonería, tomando el café con leche en las terrazas incluso cuando la bruma invernal convertía las calles en un escenario de novela gótica. El aroma a pulpo á feira se escapaba de los restaurantes centenarios, mezclándose con el humo de las castañas asadas y el olor a tierra mojada que subía del Miño. Los bares de la Rúa Nova servían vino en vasos de cristal grueso junto a tapas que en cualquier otra ciudad serían platos principales, mientras los camareros veteranos mantenían conversaciones simultáneas en gallego y castellano, cambiando de idioma a media frase sin perder el ritmo. Era una ciudad donde los turistas descubrían que sus planes de "solo una noche" se convertían inevitablemente en tres o cuatro, seducidos por el ritmo pausado de una ciudad que se negaba a ser apurada.

En las noches claras, los lucenses se reunían en las plazas iluminadas por farolas que proyectaban sombras tenues sobre los adoquines centenarios, dando un ambiente cálido y cercano. Las risas y las conversaciones en gallego se mezclaban con el eco de pasos que resonaban en las calles empedradas. Los niños jugaban alrededor de monumentos de piedra que habían sido testigos silenciosos de incontables historias. En Lugo, el pasado no era un recuerdo lejano, sino una presencia viva que se respiraba en

cada rincón, en cada piedra, en cada murmullo del viento. Estaba siempre ahí, como la suma de experiencias de una persona, moldeando su personalidad.

El supuesto aquelarre que debía investigar resultó ser exactamente lo que su instinto periodístico le había sugerido desde el principio: un grupo de actores ensayando para el *Arde Lvcvs* del año siguiente, el evento anual para celebrar la historia de la ciudad. Los locales se tomaban muy en serio su herencia cultural. Algunos disfrazados de castros, otros, normalmente los más pijos, de romanos. Les había dedicado igualmente un artículo de mil quinientas palabras, no solo porque Alejandra insistía en que sus lectores "necesitaban creer", sino porque en realidad sentía que podía aportar su granito de arena para hacer más conocida esa faceta de Galicia.

Ayala llevaba ya entonces tres días en Lugo, más que suficientes para dejar de recordar a la extraña joven a la que había conocido hacía unas semanas cada vez que escuchaba el acento de los locales. El viento frío jugaba entre las piedras milenarias del centro histórico y la ciudad se preparaba desde ya para las fiestas navideñas. Alejandra había leído su artículo y le preguntaba si era posible especular sobre si los actores, si bien no eran hechiceros reales, habían canalizado durante su performance a los espíritus de auténticos druidas celtas, para darle un poco más de *flow*.

Pensando en estas cosas, Ayala apuraba su tercera cerveza Milnueve en *O Pulpo*, un bar en el casco antiguo donde pese al nombre, la tortilla era mejor que el pulpo, pero que estaba bien en precios. Era tarde y la mayoría de los clientes ya se había ido, quedando solo un grupo de locales en la barra y él, intentando justificar ante sí mismo que otra cerveza sería una buena idea para la inspiración.

O Pulpo era el tipo de bar que solo los locales realmente conocían, donde las historias más interesantes empezaban a fluir

después de la tercera o cuarta ronda. Las paredes, impregnadas con décadas de humo y secretos, parecían absorber las palabras de los parroquianos de la misma forma que absorbían la luz del local, testigos silenciosos de todas las historias que allí se habían contado. A medida que pasaban los minutos, los comensales iban subiendo inevitablemente y sin querer, gracias al alcohol, el volumen de su voz.

"...mi abuelo siempre contaba que Torralba tenía un... ¿cómo lo llamaba?" Un hombre mayor en la mesa de al lado daba un trago a su vino. "Un compañero, decía él. Un gato blanco que no era gato." La conversación del grupo captó la atención periodística de Ayala. Era ese momento de la noche en que las historias viejas salen a pasear, cuando el alcohol afloja las lenguas y los secretos familiares se comparten como si fueran leyendas urbanas. Ahí podía estar ese *flow* que necesitaba.

"Venga, Manuel, otra vez con las historias de tu abuelo..." intervino otro, que por su tono sugería que conocía bien la historia.

"Tú ríete, pero mi tío trabajó en el archivo. Y ahí está todo registrado..."

Ayala sacó su libreta por costumbre. Si algo había aprendido en La Red Fantasma es que las historias de bar, por absurdas que fueran, vendían bien.

"Le enseñaba al Torralba sobre las curaciones con plantas y hechizos y conjuros y todo eso", siguió el tal Manuel, con la misma convicción. "Hasta hablaba muchos idiomas. Árabe, creo. Por eso Torralba se hizo tan famoso como brujo. Y Zequiel hasta podía predecir el futuro."

"Yo he oído que lo tuvieron en juicio por cuatro años, al Torralba ese", añadió un tercero, que resultó ser empleado del archivo diocesano. "Pero como era un hidalgo, no podían torturarlo como a los demás. Nunca confesó que el gato fuera un demonio o que lo ayudara. Al final murió ahí, en la celda, pero de viejo."

La manera en que los locales hablaban de este tal Torralba era fascinante: mezclaban detalles históricos precisos con el tipo de familiaridad que uno normalmente reserva para un vecino excéntrico.

El juicio de cuatro años, el gato que no era gato, los idiomas que conocía — todo se entrelazaba en una narrativa que sonaba demasiado específica para ser completamente inventada. El empleado del archivo diocesano, con esa autoridad que solo da el acceso diario a documentos antiguos, añadía detalles que hacían que la historia cobrara una dimensión más tangible: fechas exactas, nombres de inquisidores, referencias a documentos que aún existían.

"¿Y qué pasó con Zequiel el gato?", preguntó Ayala ya al lado de la mesa, incapaz de contenerse.

"Nunca más se supo", respondió el mayor, sin preocuparse de que Ayala fuera un forastero y con una dicción impresionante para la cantidad de botellas de vino que tenían en la mesa. "Aunque hay quien dice que los documentos originales del caso siguen guardados. El bisnieto de Don Álvaro, el inquisidor a cargo, es ahora miembro de la Sociedad de San Benito. Dicen que los papeles están en su archivo privado."

La cerveza en la mano de Ayala de repente se volvió pesada como el plomo. Sociedad de San Benito. Ahí estaban otra vez, esas cuatro palabras que había intentado olvidar.

"¿Así que San Benito?", preguntó, intentando que su voz sonara casual.

"Sí, ya sabes, los que...", el hombre se detuvo, como si acabara de recordar algo. "Bueno, los que antes eran... los que ahora manejan esos asuntos en la iglesia."

El empleado del archivo diocesano se inclinó hacia adelante, bajando aún más la voz. "Lo más raro es que hace unos meses vino alguien de una empresa privada. Querían digitalizar todos los documentos relacionados con Torralba y Zequiel. Pagaron bien, muy bien, y trajeron equipos que nunca había visto — cámaras

que podían detectar tintas invisibles o algo. Y se pusieron a escanear las páginas siguiendo un orden específico, no cronológico ni temático".

El que habían llamado Manuel asintió, como si esto confirmara alguna sospecha no expresada. "Mi primo trabaja en la biblioteca universitaria y dice que pasó lo mismo allí con otros documentos. Los mismos equipos, la misma empresa. Pero bueno, cada can que lamba o seu sapo."

El mesero se acercó a la mesa con dos botellas más de vino y el grupo cambió de tema abruptamente, pasando a discutir el último partido del Lugo.

Ayala podía jurar que cuando el nombre de la Sociedad de San Benito había surgido en la conversación, el ambiente en el bar había cambiado sutilmente. No fue algo dramático — apenas un ajuste en el tono de voz, una pausa ligeramente más larga entre frases, el tipo de tensión que solo un periodista entrenado notaría. La forma en que el hombre mayor se corrigió a sí mismo sugería capas de conocimiento que prefería no revelar completamente. Y cuando el empleado del archivo mencionó la empresa que había venido a digitalizar los documentos, con sus equipos especiales y sus patrones de escaneo no convencionales, Ayala reconoció ese tono particular que la gente usa cuando sabe más de lo que puede decir, pero necesita compartir al menos una parte de la historia.

Ayala miró su cerveza medio vacía. A veces, reflexionó mientras pagaba su cuenta, el universo tiene una forma bastante insistente de apuntarte en una dirección específica. Pero si algo odiaba Francisco Ayala, y lo había odiado toda su vida, era que otros le digan qué hacer. Sean sus amigos, su familia, o el jodido universo.

Capítulo 12. Mouros y Redes

Al día siguiente, cuando Ayala abandonó su hotel de estrella y media ya era casi mediodía, y el café con leche de la Praza de Santa María sabía a algo más que café. Probablemente a demasiadas horas sin limpiar el filtro de la cafetera. La zona bullía con la actividad habitual de esa hora: turistas consultando sus móviles mientras intentaban orientarse en el mapa, peregrinos con sus mochilas y bastones descansando en los bancos de piedra, y tiendas ofreciendo paraguas, aunque el cielo no amenazara lluvia.

Ayala observaba cómo los turistas sacaban fotos a la catedral desde diferentes ángulos, buscando el encuadre perfecto para sus redes sociales. Fue entonces cuando notó algo extraño: las palomas que normalmente plagaban los edificios históricos evitaban curiosamente ciertos puntos de la fachada. Y ese patrón de evasión coincidía perfectamente con los puntos donde se podían observar lo que parecían antenas de redes celulares. Pequeñas cajas negras, apenas visibles entre las piedras centenarias, con luces LED que parpadeaban en secuencias aparentemente aleatorias.

¿Por qué había notado eso? Años de leer conspiraciones sobre antenas de 5G, desde las épocas de la pandemia, habían entrena-

do a su cerebro de forma inconsciente. Por favor, rogó, que no se estuviera volviendo tan loco como sus lectores.

Un trabajador municipal que estaba tomando un café en la mesa de al lado le comentó que las antenas se habían instalado hacía poco, supuestamente para medir la humedad y temperatura, aunque nadie parecía saber exactamente quién las había autorizado. "Son de una empresa de ordenadores o algo así", había dicho encogiéndose de hombros, "de esas que ahora se dedican a la conservación del patrimonio y tal."

La muralla romana se alzaba a lo lejos, un recordatorio pétreo de que esta ciudad llevaba siglos guardando secretos. En días como hoy, cuando la niebla se arrastraba entre los edificios del casco antiguo, era fácil imaginar por qué Lugo tenía fama de ser una ciudad donde lo místico y lo cotidiano se entrelazaban sin esfuerzo. El frío era además imposible de ignorar. No el frío seco al que Ayala estaba acostumbrado, sino ese frío húmedo que te hace recordar que tienes huesos.

"Deberías estar más atento a tu entorno."

Sabela apareció como si se hubiera materializado a sus espaldas. Llevaba un abrigo azul marino que seguramente era impermeable, y una bufanda amarilla que hacía juego con sus tenis. Bruja o no, había que admitir que al menos sabía vestirse bien.

"¿Sabela? ¿Pero qué...? ¿Me has seguido?"

"Non todo xira ao teu arredor, eh, " dijo casi entre dientes, "tengo mis propias razones para estar aquí. Aunque debo admitir que tu presencia... complica las cosas." Se sentó en su mesa sin esperar invitación. "Sin embargo los patrones siguen a su propia lógica interna y yo ya no creo en las coincidencias."

Ayala era consciente que Francis Bacon estaría orgulloso al verlo, pues estaba definitivamente sufriendo de un caso de Sesgo de Confirmación de libro. Desde el momento que pisó Salamanca, los eventos raros lo perseguían de la misma manera que uno

ve el mismo modelo de coche que se acaba de comprar por todos lados. Juan Camilo habría dicho "cuando el alumno está listo, aparece el maestro". Pero JuanCa decía muchas chorradas.

La mirada de Sabela se detuvo en el bolsillo de la chaqueta de Ayala. Frunció el ceño.

"No lo has traído." No era una pregunta. "¿Dónde está?"

"En un lugar seguro" empezó a mentir Ayala, pero qué demonios, "No, la verdad lo dejé en un cajón, en casa."

Sabela cerró los ojos un momento, como conteniendo algo. Cuando los abrió, había una dureza nueva en ellos. "Un cajón. Has dejado un objeto de poder... en un cajón."

"Mira, todo esto de la magia y las sociedades secretas..."

"No es algo que puedas simplemente guardar en un cajón, Francisco." Sabela lo miró con preocupación. "No es una opción que puedas rechazar. Lo que te dieron... es una responsabilidad."

"Yo no pedí ninguna responsabilidad y mucho menos ser niñera de un... Espera, ¿cómo sabes mi nombre?"

"No eres la única persona que sabe usar internet, solo tiene uno que buscar 'periodista en desgracia'. Y es verdad, tú no la pediste, nadie pide ese tipo de responsabilidad." Su voz se suavizó por un momento. "Pero hay razones por las que fuiste elegido. Razones que puedo no conocer o entender pero que..." Se detuvo abruptamente, su mano derecha aferrando inconscientemente su muñeca izquierda. "Hay personas que matarían por tener lo que tú dejaste en un cajón."

La temperatura seguía bajando en el café. Los demás clientes no parecían notarlo, pero Sabela se tensó visiblemente.

"¿Lo sientes?" preguntó, aunque era obvio que sabía la respuesta. "Sin el mechero estás expuesto. Vulnerable."

"¿Expuesto a qué exactamente? ¿A los monjes ninja?" Ayala sacó su cuaderno de notas. Tal vez había otra historia buena para la Red aquí.

Sabela había aprendido a vivir con su don mucho antes de entender qué era. De niña, había creído que todo el mundo podía ver los colores que emanaban de las piedras antiguas, que todos sentían cómo las iglesias románicas cantaban en tonos que no se captaban con los oídos sino con otros sentidos que no habría sabido señalar con un dedo. Su madre, que compartía el mismo don, la había guiado lo mejor que pudo, enseñándole a navegar un mundo que vibraba con más intensidad de la que la mayoría podía soportar.

Pero el don venía con un precio. Cada edificio le susurraba sus secretos, cada objeto antiguo le mostraba fragmentos de recuerdos que no le pertenecían. Las historias se superponían ante sus ojos como páginas transparentes de un libro imposible, y a veces, en las noches más oscuras, los ecos de voces antiguas amenazaban con ahogar su propia consciencia.

Se había especializado en fotografía porque la cámara le permitía filtrar el mundo, capturar solo una capa de realidad a la vez. Sus fotos siempre tenían ese tono azulado característico, no porque usara filtros como pensaban sus seguidores en redes sociales, sino porque ese era el color que buscaba captar al ser similar a lo que podía ver. El velo entre mundos, el tono más cercano al de la barrera que separaba lo visible de lo invisible. Había aprendido a fingir normalidad, a sonreír cuando los demás sonreían, a fingir que no veía las sombras que se movían en los rincones, por el rabillo del ojo. Pero la verdadera batalla no era contra los fantasmas que acechaban en las esquinas de la realidad. Era contra la soledad de ser diferente, de ver un mundo que nadie más podía ver, de cargar con un conocimiento que nadie más podía comprender.

Señaló hacia la muralla. "¿Sabías que los romanos no la construyeron solos? Los mouros ya estaban aquí cuando ellos llegaron, y los romanos los confundieron con sus *genius loci*. No son

como los describen en las historias, sabes — no son simples criaturas que viven bajo tierra coleccionando tesoros. Son guardianes de la magia en la península."

"Qué tienen que ver los moros con..."

"Mouros, la antigua gente. Los que entendían desde un inicio que el poder necesita equilibrio." Sus ojos se enfocaron en la segunda taza de café de Ayala, que había pedido, pero no había tocado. "Siguen aquí, vigilando. Manteniendo la paz."

"Se repite de nuevo esto de la paz y ahora sí me vas a explicar todo bien, ya nada de monosílabos ni acertijos de mago de feria."

"La paz permite que todo funcione." Sus dedos tamborileaban nerviosamente en la mesa. "La paz es un acuerdo entre todos los que son parte del Mundo Invisible y aquellos que sabemos de su existencia, es lo que evita que... ciertas personas o entidades intenten tomar más de lo que les corresponde."

Algo en su tono hizo que Ayala prestara más atención. "Hablas como si conocieras a esas personas."

Sabela se quedó muy quieta. "Hay errores que solo cometes una vez," dijo finalmente. "Como confiar en alguien que promete ayudarte."

"Pues por fin nos entendemos, niña. Ahora ya sabes por qué no te llamé. Yo tampoco confío en las personas que prometen ayudar así nomás, y menos cuando aparecen sospechosamente en estaciones abandonadas o cafés escondidos."

"Francisco, escúchame." Se levantó abruptamente. "Yo tengo cosas urgentes que debo resolver aquí, pero tú necesitas volver a Madrid. Recuperar el mechero. Piezas están en movimiento, los patrones antiguos se están alterando." Miró hacia la Catedral, donde las palomas seguían evitando ciertos puntos. "Hay grietas que están apareciendo. Y sin protección, eres un caracol en una pared blanca, un objetivo claro para quien esté detrás de todo esto. Tú fuiste elegido por una razón. No por tu

ambición o tu poder, y en definitiva tampoco por tu conocimiento en estos temas."

"¿Y entonces, según tú, por qué? ¿Mi cara bonita? ¿Mi fina estampa?"

"Por tu capacidad para dudar, o al menos es eso lo único que se me ocurre. Es como ver a través de la brétema en cierto modo... ya sabes, la niebla que nunca se va del todo." Una sonrisa triste cruzó su rostro. "Ojalá más personas dudaran antes de jugar con fuerzas que no entienden. Vuelve a Madrid, toma el mechero y luego búscame. Tómatelo en serio, por favor."

"Vale, ok. Llego a casa y te llamo ¿sí?"

Sabela empezó a alejarse por el mismo lado que había venido. "Y Francisco..." le dijo, mirándolo por encima del hombro. "Ten cuidado. El gobierno, la universidad, la iglesia... todos tienen sus propios intereses en todo esto, sí, pero al final son todos guardianes de la misma paz. Sin embargo, una sola persona, si no tiene las motivaciones correctas, sí puede ser peligrosa".

Se alejó caminando apurada. El sol ya empezaba a caer directamente sobre su mesa y el frío iba retrocediendo, pero igualmente dejaba una sensación residual, como al abrir la puerta del baño luego de una ducha caliente. Ayala quería convencerse a sí mismo que cruzarse con la misma persona dos veces era solo casualidad, pero le estaba costando cada vez más. Los turistas seguían tomando fotos, los peregrinos continuaban descansando en los bancos. En su taza, el café se había enfriado. Era la mejor señal para regresar a su habitación de hotel.

Mientras deambulaba por las calles de Lugo, no podía dejar de darle vueltas a las crípticas palabras de Sabela. ¿Qué había querido decir con eso de que "la paz permite que todo funcione"? ¿Acaso había algo más grande en juego, algo que iba más allá de sus usuales preocupaciones como periodista? Miró a su alrededor, a los rostros de los lugareños que pasaban a su lado, cada

uno viviendo su propia vida, ajenos a los misterios que parecían acechar, si uno le daba pie a lo que estaba oyendo estas semanas, justo bajo la superficie de su realidad cotidiana.

Por un momento, sintió el peso de una nueva responsabilidad, de las revelaciones que ahora cargaba. Ya no era solo un observador, un cronista de eventos extraños. Ahora, de alguna manera, se había convertido en un participante activo en una trama que apenas comenzaba a comprender. Y eso era justamente lo que menos necesitaba en su vida, más responsabilidades.

Mientras observaba a Sabela desaparecer entre la multitud, Ayala recordó algo que le había dicho en la librería aquel día, que algunos podían "ver más allá del disfraz". Ahora entendía que no hablaba en teoría. Las miradas fugaces que Sabela lanzaba hacia su bolsillo cuando llevaba el mechero consigo, la forma en que inconscientemente se frotaba su propia cicatriz al hablar de manipulación, su conocimiento sobre las corrientes energéticas que conectaban ciertos lugares... Todo empezaba a formar un patrón.

Le había advertido sobre "confiar en alguien que promete ayudarte" con una amargura demasiado personal como para ser hipotética. Quien fuera que estuviera detrás de todo esto, Sabela lo conocía. No teóricamente o por referencias, sino de una manera íntima y dolorosa que dejaba cicatrices más profundas que las visibles en su muñeca. Y si ella podía reconocer objetos de poder como el mechero a simple vista, ¿qué otras cosas podía ver que los demás pasaban por alto?

Ayala sacó su móvil. En la pantalla, su reflejo le devolvió una mirada cansada. Había olvidado comentarle a Sabela que no tenía su número y, por ende, manera de contactarla luego. No le quedaba otra cosa que hacer lo que había jurado no hacer nunca.

Tenía que crearse un perfil en redes sociales.

Capítulo 13. Sigue el Dinero

El cajón de su escritorio donde había guardado el mechero estaba cerrado y Ayala no se atrevía a abrirlo. ¿Y si el mechero ya no estaba? ¿Si lo habían robado? ¿Si había decidido irse solo a otro lado? Soltó una carcajada, se estaba volviendo loco. Sacó el mechero y lo guardó en su bolsillo.

Sabela le había advertido que volviera a Madrid, que recuperara ese mechero porque de otra manera estaba expuesto. Pero Sabela... ¿quién era Sabela realmente? Desde su encuentro en Lugo, las preguntas no dejaban de multiplicarse. ¿Cómo sabía tanto sobre el tal Mundo Invisible, a pesar de no ser parte de ninguna de las organizaciones que estaban en el rollo? ¿Por qué aparecía siempre en el momento preciso, como si pudiera saber dónde estaría él? ¿Viajaba con su propio equipo de maquilladores y vestuario? Y más importante aún, ¿de qué lado estaba realmente?

Su instinto periodístico le decía que algo no cuadraba. Esa chavala era demasiado joven para tener tanto conocimiento sobre sociedades secretas centenarias y mitologías, incluso si era todo mentira. Sus apariciones eran demasiado convenientes. Sus mensajes demasiado abiertos a la interpretación, como un

horóscopo donde cada uno lee lo que quiere ver. Sus advertencias demasiado crípticas.

"A ver, ¿qué sabemos con certeza?" Sacó su libreta y empezó a escribir, la vieja pero buena costumbre de sus días de investigación seria:

—La Universidad de Salamanca tiene un departamento secreto que investiga la magia (confirmado, lo vi)

—Existe una sociedad religiosa antigua de un tal Benito involucrada (documentado)

—Hay una rama del gobierno supervisando todo (¿UCANC? Sin confirmar)

—Tengo un mechero con vibrador

—Sabela sabe demasiado sobre todos ellos

La última línea la subrayó dos veces. Si algo había aprendido destapando la corrupción toda su vida, era que las fuentes demasiado bien informadas suelen tener sus propias agendas y por ende sus propios horrores esperando ser destapados.

Su móvil vibró: una notificación de *Instagram*. Había creado el perfil hacía dos horas y ya tenía una docena de personas, conocidos de otras épocas, que lo habían añadido como contacto. Aparentemente no entendían que, si Ayala no había querido nunca verlos o hablar con ellos en persona, tampoco quería hacerlo por redes. Su único contacto por ahora era Sabela, que lo aceptó de inmediato, pero a quien todavía no había mandado ningún mensaje.

No, antes de confiar ciegamente en una desconocida que aparecía y desaparecía como un fantasma, necesitaba más información. Y solo había un lugar donde había visto pruebas tangibles de todo esto.

Sacó su portátil y abrió la página de Renfe. Tal vez la Dra. Robles no lo recibiría esta vez, pero al menos en Salamanca había visto con sus propios ojos que no estaba volviéndose loco. Era un punto de partida.

Mientras compraba el billete, no pudo evitar pensar en las palabras de Sabela sobre los "patrones". Si existía un patrón en todo esto, tenía que estar relacionado con las instituciones establecidas — la iglesia, la universidad, el gobierno. Pilares de poder que llevaban siglos en su lugar. ¿Y dónde encajaba ella en todo eso? ¿Era realmente una aliada o parte de algún juego más grande que no alcanzaba a comprender?

'Siempre sigue el dinero', le había dicho su mentor en el periodismo. Pero en este mundo de sociedades secretas y magia institucionalizada, ¿qué seguías cuando el dinero era solo una parte muy pequeña de la ecuación? Aquí existía otro tipo de poder que el dinero no podía comprar. Lo que alguien conocía o no.

Por ahora, seguiría la única pista sólida que tenía. En su pantalla, el billete a Salamanca para esa misma tarde esperaba confirmación. Era hora de volver a las raíces del misterio, con suerte las puertas seguirían abiertas para él. Terminó la compra y partió.

La Universidad de Salamanca parecía diferente esta vez. Quizás era la luz del atardecer de invierno, que teñía la piedra dorada de un naranja intenso, o tal vez era que Ayala ya no miraba el edificio con los mismos ojos. Las gárgolas seguían en su lugar, vigilantes silenciosos de generaciones de estudiantes, pero ahora sus sombras parecían moverse de manera diferente, como si siguieran instrucciones que solo ellas podían oír.

Esta vez no hubo comité de bienvenida. Ayala atravesó el patio de la universidad intentando parecer un profesor más, o al menos un estudiante de doctorado particularmente desaliñado. Los turistas seguían sacándose fotos con una fuente en la fachada, ajenos

a que a pocos metros de ellos existía un departamento dedicado al estudio científico de la magia.

Si alguna habilidad conservaba Ayala todavía desde joven, esa era su memoria casi fotográfica. Sus pies recordaban el camino hacia el Departamento de Estudios Herméticos como si lo hubieran recorrido cientos de veces, aunque solo había estado allí una vez. Mientras subía las escaleras, no pudo evitar preguntarse si encontraría la puerta siquiera, si todo habría sido un sueño febril producto de demasiado café y poco sueño.

Pero la puerta estaba ahí, y el lector de tarjetas junto a ella zumbó antes de que pudiera acercarse, y esta se abrió con un clic suave. Ahí estaba la respuesta a su primera pregunta: lo habían visto venir y lo estaban esperando. Entró sin darle más vueltas.

"Tardó más de lo que calculé" dijo la Doctora Robles sin levantar la vista de una pantalla holográfica que mostraba lo que parecían ser puntos de calor sobre un mapa de la península.

El laboratorio había cambiado. Donde antes había visto principalmente equipos de análisis y pantallas de datos, ahora había también objetos que parecían sacados de un museo de historia medieval: grimorios antiguos junto a *tablets* de última generación, velas rituales conectadas a medidores de energía, y lo que parecía ser una espada ceremonial cuya empuñadura servía de antena para algún tipo de dispositivo.

"¿Lo había calculado?" Ayala se detuvo en medio de la sala, súbitamente consciente de que podría haber caído en una trampa. "¿Cómo exactamente?"

"Nuestros modelos predictivos. Es mi hobbie, una vez que usas modelos para un par de cosas ya termina uno usándolos para todo... incluso para apostar con colegas" respondió la doctora, señalando hacia una pantalla donde líneas de código se mezclaban con lo que parecían ser fórmulas alquímicas. "Y por supuesto,

su amigo del mechero ganó la apuesta. Sabiduría milenaria uno, algoritmos cero."

"¿El hombre del bar? ¿El de la entropía?" Ayala no podía evitar, al recordar su conversación con el extraño personaje, esa sensación de que sus palabras habían tenido múltiples capas de significado.

Una sonrisa enigmática cruzó el rostro de la Doctora. "Midir, como le dije la última vez. Aunque ese no es su nombre real, por supuesto. Ya le había comentado que los nombres tienen poder, y algunos es mejor mantenerlos... reservados. Ha tenido muchos nombres a lo largo de los siglos. Ha sido guardián de los lugares de poder, fue confundido alguna vez con una deidad, durante la Reconquista se hizo pasar por un monje. Y ahora..." levantó la vista por fin "Ahora prefiere roles más discretos."

Se acercó al mapa holográfico y ajustó algunos controles mientras Ayala procesaba la información. Un ser que había vivido durante siglos, que otros habían pensado que era casi un dios, y que le había entregado un mechero en un bar cutre de Madrid. Todo eso tenía menos sentido que los guiones de las películas de David Lynch.

"¿Y qué quiere de mí realmente? ¿Qué quieren ustedes dos de mí?"

"Esa es una pregunta interesante." La doctora se quitó las gafas y las limpió meticulosamente con un pañuelo. "¿Qué cree usted que busca alguien que ha visto el ascenso y caída de imperios? ¿Qué podría querer un ser que ha observado cómo la magia pasó de ser adorada a ser temida, y finalmente a estar a punto de ser... comprendida?" Robles sonrió con cierta amargura. "Yo también fui escéptica una vez, ¿sabe? Estudiaba física cuántica en el CERN cuando..." Se detuvo, como recordando algo doloroso. "Digamos que hay eventos que te obligan a replantearte todo tu entendimiento de la realidad. Algunos huyen de esa revelación o simplemente la

ignoran. Otros, como yo, decidimos dedicar nuestra vida a entenderla. A domesticarla. A resolverla, podríamos decir."

Sus ojos brillaron con una mezcla de pasión científica y algo más profundo, más personal. "No se trata de los rituales o los símbolos, sino en comprender los patrones que están detrás y que hacen que esos rituales funcionen. Sí, uno puede viajar a Perú y ver cómo los hombres andinos mascan hojas de coca para tener más energía... pero si uno extrae aquello que hace que esa planta tenga esa propiedad, puede aprovecharlo directamente y olvidarse de los rituales. La magia también puede ser decantada, tiene que poder serlo. "

Ayala no estaba seguro si el ejemplo que había elegido la doctora era el más apropiado, pero definitivamente servía para entender el enfoque que parecían tener en ese lugar. En las pantallas, puntos de calor sobre mapas de la península parpadeaban con intensidad variable. Algunos eran apenas visibles, como brasas a punto de extinguirse. Otros brillaban con una intensidad urgente.

"Las cosas están cambiando," continuó la Doctora imitando sin saberlo a Sabela, su voz adquiriendo un tono más serio. "Lugares que han estado dormidos durante siglos están despertando. Y otros..." Señaló hacia varios puntos que parecían estar apagándose. "Otros están siendo... drenados."

"Sabela mencionó algo sobre patrones," dijo Ayala, notando cómo la doctora se tensaba ligeramente al oír el nombre. "También habló sobre una paz que debe mantenerse."

"La señorita Alba..." Robles se quitó las gafas, revelando una mirada que por un momento pareció mucho más joven y vulnerable. "Digamos que algunos de nosotros entendemos demasiado bien el precio de jugar con fuerzas que no comprendemos completamente." Se tocó instintivamente una cicatriz, apenas visible en su cuello y que Ayala no había notado antes, tan antigua que parecía formar parte de su piel. Volvió a colocar-

se rápidamente las gafas como quien se pone una armadura. "Es bueno que estén trabajando juntos, hacen un buen equipo. ¿Le ha hablado de su pasado?"

"No exactamente, en verdad entiendo solo la mitad de lo que dice siempre. Probablemente es por la diferencia de edad. Nunca entendí a los *millenials* y sus líos."

"Mejor así. Hay historias que cada uno debe contar a su tiempo y que no corresponde a otros revelar." Se acercó a una vitrina y sacó lo que parecía ser un libro muy antiguo. "Lo que debe entender es que España... la Península Ibérica en realidad, así como las islas del norte, son lugares de importancia estratégica como pocos otros en el mundo. En algunos de estos, y en algunas fechas particulares, la capa que separa nuestro mundo del Mundo Invisible es más... porosa. Las diferentes tradiciones — celta, romana, visigoda, árabe — lo mencionan, por lo que algo que sí sabemos es que ha sido siempre así."

"¿Y eso es... malo o bueno?"

"Es lo que es. Como el ecosistema de un bosque, es un equilibrio que debe mantenerse porque de otra manera los efectos son perjudiciales. Hace muchos años, cuando esto se hizo evidente, los diversos grupos interesados acordaron conservar ese equilibrio, lo que se conoce como La Paz. Aquí no hablamos solo de una tregua, Ayala. Es un equilibrio sostenido a duras penas."

"Como nuestros fondos de pensión" bromeó Ayala, como hacía siempre cuando algo lo sobrepasaba, mientras ganaba tiempo para pensar bien las cosas.

"No siempre fue así. Hubo épocas en que los poderes que habitan la península se manifestaban abiertamente. Los antiguos druidas e incluso los primeros monjes sabían cómo negociar con ellos. Pero a lo largo de los siglos, los acuerdos se hicieron más... unilaterales. Se sellaron puertas sin preguntar qué había del otro lado. Con el tiempo las diferentes partes evolucionaron y hasta

hoy cada una cumple su función. Es un equilibrio delicado, pero ha funcionado durante siglos."

"Hasta ahora," aventuró Ayala.

"Hasta ahora," confirmó la doctora. Sus dedos se movieron sobre los controles y el mapa se amplió, mostrando Madrid. "Esas puertas, alguien las quiere abrir a la fuerza otra vez, sin saber realmente qué podría cruzar primero. Y no sabemos cómo lo están haciendo, a pesar de que tenemos sensores por todos lados."

"¿Y tienen idea de quién podría ser?"

La Doctora Robles dudó por un momento. "Yo tengo una hipótesis, y es que tiene que ser alguien que conoce el sistema desde dentro. Pero Midir me asegura que eso no es posible. Entonces no, supongo que no lo sabemos. Ya le digo que apostar contra él es una mala idea."

"¿Por qué me dice todo esto ahora?"

"Porque necesitamos su ayuda, señor Ayala. No por su experiencia en lo mágico, que es nula, ni por sus contactos en el mundo del periodismo, que son..." Hizo una mueca con la boca. "Digamos que limitados en este momento. Lo necesitamos porque usted tiene algo que se ha vuelto muy raro en nuestro campo: la capacidad de cuestionar. De no aceptar las cosas solo porque una autoridad lo dice. Es aquí donde su ignorancia, disculpe la palabra, se vuelve una fortaleza frente al adoctrinamiento de todos los que tenemos tiempo en esto."

Otra vez eso, todos los que intentaban reclutarlo parecían tener el mismo libreto, que su principal cualidad era decirle que no a todo. Y su mamá siempre le decía que ser contreras iba a ser un problema para cuando quisiera conseguir trabajo. Ya lo ves madre, te equivocaste. "¿Y el mechero? ¿Qué es realmente?"

"Un objeto de poder, como diría la señorita Alba. Aunque esa es una simplificación excesiva. Es más bien un sensor. Le muestra momentos donde la realidad se ha vuelto más... flexible. Donde

pueden pasar cosas que no van a seguir totalmente las leyes de la física que usted y yo conocemos. Bueno, principalmente yo."

En ese momento, una alarma comenzó a sonar en alguna parte del laboratorio. En las pantallas, uno de los puntos de luz comenzó a parpadear a un ritmo acelerado.

"Y hablando de puntos de poder..." Robles se movió rápidamente hacia una consola. "Parece que tenemos nuevamente actividad inusual en Madrid. Específicamente, en el Retiro. Afortunadamente teníamos sensores activos ahí." Miró a Ayala significativamente. "¿Trajo el mechero con usted?"

Ayala sintió el peso del mechero en su bolsillo. Después de todo lo que había escuchado, después de todas las explicaciones sobre La Paz y el equilibrio, una parte de él quería sacarlo y entregárselo a la doctora. Sería lo más sensato. Lo más seguro.

Pero otra parte, esa que lo había llevado hasta ese momento, le decía que mantuviera sus opciones abiertas. Algo más que había aprendido en su trabajo era que la verdad rara vez venía de una sola fuente.

"No," mintió, sorprendido de lo fácil que le resultaba. "Está en mi piso en Madrid."

"Entonces sugiero que regrese inmediatamente a buscarlo y acuda al Retiro, de preferencia con la señorita Alba." La doctora lo miró por encima de sus gafas, y por un momento Ayala temió que pudiera ver a través de su mentira. "Y señor Ayala... No piense mucho las cosas, simplemente sea usted mismo. Es decir, por ese motivo es que está usted aquí."

Ayala notó entonces algo extraño en la postura de Robles. La doctora se había quedado mirando fijamente una pantalla que mostraba lecturas de energía, su mano derecha tocando inconscientemente un medallón en su cuello.

"Una última cosa, señor Ayala," dijo sin volverse. "Si algo sucediera... hay una carta en mi escritorio. Para usted."

"¿Está todo bien?"

"Solo una precaución. En nuestro trabajo, siempre hay que tener un plan de contingencia. Sigamos en contacto."

Mientras salía del laboratorio, Ayala supo exactamente por qué había mentido: porque ser 'él mismo' significaba no confiar ciegamente en nadie, ni siquiera en científicos a cargo de estudiar temas mágicos en una organización fundada por un semi—dios. Y mucho menos en jóvenes que actúan como brujas de libros para adolescentes. Aunque no era una mala idea el no ir solo al Retiro, ya que de otra manera no iba a saber qué buscar exactamente. Tener a Sabela al lado probablemente le iba a ahorrar horas de frío.

El tren de regreso a Madrid vibraba con ese traqueteo hipnótico que normalmente lo habría adormecido, pero esta vez, Ayala no podía cerrar los ojos. No porque no tuviera sueño, el cansancio se sentía ahora hasta en los huesos, sino porque cada vez que parpadeaba veía algo que no debería estar ahí. Un reflejo en la ventanilla, un patrón en la tela del asiento, una sombra que no coincidía con la luz del vagón. Se pasó una mano por la cara, intentando despejarse. No seas idiota, se dijo. No te has vuelto loco. Solo estas descubriendo algunas cosas nuevas que no encajan en la manera en que te enseñaron a ver el mundo.

Pero ahí estaba el problema: si aceptaba que todo lo que había oído en Salamanca era real, ¿qué significaba eso para el resto de su vida? Su trabajo, su manera de pensar, su necesidad de buscar pruebas y contrastar fuentes... ¿seguían sirviendo de algo? O peor aún, ¿seguía sirviendo de algo él, periodista, en un mundo donde la realidad podía engañarlo como un maldito truco de feria?

Capítulo 14. El Buen Retiro

Al día siguiente Ayala despertó en su piso con esa peculiar sensación de haber dormido demasiado — casi diez horas, el doble de su promedio habitual. No era exactamente que estuviera descansado; era más bien como despertar de una siesta demasiado larga, con esa desorientación que te hace dudar si son las seis de la mañana o las seis de la tarde.

Esa sensación no le duró mucho tiempo. En pocos minutos estaba frustrado nuevamente.

Su mente seguía procesando la conversación con Robles. Por un lado, el peso de la duda se había aligerado — al menos ahora sabía que no se estaba volviendo loco. Había otros que no solo le habían confirmado que ciertas cosas parecían existir, sino que estudiaban estos fenómenos, que intentaban darles sentido. Pero, por otro lado, cada respuesta que había obtenido venía acompañada de una docena de preguntas nuevas, como si estuviera desenredando un cable de luces navideñas que engendraba cinco nudos de manera espontánea por cada uno que soltaba.

Instagram era, oficialmente, el más grande ejemplo de lo que se conocía como *enshitification*. Ese proceso por el cual una plataforma empieza siendo útil para todos, luego se vuelve una pe-

sadilla para los usuarios, pero un paraíso para los anunciantes, y finalmente termina siendo una mierda para todo el mundo excepto sus dueños. Ayala llevaba media hora intentando encontrar la forma de enviar un mensaje directo a Sabela, maldiciendo cada nueva actualización que había hecho a la aplicación más "intuitiva" y, por ende, más incomprensible para cualquier persona mayor de cuarenta años.

"¿Por qué no puede ser todo como el correo electrónico?" murmuró mientras finalmente lograba abrir la ventana de chat. El mensaje que escribió era simple: "Retiro. Es importante." La respuesta llegó casi instantáneamente: "30 minutos. Puerta de Felipe IV." Tiempo de sobra. En Madrid uno puede llegar a cualquier punto de la ciudad ya sea en diez minutos, en treinta o en sesenta. No existían intermedios. El gran parque era de los que se llega en diez.

En la estación de metro de Lavapiés, los músicos callejeros hacían malabares con sus instrumentos mientras esquivaban a los vigilantes. Ya en movimiento, una pareja de ancianos discutía sobre si su familia se daría cuenta que la tortilla de patatas no era hecha en casa sino comprada en Mercadona, mientras un grupo de estudiantes de algún instituto cercano ocupaba la mitad entera del vagón con sus bolsos y sus risas.

El metro en cuestión iba moderadamente lleno para ser media tarde. En la estación de Sol, como siempre, la mitad de este se vació para ser reemplazado inmediatamente por otra multitud que parecía emerger de las mismas paredes. Durante su camino de transbordo un artista callejero intentó empezar su número de baile, pero la mirada colectiva de desaprobación de todos los que pasaban por el pasillo lo hizo desistir.

En la estación de Banco de España un grupo de turistas latinos bajó del vagón, emocionados todos porque iban a poder sacarse fotos en el sitio donde se había grabado su serie favorita

de televisión. Ayala no tuvo el corazón para decirles que el edificio que se usó para representar al Banco de España en esa serie era realmente otro, en el otro extremo de la ciudad. En el último trayecto, dos turistas ingleses gritaban a toda voz sus opiniones de la fiesta de la noche anterior con la confianza que solo se tiene al pensar que nadie va a entender lo que uno está diciendo. Finalmente llegó a su estación.

El Parque del Retiro en diciembre era una exposición artística de contrastes. Los árboles desnudos se alzaban contra un cielo gris perla, sus ramas dibujando patrones que, desde ciertos ángulos, parecían formar símbolos que Ayala prefería no interpretar. El frío había espantado a los turistas, dejando el parque principalmente a los madrileños: parejas mayores dando su paseo diario, corredores envueltos en capas de ropa deportiva y algún que otro grupo de estudiantes que prefería congelarse en un banco a estudiar en la biblioteca.

La Puerta de Felipe IV, con estilo barroco y su aire de dignidad aristocrática, parecía más imponente sin las habituales multitudes de primavera. Carlos II la había levantado en honor a su primera esposa. Posteriormente le hizo algunos cambios menores y la volvió a presentar, esta vez a su segunda esposa. Era el equivalente monárquico de regalarle el mismo reloj a la segunda novia luego de borrarle el nombre que llevaba inscrito.

Sabela ya estaba allí cuando Ayala llegó, su abrigo, que esta vez era naranja, destacaba contra la piedra gris mientras combinaba perfectamente con las hojas de los árboles. No parecía sentir el frío, aunque su respiración formaba pequeñas nubes en el aire.

"Has tardado," dijo a modo de saludo. "El parque está... acariñado... inquieto hoy."

Ayala había notado que Sabela solía usar palabras — como 'inquieto' — de una manera particular, como si fuera normal atribuirle a los lugares características de personalidad, como si

pudiera uno sentirles el pulso de la misma forma que un médico siente el de un paciente. Tal vez era parte de ese don, o maldición según ella misma había insinuado, que la hacía especial. Tal vez era la misma sensibilidad que la había llevado a la estación fantasma de Chamberí o que la había hecho aparecer en Lugo justo cuando era necesario. Claro, si era real y no un elaborado *show* de charlatanería.

Comenzaron a caminar por los senderos cubiertos de hojas secas. El sonido de sus pasos crujiendo sobre la hojarasca mezclado con el ruido del viento era casi melódico, al mismo tiempo que los aromas del follaje húmedo los abordaban, como si el propio parque estuviera susurrando secretos en un lenguaje olvidado. Si las plantas podían comunicarse, ese era su idioma.

A medida que caminaban, Ayala empezó a notar que el ambiente iba cambiando. Los pájaros evitaban con recelo ciertas zonas, creando espacios de silencio antinatural en el aire. Las hojas secas se arremolinaban en patrones circulares, aunque no soplara viento. Incluso el aire tenía un sabor metálico, como el que precede a una tormenta eléctrica.

"¿Lo sientes?" preguntó Sabela en voz baja. "Es como si el parque estuviera... conteniendo la respiración."

Ayala asintió. El mechero en su bolsillo vibraba suavemente, su pulso sincronizado con algo que no podía ver, pero definitivamente podía sentir. A su alrededor, los paseantes continuaban su rutina normal, ajenos a cómo la luz parecía doblarse ligeramente alrededor de ciertos árboles, o cómo las sombras se movían una milésima de segundo después que los objetos que las proyectaban.

Un grupo de niños jugaba cerca, sus risas sonando extrañamente distantes, aunque estaban a pocos metros. Una pelota rodó hacia una de las zonas que los pájaros evitaban y se detuvo abruptamente, como si hubiera chocado con una pared invisible. El niño que fue a buscarla se detuvo un momento, confundido, antes de recogerla y regresar corriendo con sus amigos.

“Los niños siempre lo notan,” murmuró Sabela. “Pero aprenden a ignorarlo. Como todos.”

Un corredor pasó junto a ellos, sus auriculares emitiendo una estática momentánea al cruzar cierto punto. Se los ajustó con irritación sin detenerse, probablemente culpando a la batería o la señal. Un perro que paseaba cerca se detuvo de repente, el pelo de su lomo erizado, sus ojos fijos en algo que solo él podía ver.

“Algo aquí está amplificando lo que debería permanecer como un susurro,” dijo Sabela, su voz tensa. “Convirtiendo ecos en gritos.”

“¿Sabes? Empiezo a entender algunas cosas... no a ti, tú harías que Gandi pierda la paciencia, pero algunas cosas” dijo Ayala mientras pasaban junto al Palacio de Cristal, su estructura de hierro y vidrio brillando tenuemente bajo la luz invernal. “Toda mi vida he estado buscando historias que la gente no quiere que se cuenten. Y ahora resulta que hay toda una realidad paralela que necesita ser investigada.”

Sabela sonrió levemente. “¿Y eso te emociona?”

“Me hace sentir... útil. Más que escribiendo sobre duendes que roban comida de gato en Torrelodones.” Se detuvo un momento, observando cómo un grupo de pájaros se alejaba volando. “Aunque todavía no estoy seguro de en qué me estoy metiendo exactamente.”

“Nadie lo está al principio.” Sabela se tocó inconscientemente la cicatriz en su muñeca, como hacía cada vez que parecía recordar algo que prefería no contar. “Yo tenía seis años cuando empecé a ver... cosas. Muchos en mi familia pasaron por lo mismo, así que al menos pude tener cierto contexto y ayuda. Pero aun así...” Su voz se apagó. “Digamos que algunas personas vieron luego, más que a alguien a quien guiar, una oportunidad a ser aprovechada. Y yo era solo una joven con capacidades que no entendía del todo.”

El mechero en el bolsillo de Ayala comenzó a vibrar intensamente. Sabela también había notado algo, sin otra ayuda aparente que su especial sensibilidad.

"¿Por dónde?"

"Pues parece que para el lado que ya ibas caminando tú," respondió Ayala, sorprendido de lo natural que se sentía seguir la vibración. "Hacia la zona más baja del parque."

Mientras caminaban, el parque seguía cambiando sutilmente a su alrededor, como si la niebla que comenzaba a formarse entre los árboles absorbiera no solo parte de la luz, sino también del ruido. Como sumergir la cabeza en el agua.

Los caminos serpenteaban entre la vegetación, llevándolos cada vez más profundo en el corazón del Retiro. "El parque tiene sus propios secretos," murmuró Sabela. "Los Austrias lo construyeron sobre terrenos que ya eran antiguos, al lado de un monasterio, cuando Madrid era apenas una idea. Cada piedra, cada árbol, tiene una historia que contar."

La vibración del mechero se intensificó aún más cuando llegaron a una glorieta circular. En el centro, sobre un pedestal octogonal, se alzaba la famosa estatua del Ángel Caído. Era la única representación pública de Lucifer en Europa, un detalle que los guías turísticos mencionaban con una mezcla de orgullo y nerviosismo. La estatua captaba el momento exacto de la caída: el ángel retorciéndose en agonía mientras serpientes se enroscaban a su alrededor, su rostro con una expresión entre dolor y rebeldía.

La glorieta del Ángel Caído era uno de esos rincones del Retiro que los madrileños usaban como punto de referencia sin pensar demasiado en su significado: "nos vemos en el Ángel", "tuerce en el Caído", frases que formaban parte del vocabulario cotidiano del parque. La fuente que rodeaba la estatua, con sus chorros de agua que variaban según la presión del día, servía de improvisado medidor del tiempo para los corredores que usaban el cir-

cuito. En verano, los bancos de piedra que bordeaban la glorieta se convertían en refugio para parejas de jubilados que buscaban sombra, estudiantes con sus apuntes y algún que otro oficinista escapado de las torres de la Castellana para comer un sándwich en paz. Los árboles aquí eran más viejos que en otras zonas del parque, sus troncos gruesos y retorcidos testigos de casi dos siglos de historia madrileña, desde los paseos de la aristocracia del XIX hasta los botellones universitarios del XXI. El asfalto gastado del camino circular mostraba las cicatrices de innumerables patines, bicicletas y carritos de bebé, cada grieta una pequeña adenda en la crónica silenciosa del parque.

"666 metros sobre el nivel del mar," dijo Sabela, su voz apenas un susurro. "Esa es la altura exacta de este punto. La gente piensa que es una coincidencia, o una leyenda urbana. Pero los que sacaron la escultura del museo para ponerla en este punto específico sabían perfectamente lo que..." Se interrumpió, sus ojos fijos en algo más allá de la estatua.

Ayala lo vio entonces: discretamente instalados alrededor del pedestal, casi invisibles entre la vegetación, se encontraban varios dispositivos que parecían sensores. Pequeñas cajas negras con luces LED parpadeantes, similares a las que había visto en Lugo. Cables que ondulaban por el suelo, conectando los dispositivos en un patrón que, visto desde cierto ángulo, formaba un símbolo familiar.

"Un triskele," murmuró Ayala. "Como el del mechero. Esto debe ser lo que mencionó Robles, los sistemas de vigilancia que usan para pintar los colores en sus mapas futuristas."

"Entonces están midiendo algo," dijo Sabela, su voz tensa. "O tal vez..." Se detuvo abruptamente, como si hubiera escuchado o visto algo que Ayala no podía detectar. "No. No están midiendo nada. Lo están amplificando."

El mechero en el bolsillo de Ayala ya no vibraba: ahora pulsaba, como un corazón metálico. La niebla se había vuelto un poco más

densa alrededor de la estatua, y por un momento, solo un momento, Ayala hubiera jurado que las serpientes de bronce se movían.

"¿Quién haría algo así?" preguntó sin comprender del todo qué era exactamente lo que se estaba amplificando en ese momento, "Y sobre todo, ¿por qué?"

"Alguien que cree que puede controlar lo que apenas acaba de conocer, porque cree que lo entiende mejor que otros" respondió Sabela, y había algo en su voz, una mezcla de miedo y reconocimiento, que hizo que Ayala la mirara con más atención. "Alguien que piensa que la magia puede ser... optimizada."

Un viento frío sopló a través de la glorieta, agitando las hojas muertas en pequeños remolinos alrededor de la estatua. En la distancia, las campanas de una iglesia comenzaron a sonar, aunque Ayala no podía recordar ninguna iglesia cercana que tuviera campanas.

"Tenemos que informar de esto," dijo Sabela, sacando su móvil. "A los tucanes, Robles, incluso los curas... necesitan saber que estos aparatos, sean lo que sean, no están haciendo lo que se supone que deberían de hacer."

Pero mientras Sabela hablaba, Ayala no podía apartar los ojos de la estatua. Había algo en la expresión del ángel caído, en esa mezcla de dolor y desafío, que le resultaba inquietantemente familiar. Como si hubiera visto esa misma expresión recientemente, reflejada en otro rostro.

Fue entonces cuando lo entendió. Era la misma expresión que había visto en el rostro de Sabela cuando hablaba de su pasado, cuando mencionaba a 'alguien que promete ayudarte'. La misma mezcla de dolor y rebeldía, de alguien que había caído pero que se negaba a ser derrotado. Y era también la misma expresión que miraba en su espejo de baño todas las mañanas.

Y ahora, frente a estos dispositivos que intentaban 'amplificar' el poder del lugar, Ayala empezaba a atar cabos. Sabela no

solo conocía a quien estaba detrás de todo esto — había sido parte de ello. Su insistencia en ayudar, su conocimiento detallado del Mundo Invisible, no era solo coincidencia ni se debía únicamente a sus habilidades especiales. Era una penitencia auto impuesta. Como el ángel que tenían delante, ella también había desafiado algo más grande que ella misma, y ahora cargaba con las consecuencias.

La niebla continuaba espesándose, y con ella, las preguntas en la mente de Ayala se multiplicaban. Tenía ya muchas piezas del rompecabezas, solo faltaban ponerlas sobre la mesa en el orden correcto. Una vez más, sintió algo que no sentía hace mucho tiempo, emoción. Esto era lo que sabía hacer, aquí podía ser útil.

"Necesitamos sistematizar todo esto", dijo finalmente, su mente de periodista de investigación tomando el control. Los años dedicados a destapar casos de corrupción le habían enseñado que las conspiraciones, incluso las sobrenaturales al parecer, seguían patrones reconocibles. Solo había que encontrar la metodología correcta para visualizarlos. "Si vamos a resolverlo, tenemos que organizarnos como en una investigación real."

Sabela lo miró con curiosidad mientras él sacaba su libreta y comenzaba a hacer una lista. "Vamos a necesitar una pared grande y despejada, folios de papel, cinta adhesiva, de preferencia una impresora... y café, mucho café." Ante la mirada escéptica de Sabela, añadió: "Confía en mí, he destapado casos importantes con menos que esto. Es hora de aplicar viejos métodos a nuevos misterios."

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía verdaderamente en su elemento. Ya no estaba solo siguiendo pistas sobrenaturales — estaba haciendo lo que mejor sabía hacer: investigar la historia que se escondía detrás de los lugares y los hechos.

Capítulo 15. Presentaciones

El piso de Sabela en Arturo Soria no era lo que había esperado. Ayala no había sugerido que usaran su piso en Lavapiés como lugar de reunión debido a que en su sofá solo cabían dos personas y un gato, si el gato era flaco, pero había asumido que el de Sabela iba a ser solo ligeramente más espacioso. Sin embargo, era grande, demasiado para una *millennial* que vivía sola. Los techos altos y las molduras sugerían que el edificio databa de los años setenta, de esa época en que Madrid crecía hacia el norte con ambiciones de grandeza.

Las paredes, pintadas en un gris azulado que parecía cambiar de tono según la luz, estaban mayormente desnudas excepto por algunas fotografías de lugares antiguos: mausoleos bajo cielos tormentosos, iglesias románicas emergiendo de la niebla, castros celtas al amanecer.

"¿Segura que quieres hacer esto aquí?" preguntó Ayala mientras pegaba el último post—it en la pared que había convertido en su mural de investigación. Había usado cinta roja para conectar eventos, azul para lugares, y verde para personas. El resultado parecía el tipo de diagrama que en las películas siempre está en la

pared del detective obsesionado o del asesino loco que vive en su sótano. "No me mires así, estas cosas realmente sirven ¿sabes?"

"No lo dudo, pero estoy segura de que ya existe una app para esto."

"Nunca es lo mismo. En todo caso lamento el que tu fortaleza de la soledad vaya a quedar expuesta."

"Es el único lugar seguro que tenemos," respondió Sabela mientras ajustaba las persianas. El sol de la tarde entraba oblicuo por las ventanas, proyectando sombras geométricas sobre el *parquet*. "Los tucanes tienen sus propias oficinas vigiladas, la Universidad está demasiado lejos de donde parece estar ahora la acción, y la Sociedad de San Benito... bueno, digamos que prefiero no acercarme mucho a terreno consagrado si puedo evitarlo."

"¿Y este piso?" Ayala miró alrededor, tomando nota mentalmente de ese comentario sobre terreno consagrado que iba a requerir más explicaciones luego.

"Pertenece a mi familia extendida," admitió Sabela, evitando su mirada. "Es uno de sus lugares seguros en Madrid. Las protecciones aquí... digamos que son más antiguas que el edificio mismo. Y más importantes que nunca, ahora que las cosas están cambiando."

Ayala iba a preguntar qué tan grande era su familia extendida y de qué protecciones estaban hablando, pero el timbre interrumpió la conversación.

El primero en llegar fue el Teniente Coronel Molina de la UCANC. Era exactamente como uno esperaría que fuese un importante oficial de inteligencia español: traje impecable pero no ostentoso, corbata discreta, ese tipo de rostro que olvidarías inmediatamente si no fuera por la intensidad de su mirada. Podría haber pasado por un funcionario más del Ministerio del Interior, que era precisamente el punto.

"Bonito piso," dijo mientras barría la habitación con ojos expertos. "¿Años setenta? Buena época para la construcción.

Los muros son más gruesos. Esto es definitivamente mejor para la privacidad. Nada que un láser apuntado a los vidrios para medir la vibración causada por nuestras voces no pueda solucionar, claro"

Ayala tuvo claro en ese momento que todo lo que dijera en adelante estaba probablemente siendo grabado. A menos que las protecciones de las que Sabela hablaba fueran realmente efectivas.

Molina llevaba las cicatrices de batallas ocultas bajo un traje formal que su posición exigía. Sus años en operaciones especiales le habían enseñado que algunas guerras se libraban en las sombras, pero nada lo había preparado para descubrir que las sombras a veces devolvían el golpe. Había llegado a la UCANC desde la UCO después de un caso *sui generis* en Asturias que oficialmente involucraba contrabando de antigüedades y extraoficialmente le había costado tres hombres, dos por heridas de colmillos y uno por locura.

El papeleo que tanto detestaba era solo otra forma de camuflaje, tan necesario como los uniformes de campaña, pero infinitamente más tedioso. Sus agentes — pocos, pero cuidadosamente seleccionados — lo respetaban porque sabían que era el primero en entrar y el último en salir, el tipo de líder que nunca pediría algo que él mismo no estuviera dispuesto a hacer. "La burocracia", solía gruñir mientras lidiaba con otro informe que intentaba explicar lo inexplicable, "es el precio que pagamos por luchar una guerra que nadie puede saber que existe".

Cada victoria se medía en tragedias evitadas, en titulares que nunca llegarían a los periódicos, en familias que nunca sabrían lo cerca que habían estado del abismo. Y aunque el peso de los secretos que guardaba le robaba el sueño más noches de las que admitiría, Molina no cambiaría su trabajo por nada.

La Doctora Robles llegó minutos después, cargando una *tablet* que parecía sacada de una película de ciencia ficción. "Las

lecturas son cada vez más intensas," dijo a modo de saludo. "Lo que sea que está pasando, se está acelerando."

Elena Robles había aprendido a registrar y catalogar lo imposible mucho antes de dirigir el DEH. Sus dedos, manchados perpetuamente de tinta azul, podían trazar ecuaciones que intentaban explicar lo inexplicable con la misma naturalidad con que otros escribían listas de la compra.

Había llegado a Salamanca desde el CERN persiguiendo partículas que se comportaban de manera "incorrecta", solo para descubrir que la física cuántica era apenas la punta del iceberg de lo que la realidad escondía. La cicatriz en su cuello, que sus bufandas o sacos de cuello alto no siempre lograban ocultar, era un recordatorio constante de que hay preguntas que la ciencia todavía no está preparada para responder — y algunas que quizás nunca debería intentar hacerlo. Sus estudiantes la adoraban porque, a pesar de su brillantez intimidante, tenía la capacidad de hacer que lo extraordinario sonara no solo posible sino inevitable.

En su mente la magia no era la ausencia de reglas, sino simplemente la existencia de reglas que todavía no se comprendían bien. Pero sabía perfectamente que algunos conocimientos debían ser protegidos, no del mundo, sino para el mundo, esperando el momento adecuado para ser revelados. Por eso tenía un plan a largo plazo para su organización pensado con tanto cuidado como quien planta un árbol sabiendo que no vivirá para verlo crecer a su máximo tamaño.

El último en llegar fue el Padre Mateo. El jesuita entró en la sala como quien entra en una biblioteca: con reverencia contenida y curiosidad apenas disimulada. Su hábito negro contrastaba con los tenis verdes que llevaba — un detalle que de alguna manera lo hacía parecer más, no menos, auténtico. Unos patines y un casco en la mano dejaban claro cuál había sido su modo de transporte esa tarde.

“Interesante disposición,” comentó, estudiando el mural de Ayala. “Muy... tomista. Todo conectado, todo relacionado. ¿Ha leído a Santo Tomás, señor Ayala?”

“Me temo que no, padre.”

“Debería. Tenía algunas ideas fascinantes sobre la naturaleza de la realidad y sus diferentes niveles.” Sus ojos se detuvieron en una foto del Ángel Caído. “Aunque supongo que ahora mismo tenemos preocupaciones más inmediatas.”

El Padre Mateo llevaba su dualidad con la misma naturalidad con que vestía sus tenis. Los fieles de su parroquia lo conocían como el sacerdote que patinaba por Madrid entre misas y hacía analogías entre los videojuegos y las escrituras en sus homilías. Lo que no sabían era que sus rutas en patín trazaban antiguos sellos de protección sobre el mapa de la ciudad, o que su colección de consolas retro ocultaba detrás grimorios traducidos del arameo y el gaélico. Había estudiado exorcismos en el Vaticano y rituales celtas en Irlanda, pero su verdadera educación había llegado de la mano de un anciano párroco en Toledo que le había enseñado que la verdadera magia no estaba en los rituales, sino en saber cuándo no usarlos.

Uno de los efectos secundarios de una organización dedicada a la cacería de brujas y herejes como la Santa Inquisición, había sido la acumulación de un vasto conocimiento sobre supuestos fenómenos sobrenaturales: brujería, posesiones demoníacas y milagros falsos. Cuando Napoleón abolió oficialmente su existencia, ese conocimiento había pasado a ser administrado por los que eran considerados la élite intelectual de la iglesia. Pragmáticos, estructurados y con presencia en múltiples culturas, los jesuitas tenían además algo que los dominicos nunca podrían tener: un dogma bastante flexible que podía adaptarse a los nuevos tiempos. El Padreo Mateo era la representación perfecta de aquella característica.

Sus ojos, que parecían sonreír perpetuamente tras sus gafas, tal vez un poco caídos y ojerosos, habían visto algunos milagros y horrores que jamás mencionaría en confesión. Su combinación de misticismo pragmático y humor sardónico lo había llevado a convertirse en el más joven líder de la Sociedad en muchos siglos, aunque él prefería describirse como "el conserje que se asegura que las puertas estén bien cerradas."

Molina se aclaró la garganta. "Quizás deberíamos empezar por presentarnos formalmente, para beneficio del señor Ayala y la joven Alba principalmente, ya que ustedes dos — miró al sacerdote y la científica — creo que ya me conocen. Teniente Coronel Javier Molina, Unidad Central de Actividades No Convencionales. Nuestra función es mantener el orden y la seguridad pública en situaciones no habituales."

"¿Como en Tordesillas en el 98?" preguntó el Padre Mateo. Molina se tensó visiblemente.

"Ese incidente está clasificado."

"Todo está clasificado para ustedes," intervino Robles. "Elena Robles, Departamento de Estudios Herméticos, Universidad de Salamanca. Como ya todos saben, nosotros investigamos los fenómenos desde una perspectiva científica. Documentamos, analizamos, intentamos entender. Y contamos con la colaboración de muchas figuras del Mundo Invisible que comparten nuestra visión."

"Colaboraciones que ocasionalmente provocan desastres," murmuró Molina.

"Dice el hombre cuya organización casi causa un incidente en Cantabria porque confundieron una romería con un ritual," replicó Robles.

"Por favor," el Padre Mateo alzó una mano conciliadora. "No estamos aquí para discutir viejas rivalidades. Padre Mateo Sandoval, Sociedad de San Benito. Nuestra misión es... mantener el

equilibrio. Asegurarnos de que ciertas fuerzas permanezcan en su debido lugar."

Sabela dio un paso adelante. "Sabela Alba, Hermandad del Silencio."

Ayala sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Todos en la sala parecían conocer el significado de esas palabras excepto él. Su rostro se tensó visiblemente.

"Como algunos de ustedes ya saben," continuó Sabela, evitando sistemáticamente la mirada de Ayala, "somos guardianes de las tradiciones antiguas, herederos del conocimiento transmitido por generaciones. Y sí, tal vez no tengamos la mejor historia de colaboración, pero creo que en este momento es más importante que nunca estar del mismo lado."

Ayala observó a Sabela con nuevos ojos, recordando cada encuentro, cada conversación. El café en la librería esotérica, su aparición en Lugo, sus advertencias sobre el mechero... todo adquiría ahora un significado diferente. No habían sido encuentros casuales ni coincidencias — había sido una operación calculada desde el principio. Al menos su instinto se lo había tratado de advertir, simplemente no hizo caso.

"Fascinante," dijo Ayala, su voz tan cargada de sarcasmo que lo sorprendió a él mismo. "¿Hay alguna otra organización secreta que quiera presentarse? ¿Alguien que esté debajo de algún sillón representa quizás a los Yakuza o a los reptilianos del Polo Norte? ¿No? Porque ya que estamos compartiendo secretos..."

"Francisco..." comenzó Sabela, usando su nombre de pila por primera vez, pero Ayala la interrumpió con una risa amarga.

"No, no, esto es perfecto. Absolutamente perfecto. El periodista que perdió su carrera por confiar en las fuentes equivocadas vuelve a caer en la misma trampa. Aunque debo admitir que los encuentros 'casuales' fueron un toque magistral. ¿Era parte del plan de tu tal familia extendida desde el principio o improvisaste sobre la marcha?"

Sabela finalmente lo miró, y había algo en sus ojos — ¿dolor? ¿culpa? — que hizo que Ayala dudara por un momento. Pero había aprendido por las malas que las mejores mentiras siempre venían envueltas en verdades a medias y miradas sinceras.

"No todo es lo que parece," dijo Sabela suavemente, como si las palabras le dolieran.

"Nunca lo es, siempre existen las agendas ocultas" respondió Ayala, su mano apretando inconscientemente el mechero en su bolsillo. "Esa es la única lección que parece que nunca termino de aprender. En fin, lo importante ahora es que la señorita Alba tiene razón," dijo Ayala, dejando la introspección de lado y levantándose. "Mientras ustedes discuten sobre jurisdicciones y viejos rollos, alguien está manipulando activamente lo que sea que se filtra por los puntos que tienen ustedes identificados en toda España. Y creo saber quién podría estar detrás."

"Conveniente. Y usted, señor Ayala," — continuó Molina antes de que Sabela pudiera responder — "el periodista frustrado que ahora escribe sobre exorcismos, ¿cómo encaja en todo esto?"

"Ah, pues seguro han ya notado que yo soy el elemento cómico," respondió Ayala con una sonrisa tan falsa qué los músculos del rostro le dolieron. "Ya saben, ese personaje que aparece en todas las historias para señalar lo absurdo de la situación. Como que tenemos aquí a una rama secreta del gobierno que gasta dinero público para ocultarle cosas al público, una universidad estatal que recibe fondos privados para investigar lo que nadie puede leer o saber que existe, y una orden religiosa que pasó de quemar brujas a... ¿qué término será que usan ahora? ¿Gestionar incidentes de fe con un enfoque holístico?"

Se acercó a su mural, ignorando las miradas tensas. "Pero ya que estamos compartiendo, permítanme señalar lo obvio: mientras ustedes han estado ocupados vigilándose entre sí y tal vez averiguando cuantos minutos paso yo en el baño, alguien ha estado jugando

sucio bajo sus propias reglas." Señaló las fotos de los dispositivos en el Retiro. "Y lo mejor es que lo está haciendo a plena vista."

"¿Insinúa que no hacemos nuestro trabajo?" El tono de Molina era suave, peligrosamente suave.

"¿Insinuar? No, no, lo estoy diciendo directamente. Miren esto." Señaló la sección sobre *Amarauna Systems*. "Una empresa que literalmente tiene 'red' en su nombre está comprando equipos de medición avanzado, contratando expertos en historia celta, e instalando sensores cerca de sitios históricos. Todo perfectamente legal, todo maravillosamente documentado. El tipo de operación que solo puede pasar desapercibida cuando todos están demasiado ocupados protegiendo sus propios secretos como para ver lo obvio."

"*Amarauna* es uno de nuestros principales colaboradores, gracias a ellos tenemos los datos que nos han llevado aquí" intervino Robles, pero su voz carecía de su habitual convicción.

"Por supuesto que lo es. ¿Qué mejor manera de estudiar algo que colaborar con quienes ya lo están estudiando?" Ayala soltó una risa seca. "Es el equivalente místico de un hackeo interno, y todos ustedes les han dado las llaves de entrada."

"Vamos a enfocarnos en lo que usted pone sobre la mesa, Francisco, y no en criticar" murmuró el Padre Mateo, ignorando los comentarios anteriores de Ayala como quien sabe que son ciertos, pero no merecen ser discutidos. "Estamos hablando entonces de usar la tecnología moderna de nuestros amigos de Salamanca, pero no para estudiar los fenómenos, como hacen ellos, sino para intentar... ¿qué exactamente? ¿Manipularlos? Es peligrosamente ambicioso."

"O brillantemente audaz," añadió Molina. "y en efecto, operando bajo las narices de todos."

"Lo cierto es," intervino Ayala, "¿cómo más obtendrían el conocimiento necesario para saber dónde buscar y cómo manipularlo? ¿Cómo podrían de otra manera pasar desapercibidos?"

Las preguntas no necesitaban respuesta en la mente de todos, pues nadie ofreció ninguna. En las paredes, las sombras parecían alargarse, aunque el sol apenas se había movido. Ayala notó que Sabela parecía estar nerviosa. ¿Era por lo que le había venido escondiendo todo este tiempo o es que incluso escondía algo más?

"Lo que sea que acordemos hacer, es mejor hacerlo rápido. Las lecturas son cada vez más intensas, insisto nuevamente" dijo Robles mientras su *tablet* emitía una serie de notificaciones. Se detuvo al ver que Molina sacaba su propio dispositivo. "Oh, ¿todavía usando el modelo TR—7? Creía que después del fiasco de Montserrat habrían actualizado su equipamiento."

"Algunos preferimos equipos probados por sobre aparatos experimentales," respondió Molina secamente. "No todos tenemos el lujo de aprender de nuestros errores con fondos privados."

El Padre Mateo, que había estado examinando más a detalle el mural de Ayala, se aclaró la garganta. "¿Podríamos evitar repetir viejas discusiones sobre equipamiento? Ya tuvimos suficiente de eso en el 2008 con el incidente del Camino."

"Ah sí, el famoso 'incidente'," Molina sonrió sin humor. "Cuando sus 'observadores' interfirieron con nuestra operación."

"Nuestros peregrinos," corrigió el Padre Mateo con un tono que sugería que habían tenido esta discusión muchas veces, "estaban siguiendo protocolos establecidos desde el siglo XII."

"Sus protocolos medievales casi provocan un colapso en Santiago," intervino Robles, sus dedos tamborileando en la *tablet*. "Si no hubiera sido por la intervención de..."

"Si van a mencionar a Midir," interrumpió Sabela, "recuerden que no todos aquí tienen el mismo nivel de conocimiento histórico como para ver las cosas en perspectiva."

Ayala notó cómo todos evitaban mirarlo.

"La joven tiene razón," dijo el jesuita, aunque la forma en que pronunció joven sugería una falta de confianza. "Aunque me sor-

prende que la hermandad ahora se preocupe por los protocolos de confidencialidad."

"No todos tenemos catacumbas a la mano para esconder nuestros secretos," replicó Sabela. El aire en la habitación pareció enfriarse varios grados.

"No, ustedes los esconden en círculos de piedra y bibliotecas familiares," murmuró Molina. "Mucho más profesional."

"Curioso comentario viniendo de alguien cuya organización decidió excomulgar a un pueblo entero" — contraatacó Robles — "y con ayuda del gobierno de turno, además".

"Lo de Trasmoz también es..." comenzó Molina.

"Clasificado, sí, ya lo sabemos," completaron todos al unísono, con el tono cansado de quien ha escuchado la misma excusa demasiadas veces.

Ayala observaba el intercambio como quien mira un partido de tenis donde cada peloteo revela décadas de rivalidad en la frustración contenida del golpe con la raqueta. "Fascinante," murmuró casi para sí mismo. "Tenemos al gobierno, la iglesia, la academia y un grupo informal de brujas y chamanes, todos trabajando juntos, pero no realmente unidos. Como una empresa disfuncional con acceso a conocimientos sobrenaturales."

Su mente de periodista, atando cabos, no pudo evitar contemplar lo absurdo de todo: la UCANC había nacido de una rama secreta de la Guardia Civil durante la Segunda República, creada originalmente para vigilar a la Sociedad de San Benito, que a su vez había surgido de la Inquisición cuando esta se dio cuenta de que algunas brujas eran realmente necesarias. Y la Hermandad, los eternos outsiders, eran probablemente los únicos que podían rastrear su linaje hasta los verdaderos habitantes originales de la península, esos que la iglesia había intentado borrar y que el gobierno prefería ignorar.

Todos habían vivido vigilándose mutuamente durante años, manteniendo un equilibrio precario basado tanto en la descon-

fianza como en la necesidad mutua, mantenido a flote por el simple hecho de que la alternativa era peor.

"Necesitamos toda la información disponible sobre esta *Amarauna Systems*," dijo finalmente Molina, reflexivo. "Registros corporativos, movimientos financieros, empleados clave..."

"Su siguiente proyecto será en Debod" dijo Robles revisando su *tablet* "No es un secreto, tienen un plan de actividades anual que han compartido con nosotros".

Ayala soltó una carcajada. "¿El Templo de Debod también es un punto de interés? Vaya, parece que todos los lugares turísticos lo son ahora. Lo siguiente que me van a decir es que la Chocolatería San Ginés es especial".

"La mejor forma de mantener esos puntos bajo control es con mucha afluencia de personas" dijo Sabela, aun sin mirarlo a los ojos "Es lo que traté de explicarte en el Retiro, el por qué movieron esa escultura desde un museo a ese preciso lugar. Cada persona que pasa por un punto de poder se lleva consigo un pequeño porcentaje de energía y así los niveles nunca suben demasiado. Las personas solo sienten algo que confunden con reverencia o asombro, una energía especial en el lugar, pero nada más. El declarar un lugar como patrimonio cultural, construir una iglesia encima o algo similar, es tarea de algunos de los aquí presentes."

"Es momento de pasar de la reacción a la acción" Molina se puso de pie mirando fijamente a todos. "Pondremos agentes encubiertos cerca del templo. Robles, yo creo que sería ideal contar con alguno de sus frikis como apoyo, por si tenemos que lidiar con alguna tecnología que valga la pena recuperar. Padre, yo sé que ustedes se llaman a sí mismos los Soldados de Jesús, pero en este caso es mejor que los que lo somos realmente nos encarguemos del tema."

"Compañía de Jesús" respondió el sacerdote "Pero sí, en la Sociedad no estamos equipados para trabajo de campo de este tipo. Y

tampoco lo están ustedes, Francisco y Sabela, que puedo ver cómo le han empezado a brillar a ambos los ojos. Dejemos que los profesionales se encarguen y esperemos más noticias ¿de acuerdo?"

"De acuerdo" mintió, nuevamente, Ayala. "Yo al menos pienso estar en casa viendo la televisión cuando algo salga inevitablemente mal".

Capítulo 16. Infiltrado

"Debí ser abogado, al menos a ellos les pagan bien por mentir y tienen mejores horarios", reflexionó Ayala mientras contemplaba el edificio donde, entre otras varias oficinas, operaba legalmente *Amarauna Systems*.

La reunión del día anterior seguía dando vueltas en su cabeza. 'Dejen que los profesionales se encarguen', habían dicho. Pero veinticinco años de carrera le habían enseñado que los 'profesionales' tendían a estar tan atrapados en sus propios protocolos y burocracias que a menudo perdían de vista lo obvio. La UCANC con sus clasificaciones, la Universidad con sus teorías, la Iglesia con sus tradiciones... todos tan inmersos en proteger sus territorios que probablemente darían tres vueltas al edificio discutiendo jurisdicciones antes de entrar. No, a veces la única forma de conseguir respuestas era el viejo método: presentarse sin avisar y hacer preguntas incómodas.

La estructura de la torre se alzaba como un monumento a la arrogancia corporativa en medio del parque empresarial de Tres Cantos, su fachada reflejando el amanecer madrileño. El logo de la empresa — un triskele estilizado que parecía la versión plana que una consultora de diseño, cobrando mucha pasta, haría

basada en el símbolo de su mechero — decoraba discretamente el directorio del edificio. "Séptimo piso," murmuró. "Porque por supuesto que tiene que ser un número místico. Apuesto a que las letras del nombre también suman siete o trece si lo calculas en arameo."

El vestíbulo era la quintaesencia del capitalismo moderno intentando parecer clásico: suelos de genuina imitación de mármol negro con vetas que formaban patrones sospechosamente similares al real, paredes blancas decoradas con arte abstracto que, visto desde el ángulo correcto, podría ser tanto un estudio en teoría del caos como el garabato de un niño de cinco años.

"Buenos días," dijo al guardia de seguridad, inyectando en su voz todo el entusiasmo de un funcionario en vísperas de puente. "Vengo a una entrevista en Álvarez & Socios, quinto piso. Soy el nuevo analista de riesgos." Lo cual, pensó, no era todo técnicamente una mentira — estaba allí para analizar riesgos, solo que no los financieros.

El guardia apenas apartó la vista de su móvil mientras consultaba la pantalla. "Documentación," gruñó con el tono de voz de alguien que preferiría estar en cualquier otro lugar. Ayala presentó un DNI caducado y una sonrisa practicada, sabiendo que nadie mira realmente las fechas si actúas con suficiente confianza.

El ascensor era otro gran ejemplo de narcisismo, espejos por todas partes multiplicando infinitamente su reflejo. "Al menos si muero aquí," pensó mientras se ajustaba la corbata, "tendré buena iluminación para las fotos de los forenses." Las puertas del piso siete se abrieron con el susurro que solo tienen los ascensores que están bien mantenidos. Ayala venía preparado con múltiples discursos en la cabeza, pero no se esperaba lo que vio en ese momento.

La planta entera estaba desierta, pero no con el vacío temporal de "todos almorzando" o el abandono planificado de "mudanza corporativa". Este era el tipo de vacío que encuentras en lugares

que han sido abandonados con urgencia, como las embajadas en zonas de guerra.

Los escritorios estaban tan limpios que harían llorar de emoción a una madre latina. En las papeleras, montañas de papel triturado formaban lo que probablemente era la versión en confeti de todos los secretos corporativos. Los ordenadores mostraban pantallas de carga en un bucle infinito.

"Si esto fuera una película de terror," pensó para sí Ayala mientras sacaba su móvil para documentar la escena, "ahora sería cuando el monstruo aparece. Probablemente un ejecutivo zombi buscando cerebros, aunque buena suerte encontrando alguno en un parque empresarial."

El flash iluminó brevemente zonas que hubiera preferido no ver con tanto detalle: marcas en el suelo donde algo pesado había sido arrastrado, cables que emergían de las paredes como tentáculos tecnológicos seccionados, y lo que podría ser un símbolo ritual dibujado con corrector líquido en una esquina. Lo bueno es que nadie había notado que él estaba allí. 'Soy prácticamente Arsène Lupin, invisible'.

"Las manos donde podamos verlas."

El comando resonó en el espacio vacío de la oficina, haciendo que el corazón de Ayala diera un vuelco. Su primer instinto fue girarse, pero años de experiencia viendo películas de policías le gritaron que se quedara absolutamente quieto. Dos pares de pasos sonaron a su espalda, perfectamente sincronizados.

'Profesionales', pensó mientras levantaba lentamente las manos, su mente catalogando automáticamente cada detalle como solía hacer en situaciones de crisis. No eran seguridad privada. Demasiado silenciosos, demasiado coordinados. Los hombres se acercaron por los flancos.

El primero — moreno, complexión de gimnasio cinco días a la semana, rostro de persona cuyo *LinkedIn* probablemente dice

"disruptor de paradigmas" — lo apuntaba con un arma de esa manera que solo los que saben usarlas muy bien pueden hacer. Sin nervios, sin bravuconería, pura eficiencia profesional. El segundo — rubio, con una cicatriz que parecía diseñada por el departamento de marketing para darle un aire más amenazante y unos ojos que decían "ya asesiné a dos personas antes del desayuno" — señaló hacia su móvil.

"El teléfono. En el suelo. Ahora."

Ayala evaluó sus opciones en una fracción de segundo. La puerta estaba a quince pasos, el ascensor probablemente bloqueado. Las escaleras... no, seguramente habría más agentes. Sus ojos se movieron hacia las ventanas antes de recordar que estaba en un séptimo piso. 'Brillante momento para descubrir que no tengo superpoderes', pensó con ese humor ácido que siempre emergía en sus peores momentos. Colocó con cuidado el móvil en el suelo.

"Contra la pared," ordenó el moreno mientras el rubio recogía el móvil. El registro siguiente fue metódico, profesional. Ayala sintió cómo revisaban cada bolsillo, cada doblez de su ropa. Cuando llegaron al mechero, hubo una pausa casi imperceptible.

"Señor," dijo el rubio, sosteniendo el objeto con un pañuelo que había sacado de quién sabe dónde, como si fuera evidencia en una escena del crimen. "Tenemos un objeto Avalon aquí."

De su chaqueta sacó entonces lo que parecía un estuche metálico del tamaño de un libro de bolsillo. Al abrirlo, Ayala reconoció unos grilletes hechos del mismo tipo de aleación del que parecía estar hecho el mechero: ese metal extraño que parecía reflejar la luz de una manera juguetona. Tenían grabados que le recordaban una mezcla de circuitos y runas.

"Las manos," ordenó el moreno. No había amenaza en su voz, solo la certeza de quien sabe que tiene el control total de la situación. En cuestión de segundos, Ayala sintió el frío del metal extraño en sus muñecas. Era una sensación peculiar, como si algo

más que su libertad de movimiento hubiera sido restringida. Una especie de entumecimiento que iba más allá de lo físico.

"Objetivo asegurado," informó el rubio a un micrófono oculto en su manga. "Procedemos a la unidad móvil."

Se dirigieron, uno a cada lado de Ayala, de vuelta al elevador y hacia el sótano, donde ingresaron a la parte de atrás de una furgoneta Mercedes de color negro sorprendentemente espaciosa y que parecía el resultado de un apareamiento entre una oficina de inversiones y un estudio de televisión. Ayala silbó apreciativamente. "¿Los impuestos de quién han pagado por todo esto? Porque mi declaración de la renta del año pasado apenas debe cubrir una repostada de esta nave."

"Entonces," dijo el agente moreno mientras conectaba el móvil de Ayala a algo que parecía sacado de una película de espías, "¿quiere explicarnos qué hacía husmeando en oficinas privadas?"

"¿La verdad? Estaba buscando un baño un poco aislado para no molestar a otros con mi cagalera y me perdí espectacularmente."

Las palabras murieron en su garganta cuando vio lo que aparecía en las pantallas. Era el tipo de contenido que haría que Julian Assange sintiera envidia profesional: mapas, documentos, fotografías, todo meticulosamente organizado y etiquetado. "Dispositivos de Control Mental Fase 1", rezaba uno de los archivos, con ubicaciones que coincidían perfectamente con los puntos que Robles había identificado.

"Vale," dijo finalmente, "esto es nuevo. ¿De dónde han sacado todo eso?"

"De su móvil, señor periodista"

Ayala se quedó colgado. No solo no tenía idea de por qué estos hombres decían que su móvil contenía esta información, pero lo que realmente lo dejó sin palabras fue una imagen particular que apareció en las pantallas en ese momento: Sabela, saliendo del edificio de *Amarauna Systems*. No era la Sabela enigmática y segura

que conocía, esta versión parecía sacada de un thriller de espionaje de los años ochenta, mirando sobre su hombro como si esperara ver agentes soviéticos tras ella. Llevaba una carpeta protegida contra su pecho como si contuviera los planos de la Estrella de la Muerte.

"Interesante colección de datos la que tiene aquí," dijo el agente rubio, deslizando su dedo por la pantalla. "Especialmente considerando que hace unos minutos juraba no saber nada." Sus ojos se movieron de la pantalla a Ayala con la velocidad de un depredador evaluando a su presa. "¿Quiere intentarlo de nuevo?"

Ayala sintió que el suelo se movía bajo sus pies, y no solo metafóricamente — la furgoneta había arrancado. A través de la única ventana tintada, Madrid se convertía en un borrón de grises y azules. "Esto tiene que ser un error," murmuró, más para sí mismo que para sus captores. "Yo no..."

"¿No qué, señor periodista?" El moreno sonrió sin humor. "¿No sabía que su teléfono estaba lleno de información clasificada? ¿O no esperaba que la encontráramos?" Presionó algo en su *tablet* y más imágenes aparecieron en las pantallas: planos de edificios históricos, diagramas de lo que parecían ser dispositivos de medición, coordenadas GPS marcadas con símbolos que le resultaban inquietantemente familiares.

La furgoneta se detuvo abruptamente. Ayala pudo ver que habían entrado en lo que parecía ser un aparcamiento subterráneo. El tipo de lugar donde, en sus días de periodista de investigación, solía reunirse con fuentes que preferían mantenerse en el anonimato. Las puertas se abrieron con un ruido hidráulico.

El aire frío del sótano trajo consigo un aroma familiar: ese *aftershave* discreto pero inconfundible que solo usan los funcionarios de alto rango que quieren parecer importantes sin llamar demasiado la atención.

"Teniente Coronel," saludó cuando Molina entró, intentando que su voz sonara más tranquila de lo que se sentía. Era como

ver a un profesor estricto después de haber sido pillado haciendo travesuras — sabías que habría consecuencias, pero al menos conocías las reglas del juego.

"Señor Ayala." Molina se tomó su tiempo para acomodarse, estudiándolo con esa mirada que probablemente había perfeccionado en décadas de interrogatorios. "Siempre donde no debe, ¿verdad? Pero peor aún, siempre sin entender dónde se está metiendo."

Había algo diferente en su tono, notó Ayala. La hostilidad anterior había sido reemplazada por algo más cercano a... ¿diversión? No, no exactamente. Era más bien el tipo de interés que muestra un jugador de ajedrez cuando su oponente hace un movimiento inesperado e intrigante, que no tiene sentido frente al flujo de la partida.

"¿Sabe? Durante años hemos mantenido un ojo en La Red Fantasma," continuó Molina, sacando un ordenador portátil de su maletín con la parsimonia de quien sabe que tiene todo el tiempo del mundo. "Los considerábamos inofensivos. Molestos, sí, pero útiles a su manera. Como esos periodistas de sucesos que hacen la mitad de nuestro trabajo de investigación sin darse cuenta."

Ayala sintió que el ambiente en la furgoneta cambiaba sutilmente. Los dos agentes que lo habían capturado se habían relajado visiblemente, como si la presencia de Molina hubiera transformado una operación de seguridad en algo más burocrático.

"Y entonces," Molina deslizó su dedo por la pantalla, "usted aparece en escena. Un periodista serio. Bueno, ex—periodista serio." Una pequeña sonrisa apareció en sus labios. "Y de repente, todo se vuelve mucho más interesante."

La pantalla cobró vida, mostrando lo que parecían ser correos electrónicos y archivos adjuntos. Ayala reconoció el formato: eran los boletines semanales de La Red Fantasma, esos que iban a su carpeta de *spam* y que había estado ignorando sistemáticamente desde que empezó su aventura con el mechero.

"He estado revisando su colección de fotografías y notas," continuó Molina, su voz ahora claramente teñida de curiosidad profesional. "Impresionante trabajo de campo para un grupo de frikis que supuestamente pasa sus días persiguiendo duendes en las cocinas de ancianas."

Las imágenes comenzaron a desfilar en la pantalla y Ayala sintió que se le formaba un nudo en el estómago. Ahí estaban: el dron sobre los dólmenes que había descartado como otra teoría conspirativa más, las fotos borrosas de "actividad paranormal" en Lugo que había archivado sin mirar dos veces, incluso aquel reporte sobre fallos eléctricos cerca de sitios históricos que había considerado demasiado mundano para investigar.

La risa de Ayala tenía un borde histérico cuando finalmente comprendió. "Oh, esto es brillante. Absolutamente brillante. ¿La Red Fantasma ha estado siguiendo a *Amarauna* todo este tiempo y recopilando información? Por qué no, son los mismos chalados que creen que las vacunas tienen chips 5G. Los frikis me han estado enviándome todo esto y yo..." se habría jalado los pelos si no estuviera aun con los grilletes, "he estado demasiado ocupado con la nueva aventura para leer mis correos. Demonios, ¿cuántas pistas he ignorado por estar burlándome de mi propio trabajo? Entonces Debod..."

"Un fracaso espectacular, sí. Llegamos para encontrar todo desmontado, como si alguien hubiera dado el aviso." Sus ojos se clavaron en Ayala. "Al principio pensé que usted podría ser el topo. Estos correos parecían confirmarlo. Pero ahora..." Señaló la foto de Sabela. "Ahora me pregunto si no somos todos peones en un juego mucho más elaborado. "La vida tiene un sentido del humor peculiar, ¿no?"

Ayala recordó cada encuentro con Sabela, ese aire de vulnerabilidad que ahora parecía menos genuino que nunca. Pero había algo en esa foto, en su postura tensa y mirada preocupada, que

sugería que ella también estaba atrapada en algo que no comprendía completamente.

"La verdad tiene una forma curiosa de salir a la luz," reflexionó Molina. "Aunque sea a través de personas obsesionadas con los *chemtrails*." Se inclinó hacia adelante. "Así que, señor periodista, usted que tiene experiencia desenmascarando engaños... ¿qué sugiere que hagamos ahora?"

"¿Honestamente?" Ayala se recostó en su silla, una sonrisa torcida en su rostro. "Creo que necesitamos más café. Y si puede quitarme estos grilletes, ayudaría mucho."

"¿Café?" Molina arqueó una ceja. "¿Es así como resuelve sus investigaciones?"

"El café ayuda a pensar," respondió Ayala, sintiendo que recuperaba algo de control sobre la situación. "Y ahora mismo necesitamos pensar mucho. Porque si La Red Fantasma tiene toda esta información, significa una de dos cosas: o somos más competentes de lo que cualquiera pensaba..."

"O a alguien no le importa ocultar sus pasos, como ya nos había comentado el otro día. Porque cree que nadie puede hacer algo para afectar sus planes." completó Molina, asintiendo lentamente mientras le retiraba los grilletes. "Disculpe, es que usamos estos para contener a usuarios taumatúrgicos."

"¿Usuarios... qué?"

"Tecnología de Robles y su equipo," explicó al notar la mirada interrogante de Ayala. "Ellos los diseñan, nosotros los usamos. Pero no necesita saber más. Vamos, concéntrese, estaba diciendo algo. Sabemos que estos tíos aprovechaban lo mucho que nos conocen para operar sin tener miedo a ser descubiertos."

Algo seguía molestando a Ayala. ¿Por qué dejar pistas tan obvias? ¿Por qué permitir que un grupo de caza fantasmas amateur recopilara toda esta información? 'Porque es la mejor forma de esconder algo,' pensó, recordando una vieja técnica periodística.

‘Si quieres ocultar información comprometedora, no la clasificas como secreta, la entierras en medio de teorías absurdas.’

“Si, tengo algo” dijo finalmente Ayala siguiendo con la idea. “Una cosa es no preocuparse de esconder cosas al nivel que uno debe hacer frente organizaciones profesionales, y otra muy diferente dejarse ver por amateurs. A ellos, a los de la red, les han estado alimentando de información estratégicamente. Han dejado que vean lo que querían que sea visto. Piénselo: ¿qué mejor manera de ocultar información que enterrándola en medio de teorías conspirativas sobre reptilianos? Es el equivalente moderno de esconder un árbol en un bosque.”

“Llenar las redes de noticias falsas es la mejor manera de asegurarse que aquellas pocas que sí son verdad no son tomadas en serio, lo sabemos. Está en el manual de la UCANC. Entonces...”

“Entonces usted y yo, y por supuesto Robles y su equipo, además de los mejores agentes que tenga... y vamos, cuantos jesuitas quieran colaborar... vamos a revisar todas y cada una de las teorías de conspiración que encontremos en los foros más paranoicos para tratar de descubrir dónde se puede estar escondiendo algo de verdad. Y por favor, devuélvanme el mechero.”

Capítulo 17. Solis Invicti

Una hora de camino después, Ayala contempló el complejo hospitalario abandonado al que lo habían llevado, mientras la furgoneta se detenía frente a la entrada principal. Era difícil creer que ese edificio, ahora un esqueleto oxidado en el barrio de Los Molinos, hubiera sido alguna vez el orgullo de la marina española. Sus ventanas rotas y paredes desconchadas, además de su *look* de casa de campo, contrastaban brutalmente con la moderna eficiencia del Hospital Gómez Ulla, que había visitado un par de veces en sus investigaciones pasadas. Al menos aquí se respiraba el aire puro de la sierra madrileña y no se sufría el bullicio del centro.

"La UCANC se aseguró de que nadie quisiera acercarse", explicó Molina mientras aparcaban. "Filtramos historias sobre material radioactivo de los viejos equipos de rayos X, rumores sobre negligencias médicas durante la guerra... Ya sabe, el tipo de cosas que mantiene alejados tanto a okupas como a *influencers* en busca de emociones fuertes."

"¿Y funcionó?"

"Mejor de lo que esperábamos. A ver, a veces aparece el eventual curioso, pero se aburen rápido. Nadie se ha cuestionado por qué un hospital abandonado mantiene una conexión indepen-

diente a la red eléctrica. De hecho, un colega suyo incluso ganó un premio por 'destapar el encubrimiento gubernamental de residuos nucleares'." Molina sonrió levemente. "Por supuesto, nosotros le proporcionamos la mayoría de las pruebas."

El edificio había resistido tres intentos de demolición en los años pasados. El último terminó con una excavadora misteriosamente volcada y un operario jurando que las paredes le hablaban. La constructora quebró poco después, y los planes de desarrollo inmobiliario se archivaron.

Ayala sacó discretamente el mechero de su bolsillo, frunciendo el ceño al notar que permanecía inerte. Si este lugar era tan especial como parecían sugerir, ¿por qué no reaccionaba? ¿Se habría estropeado? ¿O había algo más que no estaba entendiendo?

"Este sitio..." murmuró, guardando nuevamente el objeto. "No es solo otro punto de poder, ¿verdad?"

"Es un punto, sí," respondió Molina. "Lo elegimos precisamente por lo que hay debajo. Bien abajo. Los muros tienen casi un metro de grosor, y el diseño... digamos que los arquitectos navales de los años cuarenta sabían cosas que iban más allá de la ingeniería convencional. Algunos lugares son demasiado intensos para convertirlos en monumentos o iglesias."

"¿Alguien más piensa que esto es el inicio perfecto de una película de terror?" comentó Ayala mientras descendían por escaleras que parecían hundirse en la penumbra. "Solo nos falta dividirnos para explorar y que alguien diga 'ahora vuelvo'."

"Llega tarde, ya grabaron una aquí."

Luego de muchos metros y puertas "clausuradas" después, seguían bajando. El olor a polvo se mezclaba con ese aroma particular a papel viejo y humedad que Ayala había aprendido a reconocer en sus años de periodista de investigación. El grupo continuaba hacia lo que ya debía ser el tercer o cuarto sótano.

Ayala dio una mirada a los que caminaban al frente de todos. "¿Siempre llama a los mismos agentes?" preguntó, reconociendo

finalmente en uno de los hombres que lo había 'escoltado' desde *Amarauna Systems* al comprador interesado de la librería donde lo había llevado Sabela. "¿O todos se ven iguales y no contrata de manera inclusiva?"

"Agente Hernández" respondió Molina secamente. "Y sí, aún tiene su arma reglamentaria a la mano. Y sí, todavía piensa que es usted un riesgo para la seguridad."

"Técnicamente," añadió Hernández desde el frente "usted sigue bajo custodia. Sugiero que evite movimientos bruscos ya que algunos de nosotros tenemos... reflejos sensibles." Ayala no sabía si estaba bromeando, si trataba de intimidarlo o si lo decía en serio.

Diez minutos después, finalmente habían llegado a su destino, una sala de comando, por decirlo de alguna manera, impecable y funcional, además de perfectamente escondida bajo las ruinas.

Y no estaban solos. El equipo que Robles había enviado — tres investigadores del Departamento de Estudios Herméticos que parecían sacados de un documental producido por *History Channel* — había traído consigo más equipo tecnológico del que Ayala había visto en toda su carrera periodística. "Tenemos terminales con AI para todos" dijo uno de ellos.

El que había hablado, que se presentó como el Doctor Torres, era el típico académico que parece mucho mayor de lo que es, excepto en los ojos que brillaban como los de un niño. Los otros dos, la Doctora Ruiz y el Doctor Vega, tenían ese aire de "dormimos tres horas al día gracias a que preparamos nuestros propios energizantes en el laboratorio" que caracteriza a los investigadores sobrecargados de trabajo.

La oficina de la UCANC resultó ser en verdad mucho más que un simple centro de operaciones. Era un laberinto de tecnología y tradición, donde pantallas de un tamaño impresionante convivían con antiguos tomos encuadernados en cuero. En una esquina, una impresora 3D fabricaba lo que parecía ser una réplica

en miniatura del Templo de Debod, mientras que, en otra, un agente tecleaba algoritmos en tres monitores simultáneamente.

"Bienvenido a donde la burocracia conoce a lo sobrenatural," murmuró Molina, notando la expresión de Ayala. "Lo conocemos como 'El Archivo'. Aunque oficialmente preferimos el término 'Centro de Procesamiento de Anomalías'. Suena más... presupuestable." Sus agentes tomaron posiciones estratégicas en la sala, pero siempre manteniendo una atención especial en Ayala quien intentaba parecer casual y fallaba espectacularmente. "Setenta años de informes sobre actividad paranormal en España. Todo digitalizado, categorizado y..."

"¿Completamente inútil si no sabemos qué buscar?" interrumpió el Padre Mateo, que hacía su entrada, mientras los dos sacerdotes asistentes que lo acompañaban comenzaban a desempacar equipo que lucía sospechosamente moderno para venir de la Iglesia.

"Para eso está aquí nuestro... consultor temporal," respondió Molina, la palabra 'consultor' sonando como si le doliera físicamente pronunciarla. "Después de todo, el señor Ayala tiene experiencia encontrando información que otros preferirían mantener oculta. Aunque normalmente eso termina con él perdiendo su trabajo, no ganando uno nuevo."

"Bueno, siempre es reconfortante saber que han leído mi *curriculum* completo," respondió Ayala mientras se sentaba frente a una terminal, ignorando deliberadamente cómo Hernández ajustaba su postura para mantener una línea de visión clara. "Pero sí, en efecto esto será como buscar una aguja en un pajar," murmuró Ayala mientras encendía la terminal. "Excepto que la aguja está disfrazada de paja y el pajar está en llamas."

El análisis comenzó de forma sistemática. Primero, los datos básicos del teléfono: correos, mensajes, fotos. "El Padre Mateo sugiere empezar correlacionando fechas de avistamientos con el

calendario litúrgico," dijo la Doctora Ruiz. "Especialmente en fechas que coinciden con celebraciones paganas pre—cristianas. Son momentos donde el velo entre mundos es más..."

"Permeable," completó uno de los novicios. "Como *Samhain*, que ahora llamamos Todos los Santos. O *Yule*, que..."

"Que ahora llamamos Navidad," murmuró Ayala.

El Archivo se había convertido en una coreografía de eficiencia. Llevaban ya algunas horas analizando datos, y las paredes brillaban reflejando patrones de las pantallas, que comenzaban a cobrar sentido. O quizás, pensó Ayala, era solo el cansancio haciendo que su cerebro viera conexiones donde no las había.

"Es fascinante," murmuró la Doctora Ruiz, estudiando una serie de gráficos frente a ella. "En efecto, las fluctuaciones energéticas siguen un patrón que coincide perfectamente con el calendario litúrgico."

"No solo el católico," añadió el Padre Mateo, desplegando un antiguo pergamino sobre la mesa central. Las páginas crujieron como hojas secas bajo sus dedos. "Estos patrones... aparecen en todas las tradiciones. Celtas, visigodos, árabes... es como si alguien hubiera encontrado el común denominador de todas las creencias que han pasado por la península."

Hernández y Suárez, los agentes que ahora actuaban como guardaespaldas no oficiales de Ayala, intercambiaron miradas. Para tipos entrenados en mantener secretos gubernamentales, ver a un sacerdote desplegando documentos clasificados de la Inquisición debía ser peculiar.

La Doctora Ruiz se acercó a una de las pantallas, donde líneas de código se mezclaban con lo que parecían ser fórmulas alquímicas. "La señorita Alba tuvo razón cuando dio la primera alerta, los equipos que han estado instalando... no son solo sensores. Son amplificadores. Están usando tecnología moderna para potenciar algo muy antiguo."

“Como enchufar un amplificador a un laúd,” dijo Ayala, ganándose miradas sorprendidas. “¿Qué? Tuve una fase de músico en la universidad.”

“La analogía no está mal,” concedió la doctora. “Pero imaginen más bien conectar un amplificador a una tormenta eléctrica. Lo que están intentando es... peligroso, muy peligroso.”

El Padre Mateo se acercó al mapa, su dedo trazando líneas invisibles entre puntos. “Cada lugar sagrado, cada punto de poder, es como un nodo en una red más grande. Las iglesias, los monumentos antiguos, no fueron construidos al azar. Sabemos que siguen patrones que muchos hemos olvidado pero que siguen activos.”

“Como el sistema nervioso de la península,” murmuró Ayala, una idea formándose en su mente. “Y si tienes acceso a los puntos correctos, en el momento correcto, podrías usar el equivalente a la acupuntura tal vez.”

“En realidad podrías sobrecargar todo el sistema,” completó la Doctora Ruiz. “Exactamente lo que parece estar intentando *Amarauna Systems*.”

Molina proyectó una nueva serie de documentos. Permisos de obra, licencias de renovación, autorizaciones para ‘actualización de infraestructura histórica’. Ayala, una idea formándose en su mente, decidió seguir un impulso.

“Infraestructura” murmuró. La palabra activó algo en su memoria, una conversación pendiente, una corazonada que había ignorado semanas atrás. “Un momento...” dijo mientras sacaba su móvil, “esto me recuerda a algo. ¿Tenemos señal aquí abajo?”

El grupo lo observó con curiosidad mientras buscaba un número en sus contactos. Si sus sospechas eran correctas, aquella investigación inconclusa sobre rituales en edificios históricos podría tener más relevancia de la que había imaginado.

Puso la llamada en altavoz antes de que siquiera le contesten. En pocos segundos el saludo de su viejo amigo pudo ser oído por

todos. “Hola JuanCa, disculpa por ser tan directo pero, ¿te acuerdas de aquel rollo que me contaste el otro día? Lo de los rituales en edificios... cuando regresé de Henares.”

“¿Los de las juntas raras en edificios históricos? Claro, parce,” la voz de Juan Camilo sonaba emocionada incluso por el altavoz. “De hecho, estaba por llamarte uno de estos días. He estado recopilando más información desde que hablamos. Resulta que existe un patrón también en las fechas. Cada compra, cada renovación, cada ‘actualización tecnológica’ coincide con alguna fiesta religiosa. Y no hablo solo de las obvias como Semana Santa. También fechas raras, festividades locales que ni sabía que existían. Como si tuvieran un calendario especial...”

“O como si alguien les hubiera dado acceso a ciertos archivos históricos,” murmuró Ayala, mirando significativamente a los novicios. “JuanCa, ¿tienes a mano las fechas exactas de esas compras?”

“Mejor que eso, parcero. Tengo una base de datos completa. Te la envío ahora mismo. No existen las coincidencias.”

“Gracias, JuanCa. Te debo una cerveza... no, la verdad es que ya te debo como una docena. Y mantén los ojos abiertos, ¿vale? Esto es más grande de lo que pensábamos.” Colgó y se dirigió a uno de los terminales. “Necesito acceso a los registros de permisos de obra en edificios históricos de los últimos cinco años.”

“¿Quiere compartir con la clase, señor Ayala?” preguntó Molina, aunque ya estaba tecleando comandos para darle acceso.

“Antes de que mi carrera se fuera al garete, estábamos investigando movimientos extraños en el sector inmobiliario. Empresas que aparecían de la nada, compraban edificios históricos, hacían ‘renovaciones’ y luego desaparecían. Lo descartamos porque parecía otro caso de especulación.” Sus dedos volaban sobre el teclado mientras hablaba. “Pero Juan Camilo, un periodista amigo, acaba de confirmar algo: todas las obras empezaban exactamente una semana antes de alguna festividad religiosa importante.”

Las pantallas comenzaron a llenarse de datos mientras el sistema correlacionaba fechas. Permisos de obra, reportes de actividad paranormal, avistamientos descartados como falsos... todo empezó a formar un patrón.

"Miren esto," señaló el Doctor Torres. "Cada obra coincide no solo con una fecha religiosa, sino con un punto de poder conocido."

"Y cada punto forma parte de una red más grande," añadió el Padre Mateo, estudiando el mapa virtual donde los puntos comenzaban a conectarse como una telaraña sobre Madrid.

"No son obras de renovación," dijo Ayala, el mechero en su bolsillo vibrando ligeramente ahora sí, mientras las piezas encajaban. "Son preparativos. Han estado instalando equipos durante años, aprovechando que nadie cuestiona ver maquinaria de construcción en un edificio histórico. Solo que para aquellos lugares que ya no eran privados, como el Retiro o Debod, no les quedó otra que empezar a colaborar con ustedes."

"De hecho fueron contratados justamente por su experiencia pasada en lugares históricos privados" completó Torres.

"Y ahora todas las fechas apuntan a..." Molina se detuvo, mirando el calendario en la pared.

"*Dies Natalis Solis Invicti*" dijo el Padre Mateo con un perfecto latín. "La celebración que cerraba los días Saturnales. Por supuesto."

"Pues... yo iba a decir Nochebuena" dijo Ayala, un poco confundido.

"Tal vez deberíamos considerar contratar más periodistas," murmuró Molina. "Se las saben todas."

"Francisco, ya habíamos hablado sobre como las fechas que celebramos hoy tienen un trasfondo más antiguo," dijo Mateo, con calma, "Y mientras más importante era el requisito para la fecha que la iglesia quería tomar prestada, más importante será lógicamente ese trasfondo. Estamos hablando de lo mismo."

En las pantallas, la red de puntos conectados formaba un patrón que cualquier experto en redes neuronales reconocería inmediatamente.

"No es solo Madrid," dijo uno de los novicios, señalando cómo el patrón se extendía en el mapa hacia otras ciudades. "Es toda la península."

"Las renovaciones son solo la punta del iceberg," dijo uno de los científicos de Salamanca. "Han estado instalando equipos, sí, pero sabemos que también han estado midiendo algo. Recopilando datos sobre cómo la energía fluye entre estos puntos."

"Como si estuvieran haciendo un mapa," añadió otro. "Este mismo mapa. No de los lugares en sí, sino de las conexiones entre ellos."

"Están usando el sincretismo en nuestra contra," reflexionó el Padre Mateo. "Están buscando puntos de acceso a la red."

Ayala miró el mapa holográfico, donde los puntos parpadeantes formaban patrones cada vez más claros. Por un momento, Ayala sintió ese familiar escalofrío que solía preceder a sus grandes revelaciones periodísticas. Era como aquella vez que investigó a los *data brokers* y las empresas de publicidad digital. El verdadero valor nunca estuvo en los datos individuales, sino en los patrones que emergían al conectarlos. Las empresas no querían saber qué compraba cada persona, sino cómo se conectaban esos comportamientos entre sí. La *metadata*, las conexiones, ese era el verdadero tesoro.

Ahora *Amarauna Systems* estaba haciendo exactamente lo mismo, pero a una escala inimaginable. No estaban interesados en los puntos de poder individuales — esos eran solo nodos en una red más grande. Lo que realmente buscaban era registrar y explotar las conexiones entre ellos, el tejido mismo del Mundo Invisible, para deducir el mejor punto de acceso a esa red. Y

habían encontrado también el momento perfecto: Nochebuena, o lo que hubiera dicho el cura en latín antes.

"Entonces en Nochebuena," añadió Ayala, "cuando todo el mundo esté reunido en iglesias y catedrales construidas sobre antiguos lugares místicos, cada una de ellas absorbiendo inconscientemente una pequeña fracción de energía en sus rituales, tal como ustedes lo diseñaron... la red se debilitará por ese uso masivo..."

No necesitó terminar la frase. Todos en la sala podían ver lo que significaba: Con la red sobrecargada, alguien aprovecharía algún punto abandonado – uno de esos que nadie vigilaba — para acceder por la fuerza al sistema ya debilitado y capturarlo. No estaban investigando una conspiración. Estaban viendo los preparativos finales de algo que llevaba años planificándose.

"Es una lástima que Sabela no esté aquí," comentó el Padre Mateo mientras revisaba nuevamente los datos. "Su capacidad para sentir las energías residuales podría ayudarnos a entender qué puntos de acceso son los más probables a elegir."

"¿La espía?" Ayala soltó una risa amarga. "Sí, seguro que podría ayudarnos. Probablemente ya tiene un informe completo para sus verdaderos jefes."

El Padre Mateo lo miró por encima de sus gafas con esa expresión que los jesuitas parecen perfeccionar en el seminario, una mezcla de paciencia infinita y ligera decepción. "¿Y usted llegó a esa conclusión después de ver una única foto mientras estaba detenido en una furgoneta por pruebas incriminatorias más sólidas que esa?"

"Eso es diferente, y no sé cómo es que sabe eso..." protestó Ayala, aunque su voz carecía de convicción.

"¿Lo es? A veces las cosas no son lo que parecen, señor Ayala. Usted, mejor que nadie, debería entender lo que significa ser juzgado por evidencia circunstancial." El sacerdote hizo una

pausa significativa. "¿No fue eso exactamente lo que le pasó cuando intentó exponer la corrupción en su canal?"

Ayala se quedó en silencio, con el peso de sus propias experiencias cayendo sobre él. Recordó cómo se había sentido cuando sus colegas dudaron de él, cuando todo parecía señalarlo como el culpable.

"Sabela carga sus propias cicatrices," continuó el Padre Mateo suavemente. "Y algunas son más profundas que las que podemos ver. Tal vez, antes de condenarla, debería preguntarse por qué alguien que puede sentir el poder en los lugares antiguos elegiría trabajar en una empresa que intenta destruirlo."

El mechero en el bolsillo de Ayala vibraba suavemente, como si respondiera a las palabras del sacerdote. O tal vez, pensó, respondía a la verdad en ellas.

"El problema con ustedes los periodistas," añadió finalmente el sacerdote desde su terminal, sin levantar la vista, "es que a veces están tan ocupados buscando la historia que olvidan observar los detalles más evidentes. Como, por ejemplo, preguntarse por qué ese objeto en forma de mechero que le fue entregado reacciona ahora y no lo hizo antes."

"Hijo de..." murmuró Ayala, sacando el mechero y observándolo bajo una nueva luz. "Nunca fueron los lugares, ¿verdad? Eran las personas. Todo este tiempo he estado reaccionando a... personas usando habilidades, no a sitios."

El Padre Mateo asintió levemente. "No es por casualidad que terminé liderando la Sociedad de San Benito, sabe. Algún carisma me ha sido concedido por el Espíritu Santo."

"Suficiente filosofía por hoy," interrumpió Molina, revisando su reloj. "Tenemos menos de una semana para detener lo que sea que están planeando. Necesitamos un plan de acción concreto para Nochebuena. ¿Qué opina usted padre?"

“Sugiero equipos mixtos, trabajemos realmente juntos esta vez. Un agente de la UCANC, un investigador del DEH y uno de los nuestros en cada ubicación clave. La combinación de protocolos gubernamentales, conocimiento científico y, digamos, experiencia espiritual, nos dará mejor cobertura.”

“De acuerdo,” asintió Molina, como si ya esperara esa respuesta. “El punto más crítico parece ser el Castillo de Torremocha. La mayoría no sabe esto, pero tiene orígenes templarios. Las lecturas de energía son más intensas allí que en cualquier otro lugar.” Miró al sacerdote con una sonrisa cómplice. “Sugiero que usted y yo nos encarguemos personalmente de ese punto.”

Ayala observaba el mapa en silencio. Sus ojos se detenían una y otra vez en el punto representando al Cementerio de La Almudena. Algo en ese lugar lo llamaba, definitivamente el color rojo parecía brillar más ahí. No iba a decir nada ya que, después de todo, había prometido quedarse al margen, pero... “Son demasiados puntos para cubrirlos todos,” observó, “no sé cuántos agentes tenga la UCANC pero, sin ofender Molina, al menos yo sigo viendo siempre a los mismos. Y por su lado padre, estoy seguro de que no son demasiados.”

“Esa información es clasificada” contestó simplemente Molina, mirando al sacerdote. El Padre Mateo se limitó a sonreír y luego dijo “el Señor actúa de maneras misteriosas, Francisco”.

“Ustedes saben algo que no me están contando,” respondió Ayala, pensando en Sabela y preguntándose si ella también habría notado lo que él veía en el mapa. “Pero está bien, ya tuve suficientes aventuras sobrenaturales para toda una vida.”

Capítulo 18. Café Cargado

Ayala salió del Archivo con la cabeza dando vueltas. Los hallazgos recientes seguían resonando en su mente mientras subía las escaleras hacia la superficie, escoltado, como parecía ser la norma últimamente. Tal vez por eso, por buscar tiempo solo, declinó una oferta de ser llevado a casa en un coche oficial con apariencia no oficial. Mientras más tiempo le tomara llegar a casa, más tiempo tenía para pensar.

Caminó un poco más de diez minutos hasta la terminal de bus, para luego de casi una hora cambiar al metro en Moncloa.. Una vez dentro el tumulto de gente, el ruido y los olores, le dieron una sensación de familiaridad que no sabía que necesitaba con tanta urgencia. "Atención. Estación en curva." Respiró su dosis de Madrid con la intensidad de un crío cuando el doctor le dice que tome aire. Exhaló con la misma reverencia que un monje budista.

La llamada de un cuervo fue lo primero que registró al salir del metro en Tribunal. El ave estaba posada en una farola, observándolo con una intensidad poco usual, incluso para ese tipo de aves. Por un momento, le pareció que sus ojos brillaban con un destello dorado.

“Los cuervos siempre han sido excelentes mensajeros,” dijo una voz a su espalda. “Aunque personalmente, prefiero tomarme un café para las conversaciones importantes.”

Ayala se giró. El hombre frente a él no era el mismo tío del bar, aunque sus ojos — esos pozos negros — eran inconfundibles. Vestía un traje gris perfectamente cortado al estilo inglés, y su pelo, ahora completamente blanco, estaba peinado hacia atrás con elegancia antigua. En su mano, el bastón de ébano que sostenía parecía más un cetro que una ayuda para caminar.

“¿Me permite invitarle?” ofreció Midir, señalando hacia una cafetería cercana que Ayala juraba no haber visto nunca antes, a pesar de haber pasado por esta zona decenas de veces.

El local era uno de esos lugares que parecen existir fuera del tiempo — techos altos con molduras art déco, mesas de mármol con patas de hierro forjado, y una barra de madera pulida por décadas de uso. El camarero, un anciano con un bigote que parecía diseñado por Salvador Dalí, los saludó como si los hubiera estado esperando.

“Dos cafés, Aurelio,” pidió Midir mientras se sentaban en una mesa apartada. “Y vamos a necesitar algo de privacidad, si no te molesta.”

El aire alrededor de su mesa pareció espesarse sutilmente, como si una cortina invisible los separara del resto del local. Los sonidos se volvieron más distantes, amortiguados. Ayala se preguntó si Midir solo podía alterar ligeramente su apariencia o si podía asumir una identidad totalmente diferente, lo que implicaría que podía haber estado cerca de él muchas veces, sin notarlo. Tal vez podía verse como una dependiente del supermercado. Como un perro. No había visto ninguna película que hable de semi—dioses, así que no estaba seguro cuales eran las reglas.

“Supongo que tienes preguntas,” dijo Midir mientras el café aparecía frente a ellos — Ayala no recordaba haber visto al ca-

marero acercarse. “La mayoría de los humanos las tienen cuando empiezan a ver más allá del velo.”

“¿Por qué yo?” fue lo primero que salió de la boca de Ayala, sorprendiéndose a sí mismo. De todas las preguntas que tenía preparadas, esta no era la que pensaba hacer primero.

Una sonrisa cruzó el rostro de Midir, el tipo de sonrisa que sugería que había visto ya todo, y que sin embargo encontraba todo el proceso vagamente divertido. “¿Por qué no tú? Los periodistas siempre han sido buenos narradores de historias. Y esta historia en particular necesita ser contada... aunque no de la manera moderna en redes sociales sin credibilidad y definitivamente no en pasquines de cuarta.”

“¿Y qué historia es esa exactamente?” continuó Ayala, su instinto periodístico tomando el control sin siquiera pensarlo conscientemente.

Midir tomó un sorbo de su café, sus ojos momentáneamente distantes, como si estuviera viendo algo más allá del tiempo y el espacio. “Hubo una época en que mi gente caminaba libremente por estas tierras. Teníamos un nombre, aunque ese era solo el nombre que usábamos entre nosotros, el que significa simplemente ‘la gente’. Éramos poderosos, orgullosos... y terriblemente ingenuos.” Su voz adquirió un tono más sombrío. “Cuando los humanos llegaron, invasivos como siempre, pensamos que podríamos defendernos como siempre lo habíamos hecho — con magia, con poder. Que eran solo una molestia menor. Lo que no entendimos fue que ellos tenían algo más fuerte: determinación, la urgencia que nace de una vida tan corta, la desesperación que te abruma cuando regresar a tu vida anterior no es ya posible y, sobre todo, la capacidad de aceptar pérdidas que nosotros no podíamos soportar.”

Ayala no dijo nada. Algo que todos los periodistas saben es que, si se quedan callados y no hacen preguntas, la otra persona

termina llenando el vacío incómodo con más detalles de una historia. Al parecer, eso también era válido para seres mitológicos o lo que sea que tuviera al frente.

"No es que perdimos la guerra exactamente, sabes. Podríamos haber ganado, era estratégicamente posible. Pero cada vida de los nuestros que se perdía era una tragedia irreemplazable. Cada muerte era como perder en el fuego un poema que había tardado decenas de siglos en escribirse y que no estaba terminado aún." Hizo una pausa, sus ojos momentáneamente velados por una tristeza antigua. "Así que cedimos, nos retiramos. Algunos, como mi padre, se fueron más allá del velo. Otros, los que vimos en la humanidad algo de potencial bajo toda su violencia, decidimos quedarnos. Adoptar roles más... discretos."

"Como espías," aventuró Ayala.

"Como guardianes," corrigió Midir. "La península siempre ha sido especial. Es un cruce de caminos, no solo geográfico sino místico. Ya te han hablado de las capas de historia y poder que se han acumulado aquí" llevó la mano a su mentón en un gesto de duda sumamente humano. "Digamos que hay razones por las que tantas culturas han intentado controlarla. Y razones por las que ninguna lo ha logrado completamente. Por la que las divisiones continúan hasta hoy."

El café en la taza de Ayala parecía brillar con reflejos dorados. "¿Y ahora, alguien quiere aprovechar todo ese poder?"

"La historia tiene una manera curiosa de repetirse," respondió Midir. "Aunque esta vez con menos espadas y más microchips." Miró directamente a Ayala. "Por eso te elegí. Necesitamos alguien que entienda ambos mundos para acompañar la siguiente etapa del camino. Alguien que pueda ver los patrones, pero que también sepa identificar una historia y en qué momento de la misma estamos, para adivinar qué viene después... y tomar las decisiones correctas, aunque le griten que haga otra cosa."

"¿No puedes simplemente detener tú a estos que dices que hacen mal las cosas? Con todo tu poder..."

Midir soltó una risa que sonó como truenos lejanos. "Ah, poder. Ustedes siempre me sobreestiman. Hay seres que hacen que yo parezca un niño jugando con cerillas. Mi propio padre..." Se detuvo, como si hubiera estado a punto de revelar demasiado. "Además, hice una promesa de no interferir directamente. Las promesas sí que tienen poder, especialmente para los de mi clase. Pero puedo... sugerir. Guiar. Seleccionar aliados."

"Como un periodista caído en desgracia que escribe sobre fantasmas."

"Como alguien que entiende que la verdad no siempre es simple, y que algunas decisiones tienen que tomarse de manera más creativa." Midir hizo una pausa, contemplando su café. "Sabes, cada una de las organizaciones que has conocido existe por una razón. La UCANC mantiene el orden, evita el pánico. La Universidad estudia, documenta, busca entender y contribuir. La Sociedad de San Benito preserva el equilibrio sagrado. Y la Hermandad... bueno, ellos mantienen viva la conexión con lo antiguo."

"¿Y tú las creaste?" preguntó Ayala.

Midir sonrió, esa sonrisa antigua que parecía contener siglos de secretos. "Yo solo... sugerí. A veces una palabra aquí, un encuentro casual allá. Como plantar semillas y ver luego como florecen, podando donde es necesario. Cada organización evolucionó naturalmente para cumplir una función. La humanidad tiene una manera fascinante de crear estructuras, de organizarse. Mi papel ha sido simplemente asegurarme de que esas estructuras sirvan a un propósito mayor."

"Entonces eso te hace una especie de jardinero."

"Un guardián del equilibrio. Cada organización es necesaria, cada una tiene su papel. Pero ahora más que nunca también necesitan comunicarse. Entenderse. Y ahí es donde entras tú." Midir

se inclinó hacia adelante. "El Mundo Invisible es vasto, Francisco. Lo que has visto hasta ahora es apenas la superficie. Hay fuerzas y poderes más allá de tu imaginación, verdades que harían temblar los cimientos de tu realidad. Pero la humanidad no está lista para todas esas verdades. No aún."

"¿Y mi papel es...?"

"Ser un puente. No solo entre el mundo ordinario y el Mundo Invisible, sino entre estas organizaciones. Ser quien puede entender y traducir los diferentes lenguajes — la burocracia de la UCANC, el academicismo del DEH, la tradición de la Sociedad, la intuición de la Hermandad. Ser quien duda de todo y por lo tanto se cuestiona aquellas cosas que otros dicen que no se pueden ya cambiar. Y yo sé Francisco, que esto es lo que más odias, que no soportas que otras personas tomen decisiones por ti, o te digan qué hacer. Y que es por ese motivo que te ha costado tanto seguir el camino que te sugerí en aquel bar... pero no te habría buscado si tu personalidad fuera de otra manera" Midir hizo una pausa, su expresión volviéndose más sombría. "Y quizás... también puedas ayudar a alguien que está luchando contra sus propios fantasmas."

"Sabela," dijo Ayala, notando cómo el nombre pareció hacer que las sombras en la cafetería se profundizaran.

"Sabela Alba." Midir pronunció el nombre con una mezcla de preocupación y algo más... ¿culpa? "Tiene un don extraordinario, pero también cicatrices que van más allá de lo físico. Hay personas que pueden herir de maneras que ninguna magia puede sanar completamente."

"Entonces tú sabes quién está detrás de todo esto" aseguró Ayala, recordando la foto de Sabela saliendo de *Amarauna Systems*.

Midir giró su taza lentamente, observando cómo el café formaba remolinos. "La Doctora Robles tenía una sospecha, que

yo descarté de raíz pues no podía imaginar que un humano... lo subestimé. Pero ahora creo que ella estaba en lo correcto." Su voz se volvió más grave, casi un susurro. "Hay personas que tienen un tipo diferente de poder, Francisco. No el tipo que puede llamar al fuego o mover objetos. Es más... insidioso. El tipo de poder que se arrastra dentro de tu mente, que te hace dudar de tus propios pensamientos, que convierte tus decisiones en las suyas."

"¿Como control mental?"

"Más sutil. Más personal. Y totalmente humano, sin lo que llamarías magia involucrada. Imagina a alguien que puede hacer que sus deseos parezcan tuyos, que puede convertir tus miedos en armas contra ti mismo. Alguien que conoce tus vulnerabilidades porque tú mismo se las mostraste, confiando en que era amor lo que sentías y no..." Midir se detuvo, como si las palabras mismas le dolieran. "Sabela va a necesitar ayuda, Francisco. No para luchar contra quien sea que esté manipulando los puntos de poder, sino para enfrentar a alguien que una vez conoció cada rincón de su mente. Y esa es una batalla que nadie puede pelear solo."

El aire pareció volverse más frío. En su taza, el café de Ayala se había vuelto negro y ya no brillaba. Cualquiera diría que la bebida reaccionaba al estado de ánimo de su interlocutor.

"¿Por qué me dices esto?"

"Porque a veces, lo que más necesitamos no es poder, sino alguien que crea en nuestra versión de la historia cuando todo el mundo duda. Alguien que pueda ver la realidad más allá de las apariencias." Midir lo miró fijamente. "Y tú, Francisco Ayala, tienes un don para ver la verdad detrás de las mentiras, incluso las que nos contamos a nosotros mismos. Alguien que puede traducir lo extraordinario en términos que la gente común pueda entender y aceptar. No todos pueden ver el mundo como tú puedes verlo, pero todos necesitan saber que hay más en la realidad de lo que sus ojos les muestran." Mientras hablaba, sus ojos

barrían periódicamente el local con un movimiento tan sutil que parecía involuntario, como si esperara ver a alguien más ahí. "Los humanos", dijo con una sonrisa triste, "tienen además un don natural para pasar desapercibidos frente a ciertos poderes que operan a diferentes escalas. Es una de sus cualidades más útiles. Sirvió conmigo."

Ayala miró su taza vacía, notando que no sabía en qué momento la había terminado. ¿Acaso Midir acababa de decir que la humanidad era insignificante? "¿Y el mechero?" preguntó finalmente.

"¿El mechero?" Midir sonrió, extendiendo su mano hacia el objeto que Ayala ni siquiera recordaba haber dejado sobre la mesa. "Francisco, tu necesitabas algo que te guíe y por eso te confié una de mis posesiones más preciadas. Esa no es su verdadera forma ¿sabes? Pero en todo caso, creo que es mejor que me lo quede nuevamente ahora."

Sus dedos, mucho más ágiles de lo que debían ser para la edad que aparentaba, rozaron el metal del mechero. En ese instante, una chispa—casi imperceptible pero innegablemente real—saltó entre el objeto y su piel. Midir retiró la mano con una expresión que Ayala jamás había visto en su rostro: sorpresa genuina.

"Fascinante," murmuró, sus ojos estudiando el mechero con renovado interés. "Parece que ya ha elegido."

"¿Elegido? ¿A qué te refieres?"

Midir lo observó con esa mirada que usan los abuelos para cuando el nieto pregunta por qué el cielo es azul. "Los objetos de poder no son meras herramientas, Francisco. En cierto modo, tienen voluntad propia. Y este..." —señaló el mechero sin tocarlo— "ha decidido que tu presencia le resulta más afín que la mía."

"Pero dijiste que era tuyo."

"Lo era. Como muchas cosas que he poseído a lo largo de los siglos. Pero la posesión es un concepto efímero para quienes vivimos más allá del tiempo que los humanos pueden com-

prender." Midir se reclinó, súbitamente pensativo. "Mantenlo contigo. Te protegerá cuando llegue el momento. Y no, no diré más," sonrió Midir, y ahora su expresión volvía a ser la del ser enigmático que Ayala había conocido, "ya que eso sería adelantarme a una historia que tú mismo estás por escribir. No me gustan los *spoilers*."

Se puso entonces de pie con una gracia sobrenatural. "La verdadera pregunta, Francisco, es: ¿estás listo para ser no solo un contador de historias, sino un protagonista en ellas? Ah, y en adelante te recomiendo que no aceptes bebidas o comidas tan fácilmente de entidades o personas que usan la magia. Crea un vínculo, sabes."

Antes de que Ayala pudiera responder, el aire alrededor de Midir pareció ondular. Por un momento, muy breve, Ayala creyó ver algo más allá de la forma humana que proyectaba — algo antiguo y majestuoso, con ojos que contenían galaxias y una corona de luz que ningún sol había creado.

Y entonces se había ido, dejando a Ayala solo en una cafetería perfectamente normal, con una cuenta pagada y una decisión que tomar.

El cuervo seguía en la farola cuando salió, sus ojos ahora definitivamente dorados. Ayala metió la mano en su bolsillo y tuvo un instante de angustia al pensar que el mechero ya no estaba con él, el mismo micro pánico que seguro sentía un adolescente al buscar su móvil. Pero allí estaba, frío al tacto, ofreciendo una sensación de seguridad inesperada.

'Una persona que sabe contar historias, ' murmuró para sí mismo, recordando las palabras de Midir. 'Porque el que escribe la historia es quien la define. ¿Qué versión de la historia quieres que escriba, Midir?'

Capítulo 19. El Mundo Invisible

El piso de Ayala en Lavapiés parecía más pequeño que nunca. Tal vez era porque todo el suelo estaba cubierto de papeles, notas y fotos. Era imposible caminar sin pisar o mover algo. O tal vez era simplemente porque su mundo se había vuelto demasiado grande para caber en treinta y cinco metros cuadrados.

Sacó su vieja grabadora con cinta magnética, la misma que había usado para documentar sus mejores casos en el pasado y que ahora serviría para registrar algo mucho más extraño. La puso sobre la mesa y presionó el botón de grabar.

"Notas iniciales sobre el... llamémosle Mundo Invisible," su voz sonaba cansada pero profesional. "Primera observación. La realidad es más acojonante que cualquier ficción: he pasado de ser un periodista respetado que documentaba, dentro de todo, la realidad... a escribir sobre temas paranormales inventados. Y solo para descubrir que algunos de esos temas eran, en efecto, reales. La vida tiene un sentido del humor retorcido."

En la pared de la "cocina americana" (que seguía sin tener nada de americana, mucho menos el tamaño de las raciones que podía preparar en ella), había creado una especie de línea temporal. La grabadora seguía funcionando mientras caminaba frente a ella.

"Línea de tiempo principal: comienza antes de los celtas y llega hasta la actualidad. Cada cultura ha añadido su propio estrato de poder a la península. Los visigodos construyeron iglesias sobre templos romanos, que a su vez estaban sobre santuarios celtíberos. Los árabes levantaron mezquitas en los mismos puntos. Y luego vinieron las catedrales católicas. Solo son disfraces o máscaras diferentes para la misma cosa."

Hizo una pausa en la grabación para reírse de su propia analogía. "Nota personal: es como un capítulo de Scooby—Doo, donde le quitan la máscara al fantasma para revelar que debajo está el mayordomo. Solo que debajo del mayordomo hay otro mayordomo. Y luego otro."

Se movió hacia la pared del dormitorio, ajustando el micrófono. "Organizaciones principales: Primero, la UCANC — Unidad Central de Actividades No Convencionales. Obsesionados con el orden y el encubrimiento de lo que sea que salga a la luz, por el bien de todos. Pregunta: ¿quién los supervisa realmente? ¿El Ministerio del Interior? ¿La Casa Real? Parecen operar con bastante autonomía." Hizo una pausa. "Nota personal: investigar si las teorías sobre los Hombres de Negro también son ciertas, aunque a estas alturas ya no me sorprendería."

"Segunda organización: Departamento de Estudios Herméticos de la Universidad de Salamanca. Lo hermético comienza con ellos mismos, trabajan en secreto incluso para la misma universidad. Intentan aplicar el método científico a lo sobrenatural. La Dra. Robles, que lo lidera, parece competente. Tienen equipos de última generación y que además parecen hechos a medida. Estoy seguro de que todos juegan a Calabozos y Dragones por las noches."

"Tercera: Sociedad de San Benito. De inquisidores y cazadores de brujas a detectives paranormales, con el respaldo de la iglesia. El Padre Mateo parece más zen que muchos monjes budistas que

he conocido. Nota personal: ¿Los jesuitas siempre han sabido sobre esto? Explicaría muchas cosas sobre la historia de la Iglesia."

"Y finalmente, la Hermandad del Silencio. Guardianes de tradiciones anteriores a que España fuera España. Sabela..." Su voz se quebró ligeramente al mencionar el nombre. "Sabela Alba es miembro, así como lo fue su madre y aparentemente otros de su familia. Tengo pendiente verificar su verdadero rol en todo esto y entender cuántos miembros tienen realmente. De hecho, esto último es un misterio para todas estas organizaciones, siempre parezco interactuar con las mismas personas y no tengo claro si es un tema operativo o es que en realidad son equipos pequeños."

Se detuvo un momento para tomar aire antes de continuar.

"Apartado especial: seres mágicos. Y sí, me siento ridículo incluso grabando esto, pero después de tomar café con uno, supongo que ya no puedo seguir fingiendo escepticismo." Consultó sus notas antes de continuar. "Midir — nombre provisional, aparentemente saber los verdaderos nombres de estos seres otorga algún tipo de poder — es solo uno de ellos. Parte de 'la gente', como él los llama. Estaban aquí antes que los primeros humanos, vieron llegar y partir a muchos, y ahora se mueven entre nosotros como observadores y guardianes. Esto es, asumiendo que la mayoría tiene objetivos benignos."

Ajustó el volumen de la grabadora y continuó: "Por lo que he podido entender, no perdieron una guerra contra los humanos, simplemente decidieron que el costo de ganarla era demasiado alto. Se adaptaron, se infiltraron, adoptaron roles que les permitieran mantener cierto control sin llamar la atención. Tiene sentido que una prioridad sea investigar cuántos más como Midir están moviéndose por ahí, tal vez hasta ocupando posiciones de influencia. Además de cuantas clases o facciones existen. Empiezo a preguntarme si algunas personas famosas aparentemente excéntricas son en realidad... algo más."

Hizo una pausa para tomar un sorbo de café. "Lo preocupante es que tienen sus propias agendas, sus propios objetivos. No son dioses sentados en un Olimpo místico. Son más bien como... funcionarios sobrenaturales, cada uno haciendo su trabajo para mantener un sistema que la mayoría de nosotros ni siquiera sabe que existe. Midir, por ejemplo, parece ser una especie de supervisor general, asegurándose de que todas las organizaciones trabajen más o menos en la misma dirección sin matarse entre ellas. Como un gerente de proyectos mágicos, y como tal deja que otros hagan el trabajo mientras él solo pregunta cómo van las cosas."

Se acercó al mapa sobre su escritorio. "Madrid: solo aquí tenemos identificados múltiples puntos de interés, pero estos están por toda la península y probablemente por todo el globo. Iglesias con herencias templarias o árabes, el Parque del Retiro con su Ángel Caído, al menos una estación de metro, el Templo de Debod que no podía ser más obvio, La Almudena, construida sobre... demasiadas cosas para ser casualidad. No me sorprendería que las Siete Tetas no solo tenga viviendas demolidas debajo sino al mismo espíritu del Tío Pio. Estos lugares van descargando su energía poco a poco en dosis inofensivas todo el tiempo. Y esto, más que ninguna otra pieza del puzle, es lo que realmente explica el funcionamiento del sistema."

Detuvo la grabación y sacó un cuaderno nuevo del cajón, un *Leuchtturm1917*, su marca preferida y que además servía para para darle la contraria a todos sus colegas que usaban *Moleskine*. Empezó a tomar notas rápidamente, con la agilidad de años de apuntar detalles mientras camina, al mismo tiempo que reanudaba la grabación.

"Lo que comienza a cobrar sentido ahora es cómo toda esta red de poder mágico funciona," continuó, las piezas del puzle encajando en su mente con esa claridad cristalina que experimentaba en sus mejores momentos investigativos. "Estamos hablando

de una infraestructura energética que funciona como el sistema nervioso de la península. La comparación más cercana sería una red eléctrica o quizá un sistema de acuíferos subterráneos, excepto que lo que fluye no es electricidad ni agua, sino una especie de energía que todavía no entendemos del todo."

Sus dedos dibujaron líneas imaginarias en el aire, conectando los diferentes puntos en el mapa de la pared. "Cada punto de poder es como un nodo en esta red más amplia. Y lo brillante del asunto es cómo ha sido gestionada a lo largo de los siglos. Las iglesias, catedrales y monumentos construidos en estos puntos actúan como reguladores naturales. Cuando la gente visita estos lugares, inconscientemente absorbe pequeñas dosis de esta energía, lo que experimentan como esa sensación de asombro o reverencia que sentimos en lugares históricos. Es un sistema ingenioso de descarga continua que mantiene los niveles en equilibrio."

Ayala comenzó a pasear por su pequeño apartamento, esquivando papeles, la mente acelerando mientras las conexiones se formaban.

"Hay ciclos naturales también, momentos en que esta energía fluctúa siguiendo patrones que coinciden con fechas astronómicas. No es casualidad que las grandes fiestas religiosas coincidan con solsticios o momentos de cambio estacional. La Navidad, o como lo llamó el Padre Mateo, el *Dies Natalis Solis Invicti*, es probablemente uno de esos momentos en que el 'velo', como lo llama Sabela, se vuelve más delgado. Un momento de vulnerabilidad en el sistema donde el equilibrio puede alterarse."

La grabadora continuaba funcionando mientras se sentaba encima del último grupo de papeles, dedicado a *Amarauna Systems*. "Tenemos también a una empresa tecnológica que intenta hackear, por usar una palabra, esta infraestructura mágica. Suena a titular de La Red Fantasma, pero esta vez es verdad. Su plan parece involucrar la manipulación de puntos de interés en

toda la península para entender la manera en que la red opera. ¿O tal vez para manipularla? Los datos apuntan a un momento específico: Nochebuena, que en verdad coincide también con celebraciones de otras religiones, algunas muchas más antiguas. Todos hemos concluido que ese será el momento preciso para lo que sea que estén tramando ya que las paredes entre aquí y allá se debilitarán como nunca."

"La magia no es como en las películas o los libros. No hay varitas ni hechizos en latín — bueno, tal vez algunos, pero son más complejos que simplemente agitar un palo y gritar palabras que suenan importantes. ¿Pero quién construyó esta red? ¿Y por qué parece que es más fuerte en ciertos lugares como la Península Ibérica? Aquí muchas personas saben el qué, pero no el por qué."

Ayala se detuvo, mirando por la ventana hacia Madrid. La ciudad se extendía ante él como un palimpsesto vivo, capas y capas de historia superpuestas. Ahora podía verla con ojos nuevos, reconociendo los patrones ocultos que habían estado allí siempre.

"Lo fascinante es que parece haber diferentes niveles de sensibilidad hacia esta energía. Sabela puede sentirla directamente, sin necesidad de instrumentos. El Padre Mateo tiene algún tipo de conexión, posiblemente a través de su fe, aunque no me sorprendería que los jesuitas tengan ciertos... talentos específicos. El DEH ha desarrollado tecnología para medirla y, en cierto modo, interactuar con ella. Y la UCANC, bueno, ellos simplemente intentan mantener todo bajo control, reaccionando más que comprendiendo."

Una idea le vino a la mente, tan clara como si alguien le hubiera hablado al oído, lo que estaba grabando y transcribiendo era más que un resumen. Debía ser también una guía para futuras personas que de alguna manera u otra se involucren en esto. La guía que a él nadie le había entregado.

"Nota final," dijo a la grabadora mientras escribía al mismo tiempo unos párrafos adicionales. "Ya ha pasado el tiempo para solo documentar y esconder las cosas, lo que se necesita ahora es acción. Y por alguna razón que todavía no entiendo completamente, parece que me toca a mí ser parte de esa acción. Yo, que lo único que quería era poder pagarle al banco lo que le debo sin tener que escribir sobre vírgenes que lloran..."

Apagó la grabadora y cerró el cuaderno. Madrid despertaba lentamente, ajena al mundo invisible que pulsaba bajo su superficie. En menos de dos días sería Nochebuena, y algo iba a intentar alterar el equilibrio que había mantenido la paz durante siglos. Pero una idea quedaba aun en su cabeza, por lo que volvió a encender la grabadora una última vez.

"Adenda, Sabela Alba," su voz sonaba más suave ahora, casi pensativa. "Las palabras de Midir siguen dando vueltas en mi cabeza: 'Hay personas que pueden herir de una manera peor que la magia. Alguien que conoce tus vulnerabilidades porque tú mismo se las mostraste'... algo así. Y ahora tenemos una empresa tecnológica intentando manipular puntos de poder, dirigida por alguien que claramente conoce el Mundo Invisible desde dentro. Alguien lo suficientemente persuasivo como para conseguir financiación y contactos, lo suficientemente carismático como para reclutar expertos... y lo suficientemente manipulador como para aprovecharse de una joven con poderes que no entendía completamente."

Ayala recordó entonces la decisión que había tomado incluso ya en el Archivo de la UCANC. El Cementerio de la Almudena. Por supuesto. El cementerio más grande de Madrid y, luego de una búsqueda rápida de internet, también uno de los mayores de Europa con más de cinco millones de cuerpos descansando. Había sido construido sobre tierra que ya era sagrada mucho antes de que Madrid existiera. Tenía más sentido que ese otro

castillo desconocido y no podía creer que los otros no lo habían notado.

"Los cementerios siempre han sido puntos donde el velo entre mundos es más delgado, y este... este debe ser prácticamente un portal. Con todo Madrid celebrando la Nochebuena, ¿quién va a notar actividad extraña en un cementerio? Es el lugar perfecto — todo el poder que necesitas y cero testigos."

El silencio de su apartamento parecía amplificar el suave zumbido de la grabadora. Ayala se detuvo, contemplando el mechero sobre la mesa como si esperara que le ofreciera respuestas. En otra vida, aquella donde su mayor preocupación eran los plazos de entrega y las fuentes anónimas, habría llamado a este presentimiento una "corazonada periodística". Ahora, con el peso de lo invisible presionando contra los bordes de su realidad, sospechaba que era algo más. Una conexión que iba más allá de la intuición. "Hay algo más sobre Robles," añadió finalmente, más para sí mismo que para cualquier oyente futuro. "La carta que mencionó. La manera en que hablaba, como si supiera que..." Su voz se quebró ligeramente. "Como si supiera que yo tal vez no estaría ahí para ver cómo termina esto." Se pasó una mano por el rostro, intentando despejarse. "Si esto sale mal, si no regreso..." Una risa seca escapó de sus labios. "Siempre quise que mi última historia fuera importante. Supongo que salvar el equilibrio mágico de la península cuenta como titular de primera plana, aunque nadie pueda leerlo jamás."

La grabadora seguía girando en silencio sobre la madera rayada de su mesa, testigo mecánico de su testimonio. "Si alguien está escuchando esto," continuó, su voz descendiendo a un tono más íntimo, el que reservaba para las confesiones que nunca imprimía, "probablemente significa que mi corazonada sobre el Cementerio de la Almudena fue correcta... y que yo estuve equivocado al pensar que podía manejarlo solo." Hizo una pausa, consciente

del peso de lo que iba a decir. "Elena, si de alguna manera esto llega a ti... lo siento por dudar." Sus dedos tamborilearon brevemente sobre la mesa, ese gesto nervioso que lo había acompañado en cada investigación importante de su vida. "Y a quien encuentre esta grabación: el mechero no es solo un detector. Es algo más. Algo que está... eligiendo su camino."

La grabadora emitió un chasquido cuando Ayala finalmente la apagó. Le sorprendió el temblor en sus manos mientras la guardaba. No era miedo, o al menos no solo eso. Era esa electricidad familiar que siempre precedía a sus mejores investigaciones, solo que amplificada ahora hasta vibrar en cada célula de su cuerpo. Así debía sentirse un marino del siglo XV mirando el horizonte abierto, sabiendo que los mapas terminaban justo donde comenzaba su verdadero viaje.

Acomodó la grabadora en el centro la mesa con una solemnidad que habría considerado melodramática semanas atrás, imaginando en su cabeza el mejor lugar para que quien entrara a su piso buscando pistas la note. La vio por un instante como lo que realmente era: una pequeña caja negra llena de palabras que podrían ser sus últimas, una botella lanzada al mar de lo desconocido. En pocas horas Molina y los demás vigilarían sus propios puntos estratégicos, siguiendo planes cuidadosamente elaborados. Pero Ayala sabía, con esa certeza que solo se obtiene tras años de seguir corazonadas, que la verdadera historia — y Sabela — estarían en la Almudena.

Se asomó a su pequeño balcón, ese metro cuadrado de libertad entre los edificios apretados que era solo suyo. Abajo, Madrid seguía siendo Madrid, obstinadamente normal. Donde la vida de millones de personas transcurría independientemente de sociedades secretas y rituales antiguos, la que seguiría su curso sin importar qué ocurriera en ese otro mundo que acababa de descubrir.

Lo fascinante, pensó Ayala mientras observaba la ciudad desde su ventana, era que la magia y la tecnología no eran tan diferen-

tes como parecían. Los antiguos druidas habían usado piedras sagradas para canalizar energía; ahora *Amarauna Systems* usaba servidores y sensores. Los templarios habían construido iglesias siguiendo patrones sagrados; hoy las empresas tecnológicas levantaban data centers en puntos estratégicos. Los grimorios medievales eran sustituidos por algoritmos, y los círculos de poder por redes neurales.

La verdadera pregunta no era si la magia existía, sino si alguna vez habíamos dejado de usarla — solo que ahora la llamábamos innovación y la vendíamos en la bolsa de valores. Quizás por eso Madrid era el escenario perfecto para todo esto.

'Al final,' pensó mientras se preparaba para lo que vendría, 'resulta que sí voy a pasar la Nochebuena acompañado. Mi madre estaría orgullosa.'

Capítulo 20. Nochebuena

La nieve no había llegado aún a Madrid esa Nochebuena, pero el frío se colaba entre los huesos como si la misma muerte estuviera soplando el viento esa noche. El plan, si es que se le podía llamar plan a lo que Ayala estaba improvisando, era simple: entrar, observar, documentar. Nada de heroísmos, nada de confrontaciones. Era un periodista, después de todo, no un policía. En su bolsillo, el peso del mechero colaboraba con su sentido de estar haciendo lo correcto.

La ciudad se había vestido de fiesta. Las calles brillaban con luces navideñas, el aire olía a comidas de todo tipo y culturas, y las familias se apresuraban hacia sus cenas. Pero Ayala caminaba en dirección opuesta a la celebración, hacia un lugar donde la única iluminación vendría de la luna menguante y las ocasionales velas dejadas por deudos que, incluso en estas fechas, no olvidaban a sus muertos.

Y que además tenía las puertas cerradas.

Las verjas de hierro forjado, impasibles ante su presencia, le recordaron que algunos periodistas más sensatos habrían considerado este pequeño detalle antes de lanzarse a una misión heroica en Nochebuena.

"Debí haberle preguntado a Molina por una llave maestra de la ciudad o algo," murmuró mientras evaluaba el muro lateral, donde algunos árboles cercanos ofrecían una posible ruta de entrada. El muro sur parecía la opción más viable. Los árboles crecían lo suficientemente cerca como para ofrecer una ruta de escalada, aunque dudaba que sus habilidades atléticas estuvieran a la altura del desafío.

La realidad de lo que estaba a punto de hacer cayó sobre Ayala como un manto de plomo helado. Un periodista de investigación, incluso en sus mejores épocas, persiguiendo conspiraciones gubernamentales o destapando fraudes corporativos era una cosa. Un hombre solo, armado únicamente con un mechero mágico que apenas comprendía, adentrándose en la oscuridad para enfrentarse a cosas que hasta hace semanas consideraba invenciones mitológicas, era otra completamente distinta. No tenía un plan real, solo la obstinación que siempre lo había metido en problemas y que esta vez podría llevarlo al último de todos ellos. El frío nudo que se formó en su estómago no era el familiar nerviosismo previo a romper una gran historia —era el reconocimiento de que la frontera que estaba a punto de cruzar podría ser de un solo sentido.

Se detuvo un momento a medio camino entre su vida anterior y lo que fuera que le esperaba, súbitamente consciente de que ya no estaba jugando el mismo juego de antes. Cuando había enfrentado a los poderosos en su antigua vida, lo máximo que había perdido era su reputación, su trabajo, su credibilidad. Las amenazas habían sido demandas, no maldiciones. Las consecuencias titulares de periódico, no sangre sobre el suelo. Ahora, en el borde de este nuevo mundo donde las reglas fundamentales de la realidad parecían ser apenas sugerencias, lo que ponía en juego era su propia existencia. ¿Y valía la pena? La pregunta reverberó en su mente como un eco en una catedral vacía. Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios al darse cuenta de que la respuesta era la

misma que siempre había dado cuando una historia importante aparecía en su radar: por supuesto que sí.

Quince minutos, tres intentos fallidos, un tobillo torcido y más sudor del que había producido en todo el año después, Ayala finalmente logró arrastrarse sobre el muro. Su aterrizaje del otro lado tuvo toda la gracia de una fregona cayendo de una terraza al piso. 'Si esto fuera una película de espías,' pensó mientras se levantaba cojeando y sacudiéndose el polvo de su única chaqueta decente, 'ahora mismo estaría haciendo un aterrizaje superheroico con una rodilla en tierra. En vez de eso, parezco mi tío Paco después de las uvas de Nochevieja.'

El Cementerio de la Almudena se alzaba contra el cielo nocturno como una ciudad en miniatura, sus mausoleos y monumentos proyectando sombras que parecían cobrar vida bajo la tenue luz lunar. El silencio aquí era diferente al de otras partes de Madrid — más denso, más antiguo, como si el peso de millones de historias inconclusas presionara contra los tímpanos. Las lápidas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, un recordatorio macabro de que bajo los pies de Ayala descansaban más almas que habitantes tenía la ciudad de los vivos.

El frío empezaba a filtrarse entre las lápidas como un ladrón que le robaba el calor para ecualizar su estado con el de los habitantes permanentes del lugar. Los mausoleos proyectaban sombras que parecían moverse, como si la piedra misma quisiera representar de alguna manera a quienes guardaba. De vez en cuando, una ráfaga de viento agitaba las pocas hojas que quedaban en los árboles, creando susurros que sonaban sospechosamente como conversaciones interrumpidas.

Un cuervo graznó en la distancia, el sonido amplificado de manera antinatural en el laberinto de tumbas y mausoleos. Ayala se agachó instintivamente detrás de un mausoleo, su corazón latiendo con fuerza. El ave estaba posada en una cruz cercana, sus

ojos brillando con una inteligencia que ningún pájaro normal debería tener. 'Los cuervos siempre han sido buenos mensajeros,' recordó las palabras de Midir. 'La pregunta es: ¿qué mensaje está tratando de entregarme ahora?'

Una niebla tenue comenzaba a formarse entre las tumbas, serpenteando como dedos fantasmales entre los cipreses centenarios. El frío de diciembre se intensificaba mucho más aquí, como si el propio suelo del cementerio exhalara un aliento helado. Los pasos de Ayala resonaban con un eco peculiar sobre el pavimento antiguo, cada crujido de hojas secas bajo sus pies sonando como una pequeña explosión en el silencio, esta vez literalmente, sepulcral.

Se detuvo frente a una tumba particular que le llamó la atención al verla por el rabillo del ojo. La lápida, cubierta parcialmente de musgo y enredaderas, revelaba un nombre que hizo que su mente periodística se activara instantáneamente: Maravillas Leal González.

El nombre despertó recuerdos de una de sus primeras investigaciones para La Red Fantasma. La historia de Maravillas Leal era una de esas leyendas urbanas madrileñas que todos conocían, pero nadie podía verificar completamente. Una joven del siglo XIX que supuestamente podía comunicarse con los muertos, que había predicho con exactitud la fecha y hora de su propia muerte, y cuyo funeral había estado marcado por fenómenos inexplicables — luces flotantes, voces sin origen, y la aparición de flores frescas sobre su tumba durante décadas después de su muerte.

Ayala recordaba haber pasado semanas investigando el caso, escéptico como siempre. Había encontrado registros que confirmaban la existencia de Maravillas y su muerte prematura a los veintitrés años. También había descubierto reportes policiales de la época sobre "alteraciones del orden público" durante su funeral, aunque las descripciones de los incidentes eran curiosa-

mente vagas. Lo más intrigante había sido un diario personal que mencionaba cómo, en las semanas previas a su muerte, Maravillas había hablado de "grietas en el velo", "criaturas antiguas" y "puertas que no deberían abrirse".

En aquel momento, Ayala había archivado la historia como otra leyenda urbana más, probablemente exagerada por el paso del tiempo y el amor de Madrid por sus propios misterios. Pero ahora, parado frente a su tumba, todo adquiría un nuevo significado. ¿Había sido Maravillas otra persona sensible al Mundo Invisible? ¿Había muerto intentando prevenir algo similar a lo que estaba sucediendo ahora?

Un murmullo de voces interrumpió sus reflexiones. A través de la niebla, que se había espesado considerablemente, distinguió un grupo de figuras cerca de uno de los mausoleos más antiguos. Personas con túnicas negras que formaban un círculo perfecto alrededor de lo que parecía ser una tumba particularmente elaborada. Sus capuchas ocultaban sus rostros, y sus ropas ondulaban en una brisa que Ayala no podía sentir.

"¿Es en serio?" murmuró para sí mismo, moviéndose sigilosamente entre las lápidas. "¿Túnicas negras para un ritual en un cementerio? ¿El presupuesto no daba para algo más original?"

Ayala se movía entre las lápidas, consciente de que cada paso lo alejaba más de la Madrid segura que ya conocía y lo acercaba más a un mundo bizarro. Los nombres en las tumbas contaban historias truncadas — fechas, epitafios, promesas de amor eterno grabadas en piedra. Algunas lápidas eran tan antiguas que las letras se habían borrado, como si el tiempo hubiera decidido que algunas personas no merecían ser recordadas.

En la distancia, las figuras encapuchadas comenzaban a tomar una nueva posición. Sus movimientos tenían una precisión inquietante, como si hubieran ensayado esta ceremonia cientos de veces. El círculo que formaban alrededor del mausoleo central

parecía perfecto, demasiado perfecto para ser obra de simples frikis encapuchados midiendo pasos en la oscuridad.

Acercándose sigilosamente lo más que pudo sin exponerse, Ayala observó desde las sombras. Los cultistas cantaban en un idioma extraño, sus voces entrelazándose en un cántico que no sonaba nada mal, dadas las condiciones del concierto improvisado.

Tres figuras independientes destacaban a un lado del grupo de encapuchados, fuera del círculo que estos formaban. La primera, un hombre alto y delgado como un junco, con una palidez extrema que hacía que su piel pareciera translúcida bajo la luz de la luna. Sus ojos, cuando los volvió brevemente en dirección a Ayala, brillaban con un fulgor rojizo que no tenía nada de humano. La segunda figura era más baja, pero irradiaba autoridad — un hombre de tez morena y rasgos aristocráticos, quien dirigía aquello que sonaba como un cántico, en un idioma que Ayala no reconocía. Sus movimientos también eran precisos, como si siguiera instrucciones grabadas en su memoria muscular, no muy disímiles a la Guardia Real durante el cambio de guardia.

Pero fue la tercera figura la que hizo que su corazón diera un vuelco. Sabela estaba allí, de pie junto al hombre pálido, pero algo en su postura estaba mal. Sus ojos, normalmente tan vivos y alertas, tenían ahora una cualidad vidriosa, como si estuviera mirando algo más allá de este mundo. Sus movimientos, cuando los hacía, parecían mecánicos, como los de una marioneta. La mayor parte del tiempo permanecía inmóvil junto al hombre pálido, mientras sus labios se movían silenciosamente, como si estuviera manteniendo una conversación con alguien — o algo — que solo ella podía ver.

Este hombre mantenía una mano sobre el hombro de Sabela. El gesto parecía casi paternal, pero había algo depredador en la forma en que sus dedos apretaban con fuerza. Sabela mantenía la

mirada baja, sumisa, pero Ayala notó cómo sus dedos se movían en patrones como si fuera un lenguaje de señas.

El instinto periodístico de Ayala le gritaba que se mantuviera oculto, que observara y tomara notas para después. Pero había algo en la expresión vacía de Sabela que lo llenó de una furia que sobrepasó cualquier precaución. Sin pensarlo dos veces, salió de su escondite.

"¡Eh!" gritó, avanzando hacia el círculo con la misma temeraria confianza que lo había metido en problemas durante toda su vida. "¿No es un poco cliché todo esto? ¿Túnicas negras? ¿Rituales en un cementerio? ¿Nadie vio que eso ya pasó de moda en los noventa?"

Lo que ocurrió después sucedió con una velocidad que desafiaba la física. El hombre pálido se movió como envuelto en una sombra, cubriendo una distancia imposible en menos de un parpadeo. Sus manos, frías como el mármol de las tumbas, se cerraron alrededor del cuello de Ayala con una fuerza sobrehumana, empujándolo al mismo tiempo sin mayor esfuerzo. El impacto contra el mausoleo más cercano expulsó todo el aire de sus pulmones. A través de su visión que comenzaba a oscurecerse, vio colmillos blancos como agujas en una sonrisa depredadora. El rostro de la criatura se acercó al suyo, y en sus ojos Ayala vio siglos de hambre y muerte.

"Los mortales," susurró con una voz que sonaba como el roce de huesos en una cripta, "siempre tan frágiles, tan... deliciosamente imprudentes." Su agarre, aunque inmisericorde, parecía contenido, como si algo le impidiera ejercer toda su fuerza. "Y sin embargo... hay algo en ti que... ¿cómo sigues respirando?"

A través de su visión borrosa, Ayala distinguió más personas emergiendo rápidamente de escondites entre las tumbas, como sombras cobrando vida. Sus movimientos eran precisos, estudiados. ¿Estaban acercándose a los cultistas? Ayala solo intentaba respirar.

Los pulmones de Ayala ardían, necesitaba aire desesperadamente. Mientras luchaba por respirar, su mano se deslizó instintivamente hacia su bolsillo, buscando algo, cualquier cosa. Sus dedos encontraron el mechero, pero algo estaba cambiando. El metal, antes sólido y frío, ahora parecía fundirse, volverse líquido sin perder su forma, como mercurio vivo pulsando al ritmo de su corazón desbocado.

Lo sacó del bolsillo con dedos temblorosos. Lo que emergió no era ya un mechero, sino una masa amorfa de metal plateado que se adhería a su piel como si tuviera voluntad propia, extendiéndose por su palma en patrones que recordaban vagamente a escamas antiguas.

El líder del grupo comenzó a hablar mientras caminaba, a un ritmo pausado, hacia ellos. Su voz un barítono hipnótico que parecía resonar directamente dentro del cráneo de Ayala. "Ah, el periodista curioso. Debí imaginar que aparecerías. Siempre predecible, noble en tu estupidez y lament..." pero su discurso se cortó en un aullido de dolor cuando una descarga de energía azulada lo golpeó por la espalda.

Sabela estaba de pie, su mano extendida y chispas de un azul eléctrico bailando entre sus dedos. Sus ojos, ahora completamente lúcidos, brillaban con furia. Ya no quedaba nada de la figura vulnerable y perdida que había interpretado — ahora irradiaba poder y determinación. "¡Carallo! ¿Tenías que interrumpir Francisco?" le gritó a un Ayala que estaba más concentrado en tratar de respirar que en entender qué estaba pasando.

El caos se desató entonces. Los recién llegados, sus movimientos coordinados con la precisión de años de entrenamiento, arremetieron contra los encapuchados. La mayoría de los cultistas fueron sometidos con una eficiencia brutal, aunque algunos pocos lograron desaparecer en la niebla que seguía espesándose.

En un acto de pura desesperación, Ayala alzó la mano y tocó el rostro de su atacante. El efecto fue inmediato: un grito de dolor escapó de entre los colmillos de su captor. El vampiro — porque eso tenía que ser, Ayala había visto muchas películas — retrocedió con un siseo inhumano. Al mismo tiempo una voz serena cortó el aire como un cuchillo.

"¡Vade retro, creatura noctis!"

El Padre Mateo avanzaba entre las tumbas con la calma de quien pasea por un jardín, sosteniendo un medallón que parecía brillar con luz propia. El vampiro retrocedió aún más, su mirada dividida entre el sacerdote y Ayala, o más precisamente, entre el medallón y el metal líquido que aún pulsaba en la mano del periodista. Por un momento, su forma pareció disolverse, y donde había estado el monstruo ahora solo había un grupo de ratas que se dispersó entre las lápidas.

Ayala se desplomó, tosiendo y jadeando. Molina estaba allí de repente, examinando al líder caído mientras otros agentes aseguraban el área. Sabela observaba todo con una expresión indescifrable, aunque Ayala notó que evitaba mirarlo directamente.

"Pero... ¿qué demonios acaba de pasar?" logró preguntar cuando finalmente recuperó el aliento.

Sabela le dirigió una mirada que mezclaba exasperación y algo que podría haber sido preocupación. "Pasó que tu complejo de héroe ha arruinado días de hacerme pasar como víctima frente a este imbécil. Y pasó que ahora no pude ver el final del ritual y entender qué estaba buscando exactamente. Aunque..." Una pequeña sonrisa curvó sus labios. "la verdad es que se sintió muy bien descargar contra él, vaya que estuve esperando este momento."

"Señor Ayala," intervino Molina, su voz un gruñido de apenas contenida frustración mientras verificaba que afortunadamente tenía un prisionero en el suelo al que podría interrogar luego y

que el líder electrocutado no había muerto, "¿alguna vez considera seguir instrucciones en lugar de lanzarse de cabeza al peligro?"

"Un momento," Ayala se frotó el cuello, donde podía sentir que se formaban moretones. "¿Me están diciendo que sabían que esto iba a pasar? ¿Y me dejaron casi morir estrangulado por... Nosferatu en esteroides?"

"Le seguimos desde que salió de su casa," confirmó Molina. "Sabíamos que nos llevaría al epicentro de todo, quisiera o no. Tiene un talento particular para meterse exactamente donde necesitamos estar."

"¿Y no podían, no lo sé, actuar antes de que casi me maten?"

"Tuvimos que limpiar primero la zona de civiles, incluidos algunos los frikis de La Red Fantasma," respondió Molina con un suspiro. "Nos llevó un tiempo asegurarnos de que ningún caza fantasmas amateur con un móvil estropeara la operación."

Ayala miró las caras a su alrededor — la irritación profesional de Molina, la serenidad enigmática del Padre Mateo, la intensidad en los ojos de Sabela. A lo lejos, las campanas de alguna iglesia comenzaron a sonar, recordándole que era Nochebuena.

"¿Todo estaba planeado por ustedes entonces?" preguntó Ayala, su voz ronca por el casi estrangulamiento.

"No todo," respondió Molina, mientras se acercaba. "Los mejores planes dejan siempre espacio a la improvisación. Pero necesitábamos que sus reacciones fueran genuinas. Él..." — miró hacia atrás donde agentes se llevaban al líder del grupo arrastrándolo — "él puede oler el engaño. Habla muy bien de la señorita Alba que haya sido capaz de volver a ganar su confianza."

Sabela había interpretado su papel a la perfección — la vulnerabilidad en su postura, el miedo en sus ojos, todo había sido una máscara tan bien construida que incluso Ayala, con años de experiencia detectando mentiras, había creído. Cuando la energía

azul brotó de sus manos, su transformación fue más que física. Fue como si finalmente pudiera mostrar quién era realmente.

La mirada que intercambió con Ayala contenía más que una disculpa, era el reconocimiento entre dos personas que habían aprendido a vivir con máscaras, que entendían el peso de los secretos. Su poder no se manifestaba solo en la energía que controlaba, sino en la capacidad de mantenerla oculta durante tanto tiempo.

"¿Por qué tú, Sabela?" preguntó Ayala en una voz más alterada de lo que había planeado. "De todas las personas que podrían haberse infiltrado..."

Sabela sonrió, pero no con la sonrisa natural que ya había empezado a reconocer. "Porque yo ya conozco el precio de confiar en él. Porque sabía exactamente qué buscar, qué señales notar." Se tocó nuevamente esa cicatriz en la muñeca que trataba de esconder siempre. "Algunas heridas nunca sanan completamente, Francisco. Pero a veces podemos usarlas como escudo para proteger a otros."

"Entonces," dijo finalmente, sentándose apoyado contra la pared del mausoleo que casi lo había matado y sintiéndose repentinamente muy cansado "¿hemos salvado la Navidad, como en una película de Disney?"

"Eso me suena a multitud" pudo oír la voz de Sabela desde algún lugar fuera de su visión "Era yo quien tenía todo bajo control. No iba a dejar que pase nada, solo que ahora no sabremos que más planeaban."

"Si bien la señorita Alba no se equivoca, pues dudo también que este... ritual... sea lo único que se traían entre manos tras tantos años de trabajo, yo también era partidario de no esperar a que termine" sonó luego la voz del Padre Mateo. "Además ahora nuestro amigo de la UCANC tiene muchos días de diversión asegurada interrogando a esta gente."

Mientras Molina supervisaba la detención los cultistas, Ayala observaba fascinado cómo el metal en su mano comenzaba a condensarse, a tomar forma nuevamente. Ya no fluía como mercurio vivo, sino que se solidificaba en patrones intrincados, engranajes diminutos emergiendo de la superficie metálica. En cuestión de segundos, lo que había sido un mechero, luego una masa amorfa, ahora descansaba en su palma como un reloj de bolsillo antiguo.

La pieza era exquisita, con detalles que artesanos humanos habrían requerido décadas de talento para lograr. La caja, de un metal que no podía identificar, estaba grabada con el mismo triskele, pero ahora el símbolo parecía tener profundidad, como si uno pudiera perderse en sus espirales infinitas. Al abrirlo, las manecillas no marcaban horas convencionales, sino que se movían en patrones que parecían responder a algo más fundamental que el simple paso del tiempo.

"Extraordinario," murmuró el Padre Mateo, acercándose para observar el objeto. "He oído historias, por supuesto. Objetos que se transforman para reflejar la naturaleza de su portador. Pero nunca había presenciado tal fenómeno."

"¿Qué significa esto?" preguntó Ayala, aún sorprendido por la metamorfosis.

"Significa, Francisco," respondió el sacerdote con una leve sonrisa, "que algunas decisiones están más allá incluso de seres como Midir. El objeto ha reconocido algo en ti, algo que resonó con su propia naturaleza hasta el punto de transformarse."

Ayala cerró cuidadosamente la tapa del reloj, sintiendo su peso reconfortante en la mano. No era ya una herramienta ajena, un préstamo de un ser antiguo, sino algo que de alguna manera formaba parte de él. Y por primera vez desde que había comenzado esta extraña aventura, sintió que no estaba simplemente siguiendo pistas dejadas por otros. Estaba trazando su propio camino.

En algún lugar de Madrid, las familias se sentaban a cenar, ajenas al intercambio que acababa de librarse en el cementerio. La niebla comenzaba a disiparse, y con ella, parte del peso sobrenatural que había cubierto el lugar. Pero Ayala sabía que nada volvería a ser igual. Había cruzado un umbral del que no había retorno, y el Mundo Invisible ahora era tan real para él como el asfalto bajo sus pies.

"¿Alguien más tiene hambre?" preguntó, sobándose el cuello. "Conozco un bar que suele abrir incluso en estos festivos, el refugio de los que no tienen mejor plan. Y sirven un cocido que podría revivir a los muertos." Hizo una pausa. "Perdón, mal chiste considerando el lugar."

Capítulo 21. El Elegido

“Entonces me usaron básicamente como una carnada sin decírmelo. Y nadie pensó que era buena idea comentarme que podrían existir criaturas legendarias agresivas. Además, Sabela, tú tenías una agenda propia todo este tiempo. En verdad, todos aquí mienten de manera regular. “ Ayala sentía que debía estar mucho más contrariado y molesto de lo que realmente estaba, tal vez porque el haber escapado con vida al encuentro anterior hacía que, en perspectiva, no se sienta tan mal. Intentó transmitir enojo en su voz de todas formas.

“Francisco,” dijo el Padre Mateo, “tenemos aquí a una agencia del gobierno que se especializa en esconder cosas, a una organización oculta dentro de la iglesia y a un grupo de usuarios de magia que se llaman a sí mismos Hermandad del Silencio... ¿y te sorprende que existan secretos?”

Tenía que admitir que era un buen punto. “Padre, el sarcasmo es mi huella personal, no me quite incluso eso ahora que no me queda dignidad.”

“En lo sucesivo, Francisco, trata de mantenerte a una distancia prudencial de los muertos vivientes.”

No habían ido al restaurante, por ser un lugar público. Estaban ahora en casa de Sabela nuevamente ya que esas protecciones de las que había hablado aparentemente eran muy efectivas. Aunque Ayala no estaba seguro de contra quién se estaban protegiendo, ya que el pobre tío al que Sabela había electrocutado por la espalda estaba bajo custodia de la UCANC en lo que Molina había llamado "un espacio adecuado."

"¿Soy el único al que le duele la cabeza?" preguntó Ayala, masajeándose las sienes. El sofá de Sabela era demasiado cómodo, el tipo de mueble que te hace preguntarte si realmente necesitas volver a levantarte alguna vez. "No sé si es por el casi estrangulamiento o por darme cuenta de que he sido el peón en un juego de ajedrez sobrenatural."

"Al menos conseguimos a Adriel," dijo Molina, su tono profesional contrastando con la forma en que se aflojaba la corbata. "Hace unos minutos me confirmaron que ya entró a nuestra celda más especial. La ha estrenado."

"¿Adriel?" Ayala recordó al líder del ritual, ahora bajo custodia, y algo en el fondo de su cerebro le decía que ya había oído ese nombre antes. "¿El señor 'voy a hacer un ritual oscuro en Nochebuena vestido como si fuera extra de una película de terror de bajo presupuesto'? ¿Lo conocían de primer nombre y todo?"

"Si te sirve de consuelo," dijo Sabela mientras servía té en tazas las que las abuelas siempre tienen para adornar, pero nunca para ser usadas, "yo llevo siguiéndolo meses, a mi pesar, y tampoco me contaron todas las reglas del juego." Hizo una pausa, como considerando cuánto revelar. "La Hermandad me asignó infiltrarme cerca de él. Necesitábamos entender qué ritual estaba intentando completar. Y sabían que yo era la única que iba a poder acercarme, aunque eso me cueste..." La frase quedó en el aire.

"¿Y no podías simplemente preguntarle?" Ayala intentó que su voz no sonara tan amarga como se sentía. "Digo, si entiendo bien, ustedes ya tenían... confianza.'"

“Francisco...” El Padre Mateo intervino con ese tono que usaba cuando alguien estaba siendo particularmente denso. “Adriel no es alguien que comparta cosas fácilmente, él es más de tomar que recibir. Y las personas no cuentan sus planes en voz alta, no es como en las películas.”

“Es un narcisista manipulador,” continuó Sabela, sus ojos perdidos en algún punto distante. “El tipo de persona que te hace creer que eres especial. Pero acercarme nuevamente a él valía la pena. Si no hubiera intervenido todo el mundo esta noche, habría podido ver la fase final de su ritual. Entender realmente qué estaba intentando hacer. Y para quién.”

Molina, que había estado revisando su teléfono en un rincón, soltó un bufido. “Nuevamente con eso. ¿Y arriesgarnos a que completara lo que sea que estaba planeando? No todos tenemos el lujo de la curiosidad académica, señorita Alba. Además, estoy seguro de que algo debe haber deducido con lo que pudo ver.”

“El problema,” intervino el Padre Mateo, “es que nuestro hombre en custodia claramente no actuaba solo. Los vampiros no sirven a mortales por voluntad propia. Alguien más está moviendo los hilos.”

“Estaba,” corrigió Molina, su voz tensa mientras leía un mensaje que acababa de llegar a su móvil. “Mierda.” Se levantó abruptamente, dirigiéndose a la salida y sin importarle que en su apuro tiraba algunos adornos de una mesita al suelo. “¡Mierda!”

“¿Qué ha pasado?” preguntó Ayala a la espalda en retirada del oficial, aunque por su urgencia, ya sabía que no serían buenas noticias.

“¡Está muerto! Sin marcas, sin heridas, sin...” Su voz se perdió junto al golpe de la puerta de salida al cerrarse.

Sabela se puso pálida. “Como Elena,” murmuró.

“¿Elena?” Ayala miró alrededor, ahora más confundido que hace unos segundos. “¿Qué Elena?”

"La Doctora Robles," respondió finalmente el Padre Mateo. "Desapareció hace unos días. La encontraron ayer en una habitación de hotel."

La noticia golpeó a Ayala como una de esas olas traicioneras que parecen inofensivas hasta que te arrastran mar adentro. No fue un impacto súbito, sino una fuerza que primero le robó el equilibrio y después lo hundió en un abismo de realización gradual. El rostro del sacerdote al transmitir la información apenas había cambiado, solo un pliegue adicional entre las cejas, una tensión momentánea en la mandíbula. Pero esas minúsculas señales, que años de entrevistar a portavoces durante crisis le habían enseñado a leer, fueron suficientes.

"¿Cómo?" La pregunta escapó de sus labios como una criatura herida.

"Sin marcas, sin violencia aparente." La voz del jesuita sonaba distante, profesional. "Como si simplemente hubiera decidido dejar de existir."

Pero nadie decide algo así. Y menos Elena Robles, esa mujer que había enfrentado lo inexplicable con la devoción meticulosa de quien categoriza timbres de todo el globo. Elena, cuyos ojos se habían iluminado mientras le hablaba de patrones energéticos y correlaciones imposibles. Elena, que lo había mirado como si viera algo valioso en él cuando ni siquiera él mismo recordaba cómo verse así.

Ayala se disculpó, murmuró algo sobre necesitar aire. Sus pies lo llevaron automáticamente hacia la ventana más cercana, donde Madrid se extendía ante él, imperturbable e indiferente. El mismo cielo, los mismos edificios, el mismo tráfico insoportable de siempre. ¿Cómo podía el mundo seguir girando igual cuando alguien había abandonado su órbita?

Un recuerdo acudió a él, punzante como un fragmento de cristal: la última conversación en el laboratorio en Salamanca. Su

voz, extrañamente suave cuando mencionó la carta en su escritorio. "Solo una precaución," había dicho ella. ¿Cuánto había sabido? ¿Qué había visto aproximarse en esos gráficos y mediciones que solo ella comprendía plenamente?

"Lo supo," murmuró, su aliento empañando brevemente el cristal de la ventana. "Supo que iba a morir, y aun así dejó que todo fluya." El reflejo en el cristal le devolvió la mirada de un hombre cuyo rostro parecía haberse desplazado ligeramente, como una máscara mal ajustada. Sus ojos estaban secos, lo que de alguna manera resultaba peor que el llanto.

Mientras el resto continuaba discutiendo ideas y teorías tras él, Ayala permaneció inmóvil, su mente desgranando cada interacción con Elena, reinterpretándola bajo esta nueva luz macabra. Cada palabra, cada gesto adquiría ahora un peso póstumo, transformándose en fragmentos de un mensaje que llegaba demasiado tarde.

"Hay algo más, que estábamos esperando para comentar" añadió el Padre Mateo acercándose a él, su voz suave pero firme. "Elena dejó una carta, instrucciones específicas en caso de que algo le sucediera. Instrucciones sobre su sucesor en el Departamento."

"No," dijo Ayala, entendiendo de repente hacia dónde iba esto. "No, no, no. Absolutamente no."

"Te eligió a ti, Francisco," confirmó Sabela. "Hace semanas. Como si supiera que algo iba a pasar."

Ayala se levantó, necesitando moverse, hacer algo. "Esto es ridículo. Soy periodista, no... lo que sea que ustedes son. Cazadores de vampiros profesionales. Gestores de lo sobrenatural. Yo escribo sobre esto, no..."

"¿No qué?" interrumpió Sabela. "¿No te enfrentas a cultistas en cementerios? ¿No persigues conspiraciones místicas? ¿No quieres realmente conocer todo lo que el Mundo Invisible implica?" Su mirada era más de sarcasmo que de fastidio. "Ya

estás en esto hasta el cuello, Francisco, al igual que nosotros. Al menos ahora tendrás un salario decente por ello."

"¿Es que nadie ve lo absurdo de esto?" Ayala se pasó las manos por el pelo, un gesto que Sabela ya había aprendido a reconocer como señal de su frustración creciente. "Hace tres meses escribía sobre duendes. Hace un mes pensaba que la mayor conspiración en Madrid era el precio de los alquileres. ¿Y ahora quieren que dirija un departamento que estudia... qué exactamente? ¿La intersección entre la ciencia y lo sobrenatural?" Soltó una risa que sonaba al borde de la histeria. "¿Qué sigue? ¿Un máster en gestión de crisis paranormales? ¿Un doctorado en exorcismos?"

La posibilidad de rechazar flotaba ante él como una puerta entreabierta hacia una vida más simple. Bastaba con decir no, con argumentar su falta de preparación académica, su inexperiencia en lo sobrenatural, su historial de escepticismo. Nadie lo culparía por elegir permanecer al margen. Pero pensó en Elena Robles. ¿Qué había visto en él?

"¿Cuánto hace que lo sabían? ¿El que Elena me quería en su equipo?"

"Desde el principio," admitió el sacerdote, su voz más suave de lo habitual. "Por eso te vigilaba Molina. Por eso permitimos que te metieras en situaciones que normalmente habríamos... contenido."

"Yo hace mucho tiempo pensaba que Salamanca ya no necesita un científico más al mando, sino a alguien diferente" añadió Sabela desde su rincón.

"¿Y si me niego?" preguntó, aunque ya conocía la respuesta. "¿Si decido que ya he tenido suficientes secretos y conspiraciones para toda una vida?"

"Podrías," concedió el Padre Mateo. "Podrías volver a escribir sobre teorías absurdas. Pero todos aquí sabemos que ya no te conformarías con eso. No después de ver lo que hay realmente ahí afuera."

Ayala miró a su alrededor: al sacerdote que patinaba entre lo sagrado y lo profano, a la joven que cargaba el peso de un don que no había pedido. Y él, el periodista que había perdido todo, solo para encontrar una historia más grande de la que jamás había imaginado.

Quizás Sabela tenía razón, tal vez eso era exactamente lo que Salamanca necesitaba: alguien que hubiera aprendido por las malas que no solo se trata de documentar el qué, sino de entender el por qué. Pensó en Midir y sus palabras sobre ser un puente entre mundos. Y pensó en todas las preguntas que aún quedaban sin respuesta: ¿Quién está detrás de todo esto? ¿Quién tiene el poder para matar sin dejar rastro? ¿Y por qué Elena lo vio venir?

"Esas," dijo el Padre Mateo, cuyos ojos finalmente mostraban cansancio, "son exactamente las preguntas que pensamos que tu nuevo departamento necesita ayudarnos a responder, señor director." Y Ayala no tenía en ese momento ni las ganas ni el criterio para preguntar cómo es que había respondido preguntas que nunca dijo en voz alta.

Evitando las miradas, Ayala entró en ese espacio mental en el que el resto del mundo parece alejarse. Con las voces de fondo solo unos ligeros murmullos, reflexionó sobre lo que le pretendían encargar. El DEH estudiaba la magia desde una perspectiva científica, con sus gráficos, sus mediciones y sus teorías. Pero él no era un científico. Era un contador de historias, un traductor de realidades complejas a palabras.

El asunto era tan irónico que merecía una estrofa en la canción de Alanis Morriset. Había perdido su carrera por contar la verdad, y ahora encontraba su redención en un mundo donde la verdad no se podía contar.

"¿Y entonces qué piensas?" le preguntó Sabela, notando su concentración y sus murmullos en voz baja.

“En mi futuro trabajo, supongo” respondió simplemente. “Alguien tiene que replantearse la manera en la que funciona todo esto. La forma en que se ha venido manejando ya no es válida, lo dijiste tú misma, el balance se está alterando o algo así. “

Afuera, Madrid comenzaba a despertar a una nueva Navidad, ajena a los secretos que se habían revelado y ocultado durante la noche. Ayala miró por la ventana, preguntándose cuántos otros misterios iba a descubrir en los próximos meses. Repentinamente se sentía diez o quince años más joven. Tal vez esto era lo que había esperado toda su vida ya que, después de todo, qué puede un hombre común cuestionarle a un semidios inmortal.

Más tarde, mientras caminaba por las calles de Madrid aquella madrugada, la ciudad parecía diferente. No solo porque ahora podía casi sentir los misterios que se asomaban en cada esquina de la ciudad, en cada portal, en cada nombre de una calle. Era diferente porque ahora entendía que su propia historia apenas comenzaba. Los expedientes que lo esperaban en su nuevo despacho, las preguntas sin responder sobre la muerte de Robles y Adriel, los secretos que aún guardaba la península... todo eso sería parte de su próxima investigación.

En algún lugar de la ciudad, las campanas de una iglesia daban la hora, su eco reverberando de una manera que sugería que incluso el tiempo funcionaba diferente en el Mundo Invisible.

Epílogo

Lavapiés

El amanecer encontró a Ayala sentado en su balcón, con un vino caliente en la mano y la mirada perdida en el horizonte madrileño. Los primeros rayos del sol pintaban los tejados de un naranja hepático, como si la ciudad misma estuviera procesando los eventos de la noche pasada. Abajo, los más madrugadores comenzaban su rutina navideña, ajenos a que su mundo había experimentado hacía apenas unas horas un episodio de la Dimensión Desconocida.

Abrió la bandeja de entrada en su ordenador y ahí estaban, como siempre, los mismos comentarios en los foros de la Red Fantasma. "Voces en el pasillo de mi edificio, ¿puede ser un portal Inter dimensional?" No, son sus vecinos señor. "Mi perro ladra a la pared a las 3:00 AM, ¿podría haber un espíritu?" Podría haber un ratón, señora, eso es más probable.

Antes, esto le habría resultado medianamente entretenido. Ahora, solo le producía fatiga.

Se pasó la mano por la cabeza nuevamente, en ese gesto que su madre le había advertido que lo dejaría sin cabello algún día, y suspiró. Intentó escribir una de sus respuestas habituales, esa

mezcla de escepticismo indulgente y misterio calculado que tanto le gustaba a Alejandra. Pero sus dedos se quedaron suspendidos sobre el teclado. La posibilidad del misterio—eso era lo que la gente quería. Pero él ya no estaba en el negocio de vender posibilidades. Porque ahora sabía. Y saber no tenía gracia. Saber lo cambiaba todo.

Cerró el portátil sin enviar nada. Se encendió un cigarro en el balcón y observó las luces de la ciudad. Le pareció notar algo moviéndose entre las sombras del callejón, pero no se giró para comprobarlo. No importaba. Ya había cruzado el umbral. Y lo peor es que, aunque quisiera, no podía volver atrás.

Sus dedos tocaron inconscientemente las marcas en su cuello, cada moretón un recordatorio de que no había sido una alucinación. En su mesa de trabajo, las notas y recortes de sus investigaciones para La Red Fantasma parecían ahora infantiles, como los dibujos de un niño intentando explicarle a Richard Feynman la Teoría de las Supercuerdas. "Ratas fantasma en Getafe", rezaba uno de los titulares. Ayala soltó una risa amarga — la realidad había resultado ser mucho más interesante que cualquier historia que pudiera haber inventado.

Ayala tenía planes para la Red. Habían demostrado su utilidad, pese a todo. Si Sherlock Holmes podía tener a sus *irregulars*, ¿por qué no podía contar él con la ayuda de un grupo de frikis motivados en el futuro? Solamente necesitaban ser bien canalizados.

En su balcón, Ayala sacó el reloj del bolsillo y lo observó bajo la luz del amanecer. Lo que antes había sido un mechero, un objeto para producir energía en forma de fuego, ahora era un instrumento de precisión incalculable que medía algo más profundo que las horas. Las manecillas se movían siguiendo los patrones que ahora sabía que fluían bajo la superficie de la realidad.

"Tiempo," murmuró Ayala, recordando las palabras de Midir sobre los dioses y su competencia. "Lo único contra lo que nadie

puede luchar eternamente." Cerró la tapa del reloj y lo guardó en su bolsillo, sintiendo su peso reconfortante contra su costado. Fuera lo que fuese lo que el futuro le deparaba, al menos ahora tenía algo que le recordaría constantemente que el tiempo, ya fuera medido en segundos humanos o en eones divinos, seguía fluyendo inexorablemente.

No pudo evitar pensar nuevamente en Sabela. Ella había estado jugando su propia partida todo este tiempo, pero eso no significaba que sus movimientos hubieran sido falsos. Y sin embargo, algo le hizo preguntarse si, de todas las cosas que había visto en los últimos días, Sabela Alba no sería el mayor misterio de todos.

El Archivo

La celda especial de la UCANC olía a desinfectante industrial y a algo más, algo que recordaba el olor del pasto después de una tormenta. Las cámaras de seguridad mostraban el momento exacto: Adriel sentado en su catre, completamente normal, y al siguiente segundo... caía al suelo. No había lucha, no había drama. Solo ausencia de vida. Como si alguien hubiera apagado un interruptor invisible en su cuerpo.

Los técnicos forenses de la agencia, acostumbrados a lo inexplicable, se movían por la celda con su parsimonia habitual. Sus instrumentos marcaban lecturas normales, sus pruebas no detectaban nada fuera de lo común. Era como si la muerte misma hubiera tomado una víctima al paso sin pensarlo, apurada por otros pendientes más importantes, dejando tras de sí solo preguntas y un silencio que pesaba más que cualquier evidencia.

Lo que los forenses no habían notado —lo que nadie excepto él había visto aún porque era solo visible en su ordenador personal que no estaba conectado a la red externa — era ese breve

momento, esos escasos segundos antes del fin. Adriel, sentado tranquilamente, de repente se tensaba. Sus ojos se abrían con un entendimiento súbito, horrorizados. Sus labios se movían, pronunciando palabras apenas audibles que Molina había tenido que amplificar múltiples veces.

"El tiempo no es lineal... zigorra..."

Y luego, nada. Ese momento de comprensión absoluta y terror había durado apenas un parpadeo antes de que su cuerpo se desplomara sin vida.

Molina permanecía de pie frente al ventanal de su oficina, su postura militar traicionada por un cansancio que iba más allá de lo físico. Sobre su escritorio, décadas de protocolos y procedimientos parecían ahora tan útiles como un manual de instrucciones de Ikea. Sus agentes esperaban órdenes, pero por primera vez en su carrera, sentía que no tenía respuestas adecuadas que dar.

Se dio media vuelta, exhaló pesadamente y cerró el expediente de la muerte de Adriel con cuidado. La luz de la lámpara sobre la mesa parecía temblar levemente. Volvió a mirar la pantalla congelada en ese instante de revelación en el rostro de Adriel. ¿Debería compartir esta grabación con Ayala? ¿Con alguien? Ese breve momento contenía algo fundamental, algo peligroso. El reconocimiento de una especie de trampa en la que Adriel parecía haber caído voluntariamente, cegado por su propia arrogancia.

Pero sabía también que ese momento iba a desaparecer apenas intentara extraerlo de su ordenador. Lo había visto antes. Las palabras que no se dejaban transcribir, los documentos que se desvanecían sin que nadie los tocara, los registros que se negaban a existir. Algunos momentos podían ser observados, pero no apropiados. El papel podía archivarse, digitalizarse, replicarse. Pero algunas cosas... algunas cosas solo existían cuando querían ser vistas.

Colegiata de San Isidro el Real

El Padre Mateo se movía por la biblioteca de la Sociedad con una urgencia poco característica, sus dedos recorriendo lomos de libros antiguos mientras murmuraba en latín. Los novicios lo observaban en silencio, reconociendo en su inquietud algo que nunca habían visto antes: ansiedad. No causada por miedo a lo sobrenatural — estaba acostumbrado a eso — sino la ansiedad que uno tiene cuando siente que se le está escapando algo obvio.

Ensimismado y meditabundo, sin darse cuenta, ya había dejado la biblioteca atrás. Llevaba caminando y pensando varias decenas de minutos. La Sociedad había aprendido a existir en los márgenes, en los espacios intermedios donde la gente no mira demasiado. Siempre un paso adelante o un paso atrás, pero nunca en el centro. Su principal misión era asegurarse que eso siguiera siendo cierto.

Se detuvo frente al altar de una de las tantas criptas del templo, sus tenis rojos contrastando con la seriedad del lugar. No había encendido las velas — no las necesitaba después de tantos años recorriendo estos pasillos. Sus dedos recorrieron los nombres grabados en la piedra, cada uno un predecesor suyo en la Sociedad, cada uno un guardián que había muerto protegiendo secretos que el mundo no estaba listo para conocer. Ahora, por primera vez en siglos, un nombre femenino se añadiría a la pared.

Elena Robles no había sido miembro de la Sociedad, pero había sido una aliada muy querida, y los jesuitas tenían una memoria larga para las deudas de honor.

Arturo Soria

Sabela permanecía sentada en su piso, rodeada de fotografías de lugares históricos. Cada imagen capturaba un punto de interés diferente para la Hermandad, cada una tomada buscando capturar ese tono azulado que solo ella podía ver realmente. Había sido su manera de cartografiar el Mundo Invisible durante años, su forma de dar sentido a un don que a menudo se sentía más como una maldición. Las imágenes de la última semana estaban aun esparcidas sobre su mesa. El Retiro, Debod, la Almudena. En cada una podía ver ahora los pequeños detalles que otros habían pasado por alto, las señales que Adriel había dejado como migas de pan, dando rienda suelta a su arrogancia al pensar que nadie podría seguir sus pasos. Ella pudo.

Sus dedos tocaron una vez más la cicatriz en su muñeca, a pesar de que se había propuesto dejar de hacerlo más, mientras observaba Madrid a través de su ventana. La ciudad estaba viva con su energía habitual, pero ahora podía sentir algo más bajo la superficie — un cambio en las corrientes, un ligero jalón hacia el norte.

Elena lo había sentido también, no con un don similar sino con sus instrumentos y algoritmos, lo suficiente como para prepararse para lo peor. Y ahora, con la doctora y Adriel muertos de una manera que desafiaba toda explicación, Sabela se preguntaba si ella también estaba siendo manipulada por fuerzas que ni siquiera podía comenzar a comprender. La diferencia era que esta vez, al menos, la decisión de participar había sido suya. Nada se había terminado. Solo había comenzado un nuevo ciclo.

Se levantó y caminó hasta la ventana. Afuera, las luces de Navidad titilaban en la noche madrileña, parpadeando con la cadencia de un código para espías. Esto nunca había sido una guerra entre el bien y el mal, ni siquiera entre la luz y la oscuridad. Siempre había sido una cuestión de equilibrio. Y estaba

segura de que en la noche anterior, lo notaran otros o no, en Madrid se había inclinado la balanza... aunque aún no sabía bien en qué dirección.

Euskal Herria

La cueva en la montaña parecía una herida en la roca viva, una grieta que se abría paso hacia las entrañas de la tierra. Estalactitas descendían del techo como colmillos de una bestia primordial, algunas tan delgadas que parecían agujas de cristal, otras gruesas como columnas en un templo romano. Los seres humanos tienden a interpretar patrones reconocibles en las cosas, especialmente rostros, y el cerebro de depredador ancestral del visitante tenía esta habilidad mucho más desarrollada ahora. Era por eso que le resultaba fácil imaginar las almas de las víctimas de su anfitrión atrapadas en la piedra misma, rostros congelados en una agonía eterna.

Viktor vestía un traje que sería imposible conseguir, mucho menos pagar, para una persona de este siglo. A medida que se adentraba en la cueva notaba que el aire aquí era diferente — más denso, más antiguo, cargado con el aroma metálico de minerales que ningún humano había nombrado y el eco de historias que ningún mortal había escuchado.

Sus sentidos sobrenaturales captaron la presencia mucho antes de verla. Era como estar ante un reactor nuclear cubierto por una sábana de seda — el poder crudo apenas contenido por una forma que pretendía ser humana. La figura sentada en lo que parecía ser un trono tallado en la roca misma tenía la apariencia de un actor de Hollywood en sus cincuentas, pero el espacio a su alrededor parecía doblarse, como si la realidad misma se esforzara por contener algo mucho más vasto. Su traje, de un color plata

que parecía cambiar de tono con cada movimiento, hacía juego con su pelo plateado perfectamente peinado.

"Se te ve triste, pequeño depredador," le dijo la figura a Viktor, su voz resonando con armónicos imposibles que hicieron que las estalactitas vibraran. El aire se volvió más pesado, cargado con el aroma a piedra caliente, como un horno de pan o una sauna, ambas cosas que no había podido disfrutar hace muchos años.

Podía sentir el poder ancestral emanando de la figura, como olas de calor que amenazaban con incinerarlo si se acercaba demasiado. Era como estar frente a un *efrit* que había decidido usar un traje de Hugo Boss. Era su turno de hablar.

"Tu mascota Adriel, ese geniecillo que me pediste que ayude, está muerto. Tus planes, aquellos que dijiste que eran infalibles, están entorpecidos porque no se llevó a cabo el ritual. Y ahora Midir tiene un nuevo campeón, que no es tan inútil como parecía" respondió Viktor, manteniendo su voz firme a pesar de su mal humor. "Si, se pudiera decir que estoy un poco frustrado."

En las paredes de la cueva, cristales brillaban con luz interior, proyectando sombras por los rincones, excepto alrededor de Viktor. Su interlocutor sonrió, y por un momento su forma humana pareció difuminarse, revelando ojos de plata que contenían el fuego primordial de la creación. "Dime amigo," murmuró la criatura antigua, "¿cuántos años llevas recorriendo esta tierra desde que tu particular regalo te fue concedido? ¿Un poco más de cien años? ¡Ja! He tenido siestas que han durado más que eso. Tienes que aprender a ver las cosas a largo plazo."

La figura se puso de pie con una majestuosidad que ningún monarca humano habría podido imitar jamás y descendió del trono. Sus movimientos se sentían como si el espacio a su alrededor fuera una sugerencia más que una ley fundamental, su apariencia actual solo una cortesía para la visita presente más que una necesidad. Viktor mantenía su distancia, consciente de

que incluso con sus poderes y velocidad, estaba ante alguien que hacía que su larga vida pareciera el flash de una cámara en un día soleado. Que había contemplado la primera lluvia que cayó sobre las montañas, que había escuchado el primer trueno y había olfateado el aire cuando aún no existían criaturas con pulmones para respirarlo. Sí, él tal vez había ganado la inmortalidad, pero otros habían nacido inmortales.

"¿Crees que el ritual falló? Vamos, amigo, ¿quién crees que mató a nuestro agente? Los mortales aman esas pequeñas victorias," la voz de la criatura sonaba ahora como un metal siendo doblado muy lentamente. "Adriel era semilla, no cosecha. Creen que han detenido algo significativo, cuando en realidad solo han revelado su propia insignificancia." Sus ojos, cuando se posaron en el vampiro, parecían estar hechos de plasma.

"¿Sabes por qué permití que Adriel fallara? ¿Por qué dejé que Midir colocara sus piezas exactamente donde las necesitaba?" La criatura se inclinó hacia adelante, como extendiendo su cuello en dirección a su interlocutor. "Porque ahora tienen esperanza. Y la esperanza..." sonrió, revelando dientes que parecían estar hechos de plata líquida, "la esperanza hace que bajen la guardia. Como si atrapar un relámpago en una botella lo hiciera menos peligroso."

"Entonces, el ritual..." se animó a decir Viktor mientras notaba que estaba empezando a sentir algo que debería ser imposible para él. Miedo.

"El ritual en el cementerio era una distracción, por supuesto," continuó la criatura mientras caminaba, sus pasos dejando huellas de algo parecido a la lava en la roca. "Mientras todos miraban hacia los Carpetani, nadie prestó atención a los cambios en las montañas."

Viktor notó cómo la temperatura seguía subiendo con cada palabra. "¿Y el nuevo director del departamento? ¿El periodista?"

“Ah, sí. La nueva mascota de Midir.” La criatura hizo un gesto desdeñoso. “Déjalo que juegue a los detectives. Cuando llegue el momento, su curiosidad periodística será su perdición. Después de todo, ¿qué es un periodista sino alguien que no puede evitar rascar las heridas ya sanadas hasta que sangran nuevamente? El ser humano aún cree que puede domesticar la tormenta. Construye diques y canales y siente que ha dominado al océano.”

La criatura se acercó y le puso un brazo en el hombro. Viktor sintió un peso enorme, que solo sus propias habilidades le permitieron soportar. “Los humanos ven el tiempo como una línea recta, ¿sabes? Pasado, presente, futuro. Tan... limitado. Mientras ellos preservan lo que existe, yo cultivo lo que debe existir.” Sus ojos brillaron con un fuego plateado. “Es Midir el que debe preocuparnos. ¿Por qué crees que ese arribista ha elegido a un perdedor como su agente, sino es para esparcir su propaganda, para cambiar la historia, para que los humanos lo vean como la víctima? No, mi amigo, déjame que te cuente como piensa ese insecto, ese roedor que ha sido un fastidio por ya demasiado tiempo y que engaña y manipula sin reparos. Ven, camina conmigo, que tenemos mucho que hacer.”

Viktor sintió la fuerza de milenios de cólera en esas palabras. En las paredes de la cueva, los cristales comenzaron a pulsar con un ritmo que recordaba a un corazón antiguo despertando de un sueño demasiado largo.

Francisco Ayala regresará en el próximo libro de la serie, Herensuge.

Sobre el autor

J.R. Cruciani nació en el año del Dragón de Fuego y desde niño fue fanático de las historias de fantasía y ciencia ficción. Sus intereses personales incluyen además mitología e historia del arte, así como el estudio del desarrollo de la tecnología y su impacto en la sociedad.

Transformó su pasión por los videojuegos, desde sus humildes comienzos en una *Commodore 64*, en una carrera exitosa de la mano con la tecnología y la innovación. Escribiendo desde Madrid, este es su primer libro de fantasía urbana.

Índice

Capítulo 1. Vida Berraca 7
Capítulo 2. La Red Fantasma 15
Capítulo 3. Salamanca 25
Capítulo 4. Vainas Raras 37
Capítulo 5. No existen las coincidencias 45
Capítulo 6. El Metro 59
Capítulo 7. Ecos en la Oscuridad 67
Capítulo 8. Andén Cero 71
Capítulo 9. Policías y Reyes Magos 79
Capítulo 10. Sociedades y Startups 87
Capítulo 11. La Muralla de Lugo 97
Capítulo 12. Mouros y Redes 105
Capítulo 13. Sigue el Dinero 113
Capítulo 14. El Buen Retiro 123
Capítulo 15. Presentaciones 133
Capítulo 16. Infiltrado 147
Capítulo 17. Solis Invicti 157

Capítulo 18. Café Cargado 169
Capítulo 19. El Mundo Invisible 179
Capítulo 20. Nochebuena 189
Capítulo 21. El Elegido 203
Epílogo 211
Lavapiés 211
El Archivo 213
Colegiata de San Isidro el Real 215
Arturo Soria 216
Euskal Herria 217
Sobre el autor 223